

Los últimos californios

Los últimos californios

Harry Crosby

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR
SECRETARÍA DE CULTURA
INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA
ARCHIVO HISTÓRICO PABLO L. MARTÍNEZ

GOBIERNO DEL ESTADO DE BAJA CALIFORNIA SUR

LIC. CARLOS MENDOZA DAVIS
Gobernador del Estado de Baja California Sur

LIC. RAFAEL TOVAR Y DE TERESA
Secretario de Cultura

PROFR. HÉCTOR JIMÉNEZ MÁRQUEZ
Secretario de Educación de Baja California Sur

DIP. PROFRA. DIANA VON BORSTEL LUNA
Presidenta de la Comisión de Educación del Congreso del Estado de Baja California Sur

LIC. CHRISTOPHER ALEXTER AMADOR CERVANTES
Director General del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

JOSÉ GUADALUPE OJEDA AGUILAR
Subdirector del Instituto Sudcaliforniano de Cultura

M.C. ELIZABETH ACOSTA MENDÍA
Directora del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

LIC. LUIS ALBERTO ROCHÍN BÚRQUEZ
Coordinador de Difusión del Archivo Histórico Pablo L. Martínez

Primera edición, 2010

Segunda edición 2017

D.R. © 2017 INSTITUTO SUDCALIFORNIANO DE CULTURA

D.R. © 2017 HARRY CROSBY

Archivo Histórico Pablo L. Martínez
Altamirano e/Navarro y Legaspy, Zona Centro,
C.P. 23000, La Paz, Baja California Sur

Edición en inglés: Copley Books, La Jolla, California. EUA, 1981. ISBN 0-913938-23-8.

Edición en español: Gobierno del Estado de Baja California Sur, México, con autorización del autor y Copley Books, 1992, ISBN 986-6133-19-4.

ISBN 2010: 978-607-7503-30-9

ISBN 2017: 978-607-8478-XX-X

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en ninguna forma electrónica, mecánica, fotocopiada, magnetofónica, u otra, sin permiso escrito del Archivo Histórico Pablo L. Martínez y el o los beneficiarios de los derechos del autor.

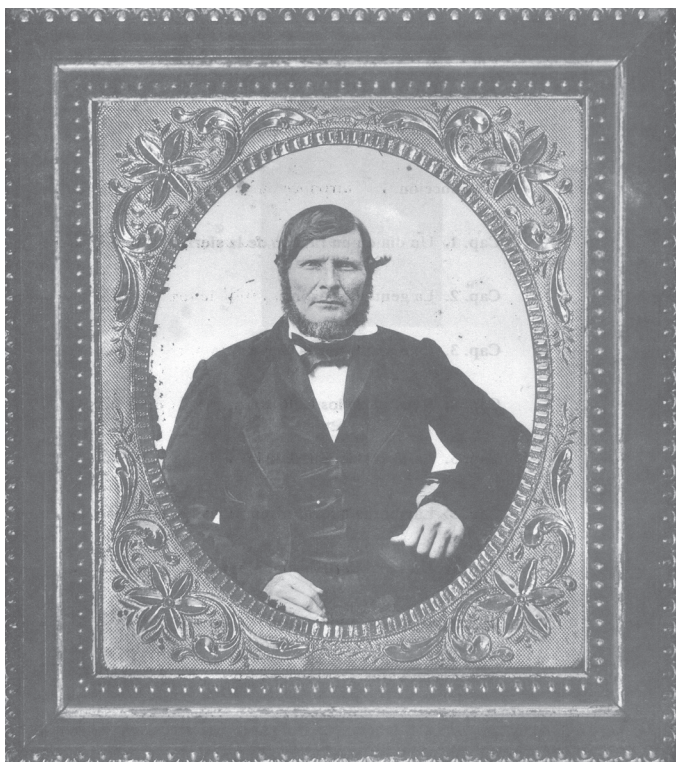
Diseño y formación electrónica: Luis Chihuahua Luján

Impreso y hecho en México

Agradecimientos

La doctora Iris Engstrand, la señora Rudecinda Lo Buglio, el doctor W. Michael Mathes y el señor William M. Mason, amigos todos y estudiosos de la historia afín, han leído este texto, ofrecido crítica constructiva, formulado preguntas y aportado ideas. Su interés ha servido de gran inspiración; mi profundo agradecimiento. Igualmente agradezco a mi amiga y vecina la señora Joan Langness Mosher su tiempo y esfuerzo dedicados a la crítica del texto y sus incontables sugerencias que han sido incorporadas, y a mi madre, Eugenia Relf Crosby, por proporcionar la traducción del francés de Cyprien Combier. Gracias también a Enrique Hambleton, compañero de muchos años que ha traducido y explicado el sentido de tantas entrevistas con la gente de los ranchos serranos, y a Narciso Villavicencio por abrir tantas puertas en su sierra de Guadalupe.

Finalmente, estoy endeudado con el doctor Robert R. Alvarez por la fotografía de su antepasado, Antonio Smith, y su gentil permiso de utilizarla en esta obra, y a la biblioteca de The Daughters of the Republic of Texas en El Alamo, San Antonio, Texas, por el permiso de reproducir el cuadro de Theodore Gentilz, “El fandango”, de su propiedad.



Antonio Smith, nacido en Comondú, Baja California Sur, en 1821. Fue uno de los varios hijos de Thomas Smith y María Meza, cuyo matrimonio en el año de 1812 probablemente fue el primero entre un norteamericano y una californiana.

Presentación

El Archivo Histórico Pablo L. Martínez a cargo de la maestra Elizabeth Acosta Mendía tiene el gusto de presentar a su público lector la edición de una de las obras más significativas dentro de la historia de la península de Baja California, *Los últimos californios* del autor Harry Crosby, investigador que al plasmar en varias de sus obras su sentir y admiración por estas tierras se ha ganado un reconocido lugar entre los estudiosos y población nativa en general. De igual manera, se agradece y reconoce al fotógrafo e investigador Enrique Hambleton von Borstel por su trabajo de traducción de la obra.

Harry Crosby con su obra *Los últimos californios* nos dejó un legado de trascendencia sobre las sociedades serranas de San Francisco, Guadalupe y La Giganta en la península de Baja California, allí se encuentran los más claros indicios del pasado misional, la colonización secular y la descendencia de tal proceso. Crosby nos acerca a ese pasado y presente a partir de la investigación en los archivos de La Paz, la ciudad de México, la Alta California y en sus experiencias al convivir con la gente serrana descendientes de soldados, carpinteros, herreros, calafates y arrieros del presidio de Loreto del siglo XVIII, miembros de familias que posteriormente aportaron colonizadores para la Alta California, así nos muestra esa imagen tan pura y tan directamente derivada de orígenes misionales.

A través de esta obra que nuevamente sale a la luz es posible conocer y ratificar nuestros orígenes como sudcalifornianos, además es una forma de preservar la memoria histórica que nos identifica como habitantes de

esta media península. Si bien, el autor dejó esta obra como homenaje a toda esa magnífica gente que lo ayudó y favoreció durante su estancia en estas tierras. Las nuevas generaciones están igualmente agradecidas por tan valiosa herencia, como bien lo señala el maestro Hambleton von Borstel: “la obra de Crosby esboza un retrato de quiénes fuimos y de dónde surgieron nuestros muy particulares orígenes, destacando su punto de vista como norteamericano, es decir, ve nuestra tierra y su historia con ojos extranjeros, con ojos como los de casi todos nuestros antepasados que vinieron de otras tierras y lugares para asentarse aquí”. La pequeña sociedad que sobrevivió en las tierras serranas, demuestra la eficacia de la vida familiar y la identidad personal para salir adelante.

Finalmente, es significativo destacar los apellidos de la gente que representa a *Los últimos californios*: principalmente, Arce, Ríos, Amador, Aguilar, Villavicencio y además Acevedo, Alvarado, Camacho, Carrillo, Castro, Cota, Góngora, Higuera, López, Lugo, Olivera, Ortega, Osuna, Peña, Romero y Verdugo.

Introducción

Esta obra, tercera de Harry Crosby sobre la península de Baja California, y la única que se ha traducido del inglés, tiene una trascendencia muy especial para los pobladores de ella. Es un rescate de nuestras raíces en un tiempo crítico para la identidad calisurenseña. Este “otro México” del que hablara Fernando Jordán, tan incomprendido y tan poco valorado, es un tesoro no sólo por su singularidad geológica, su flora y su fauna, sino por su gente.

Los habitantes de esta tierra somos distintos de los demás mexicanos, eso lo sabemos de ambos lados del mar Bermejo. Pero, ¿por qué? En esta obra, Crosby intenta esbozar un retrato de quiénes fuimos y de dónde surgieron nuestros muy particulares orígenes. El especial cuidado que ha puesto en su búsqueda lo tengo muy presente, y las personas que describe con elocuencia las conozco o las conocí. Su punto de vista, como norteamericano, le da distancia para vernos en nuestro pasado, presente controvertido y todo lo que de ello podamos implicar. Esta perspectiva tendrá que formar parte del criterio del lector que a veces se preguntará quién es el autor. Es un hombre que ama entrañablemente a esta península y todo lo que contiene, pero no es de aquí, la ve con ojos extranjeros, con ojos como los de casi todos nuestros antepasados que vinieron de otras tierras y lugares para asentarse aquí. La gente que ocupa a Crosby en esta obra es testimonio de ese crisol genético venido de lejos y forjado a duras penas en esta tierra de áspera e inflexible corteza. Son un pueblo

de gente recia que desaparece sin que el antropólogo lo haya conocido o valorado; sin que ellos mismos estén conscientes de su singularidad y logros.

Aquí se ha intentado un evanescente boceto de esa gente, y mi traducción de los textos del autor ha sido fiel al sentimiento, enfoque y ritmo que les ha impartido. A veces las palabras se entorpecen merced a eso que he querido preservar, el sentido y sabor de Crosby hablándonos de los californios. Traducir esta obra ha sido un placer espiritual no sólo porque he acompañado al autor en su búsqueda por nuestra identidad, sino porque al hacerla recordé el momento de la entrevista, la anécdota o el lugar descrito. Esta península que tanto quiero y aprecio se merece más que la pobre suerte que ha sufrido recientemente. Las generaciones jóvenes no saben de lo que habla este libro; deben saberlo: es su pasado, su presente y su futuro. Mis respetos a Harry Crosby, compañero y amigo, y mis disculpas para quienes hubiesen podido lograr una traducción más digna de esta obra trascendental para todos los que vivimos en la California mexicana.

Enrique Hambleton von Borstel
La Paz, Baja California Sur
8 de junio de 1991



Pioneros en busca de tierras no disputadas se asentaron en las montañas centrales de la península de Baja California hace casi dos siglos. Típicamente sus descendientes habitan lugares remotos tales como el rancho Las Jícamas en la sierra de Guadalupe.

CAPÍTULO UNO

Un día en un rancho de la sierra

Vistas desde la carretera transpeninsular, las montañas centrales de la Baja California se elevan en montículos irregulares, formados por hilera tras hilera de colinas cada vez más altas, mesas y cimas. No muy grandes, en términos mundiales, la parte más alta de cada sierra alcanza los 2,300 m pero se elevan tan rápidamente que parecen dominar la angosta península de manera exagerada. Sobrevolar las sierras da un magnífico sentido de sus orígenes. Escabrosamente circulares o de curvatura tosca, sus oscuras masas volcánicas todavía parecen vertirse sobre los desiertos de color claro. Las masas en forma de abanico retienen especialmente la apariencia de derrames de lava, congelados en su descenso de las alturas. Volar a baja altura sobre la sierra de San Francisco revela que los picos están divididos y las mesas están agrietadas por profundas cañadas ahogadas de palmeras.

Por la tarde, el poniente de las oscuras lavas y tobas de la sierra de San Francisco empiezan a encenderse, y al ponerse el sol, cuando el suelo desértico yace en sombras, la sierra arde: el cúmulo ígneo se yergue rojo de la penumbra. Con el crepúsculo las montañas se van apagando hasta convertirse en oscuras siluetas contra el cielo, negro y lleno de estrellas. Al salir la luna, el golfo en el oriente se convierte en espejo brillante que contrasta con el oscuro litoral. Pequeños grupos y puntos de luz en movimiento revelan la presencia del hombre. Un transbordador alegremente iluminado sale de su embarcadero y se aleja del brillo de Santa Rosalía

rumbo a Guaymas. Ochenta kilómetros hacia el poniente, el resplandor eléctrico inunda la plaza del poblado de San Ignacio e ilumina la fachada de su vieja misión y guiña al cielo. Entre los poblados y más allá, los faros de camiones y automóviles lanzan su brillo sobre la carretera y alumbran la margen del desierto hecho a un lado para darles paso.

Un poco al norte de estas vistas se yergue la oscura masa de la sierra de San Francisco. No se advierte luz alguna en sus ochocientos kilómetros cuadrados y pocos pensarían que contiene alguna actividad humana de significancia. Pero de hecho hay personas, más de doscientas, y un modo de vida serrano único, ahora dormido esperando el alba. Los primeros indicios de luz en el oriente encuentran a Loreto Arce en su corredor despertándolo como cada mañana de su vida. Don Loreto empuja las cobijas y se sienta sobre la cama, hecha de tiras de cuero restiradas sobre un marco de madera. Pone los pies sobre el suelo buscando los zapatos hechos en casa, que se pone sin calcetines. Levantándose encuentra una camisa, colgada cuidadosamente sobre el respaldo de una silla y debajo de ella una chamarra delgada. Loreto corre los dedos entre su pelo chino y castaño frotándose el sueño de los ojos. Sale a su jardín y sin fijarse en el toldo de estrellas que se desvanecen rápidamente sobre su cabeza toma un cazo de agua de un barril y bebe. Luego se enjuaga la cara.

Un perro mediano blanquinegro sale de las sombras uniéndose a su amo. Espera alerta mientras el hombre regresa al corredor y busca su navaja en una viga del techo, unas tijeras para podar y quizá una bola de mecate que guardó con cuidado después de sus labores el día anterior. Listo para iniciar sus quehaceres, Loreto Arce regresa al jardín y con el perro baja cuidadosamente las empinadas escaleras labradas en la piedra del cantil que sirve de base para las casas de su rancho a diez metros sobre el cauce de una cañada esculpida por las aguas. Una vez sobre suelo parejo, el ranchero encuentra la vereda entre piedras y peñas redondas rápidamente. Hombre y perro bajan por el cauce seco entre altos muros de roca; es un trayecto que Loreto ha recorrido casi diariamente por cuarenta y ocho de sus ochenta años.

Una serie de pequeños trabajos requieren la atención del viejo: revisa los soportes de un canalizo hecho de medio tronco de palma que conduce

agua a su huerta cauce abajo; examina el goteo en la unión de dos secciones de su “tubería” abierta. Se están pudriendo y sabe que pronto él o su hijo tendrán que hacer una desviación y repararla. Al salir de los doscientos metros de cañón encerrado, el dueño del rancho San Gregorio logra ver la labor que ha consumido gran parte de su vida. En un lugar ancho de la cañada caprichosamente esculpida por el agua, un área plana de 66 metros de ancho por unos 330 de largo, Loreto Arce, su esposa e hijos (y empleados cuando tenía con qué pagarles) han creado laboriosamente



Una acequia de troncos de palma rajados a la mitad y ahuecados cruza el cauce de temporada en el rancho San Gregorio, que se encuentra en la aislada porción noreste de la sierra de San Francisco.

hectárea y media de tierra productiva. En un tiempo todo fue arroyo regado de piedras, palo-blancos desenraizados y demás pecio, condición que reflejaba las consecuencias típicas del más reciente de una serie intermitente de chubascos, las ciclónicas tormentas de verano que azotan a la región.

Antes de 1928, este lugar ostentaba sólo un indicio de la actividad humana. Una serie de cavidades poco profundas en los cantiles de la angosta cañada mostraban los vestigios desvanecidos de gigantescas pinturas rupestres, obra milenaria de indios desaparecidos. Cuevas cercanas resplandecían con ejemplos mejor conservados, pero ninguno de éstos podía ser visto desde el cauce desértico. En aquellos tiempos, hace cincuenta años, Loreto trabajaba como chivero compartiendo un rancho con su padre, Patricio Arce, en San Gregorito, a pocos kilómetros de distancia. El joven Loreto reconoció toda la zona pastoreando chivas o cazando venado y borrego cimarrón. En un paraje conocido por ellos como San Gregorio, se familiarizó con un pequeño pero buen manantial que manaba de una grieta en la roca volcánica y desaparecía poco después en el poroso suelo de la cañada. Loreto no podía considerarse el descubridor del manantial; los indios lo habían encontrado en tiempos remotos, de ahí el prolífico despliegue de arte rupestre. El aguaje era conocido y utilizado ocasionalmente durante la época misional de 1728 a 1830 y en años posteriores, cuando la zona quedó casi despoblada. Pero Loreto Arce fue el primer hombre que decidió utilizar el manantial, canalizándolo casi un kilómetro hacia el terreno parejo más cercano. Cortó palmas, rajándolas por la mitad y ahuecándolas para su canalizo. Construyó bastidores como soportes en los muros de la cañada, fuera del alcance de las avenidas de agua de temporal. Todo el sistema refleja métodos agrícolas traídos a la California peninsular antes de 1750. En aquellos tiempos el agua de superficie era conducida desde su fuente al sitio de su utilización, en vez de elevar o bombear aguas subterráneas de pozos.

Cuando Loreto logró el suministro de agua hacia el lugar parejo, éste aún carecía de tierra cultivable. Para surtirse de ella trajo mulas y burros, equipándolos con alforjas. Él y sus parientes buscaron cuanta tierra hubiese en las faldas y hasta arena de los cauces que pudiese ser transportada en

las alforjas. Al mismo tiempo Loreto Arce emprendió una obra mayor de ingeniería civil: nada menos que obligar a las ocasionales avenidas de agua a seguir cierto curso y así salvar lo que quedaba del área pareja de devastación por inundación.

El último tal diluvio antes de que Loreto empezara su labor, había dejado el área un poco en desnivel; un cauce sinuoso y visible había sido formado por las aguas que carambolearon de un cantil hacia el lado opuesto. El cauce de temporada había quedado un metro más abajo que el terraplén rocoso a ambos lados y Loreto ideó cómo tomar ventaja de esto. Aproximadamente en 1930 comenzó la monumental empresa de levantar peñas de cien a doscientos kilos de la parte más profunda del cauce y erigir un dique que protegiera los niveles superiores durante futuras inundaciones. Poco a poco su hectárea y media fue limpiada y rodeada de muros de piedra de 1.60 m. de altura por uno de ancho. Luego trajo la tierra, ganada con dificultad a lomo de burro en las alforjas, creando áreas de plantío poco profundas pero útiles. De un desierto seco y aparentemente yermo, Loreto creó una de las amplias huertas que se encuentran esparcidas por las sierras peninsulares.

Todas estas labores fueron parte de una tradición serrana en Baja California que data de principios del siglo dieciocho.

En Comondú, por el año de 1714, el misionero pionero Juan de Ugarte empleó los mismos métodos usando bestias de carga para juntar tierra, y hombres con palancas de madera y barras de hierro para rodar peñas creando muros de protección. Tales diques y terraplenes se convirtieron en instalaciones comunes en las misiones y sus ranchos. Sus ruinas todavía visibles se encuentran en más de una docena de sitios. Copias posteriores se hallan en casi todos los ranchos donde se han logrado huertas, y en cierta forma, los esfuerzos de los rancheros son más notables que los de los misioneros. Durante la época misional, docenas y hasta centenares de indios podían ser utilizados, pero durante el siglo diecinueve y principios del siglo veinte, los habitantes de estas sierras tan escasamente pobladas no pudieron echar mano de tales recursos. Se necesitaron hombres tenaces como Loreto, que dedicarían años para lograr este fin. Como recompensa, los que persistieron se convirtieron en amos de su subsistencia: una huerta

llena de naranjos, limones, toronjas, granadas, higos y uvas. Éstas y muchas legumbres se dieron con regularidad mediante una irrigación generosa.

Uno de estos oasis se extendía ante los ojos del viejo al bajar la cañada. Su canalizo, ahora a más de tres metros de altura, cruzaba de un lado a otro sobre su cabeza y por debajo podía ver el muro casi blanco de piedra que rodeaba la más cercana de sus huertas. Detrás de ésta se alzaban las formas columnares y verdiobscuras de naranjos de 6 m, colmados de fruta. Arriba y en la distancia se podían ver grupos de hermosos paloblan-



Loreto Arce limpia la tierra y las hojas de su sistema abierto de irrigación, aquí elevado sobre un muro de piedra para mantener su gradual caída desde el distante manantial.

cos, de corteza blanca y tronco delgado, nativos de la región. A pesar de la utilidad de su madera para construcciones y su corteza utilizada en el curtido del cuero, la familia Arce ha preservado un número de ellos que contribuyen con su hermosura al encanto del cañón. Loreto no pierde el tiempo en apreciar la escena. Tiene que cruzar el cauce y la vereda es difícil. A su edad evita prudentemente un percance avanzando lentamente entre las piedras disparejas. Una vez al otro lado, sube unos escalones que lo ponen dentro de la muralla de la huerta. Allí en la parte superior de su huerta creada a mano está un elemento de importancia vital en su sistema de riego, una pila hecha de piedra y revestida de concreto. Este tanque abierto de dos y medio metros de ancho por cuatro de largo y un metro de profundidad contiene más de ocho mil litros de agua acumulada desde que regó la noche anterior. Lo primero que hace es tirar de una cuerda sujeta a un tapón en el piso de la pila. Esto descarga el agua, pero el tubo de desagüe de 7.5 cm impide que salga con demasiada fuerza. El agua entra a las zanjás de distribución y avanza hacia la huerta y las hortalizas. Loreto encuentra un azadón que había puesto sobre el muro rápidamente, y en un momento está ocupado cambiando la corriente del agua de riego, tumbando pequeños diques y haciendo otros. Una vez activada su red de riego se dedica a desyerbar los surcos de calabaza, habas y cebolla. Una jornada más ha comenzado en San Gregorio.

San Gregorio se encuentra en la ladera norte de la sierra de San Francisco, casi en el centro exacto de la península de Baja California. A sólo trece kilómetros arroyo abajo del rancho se encuentran vestigios visibles del Camino Real, la vereda misional construida a mediados del siglo dieciocho para facilitar la comunicación peninsular y el tránsito de provisiones. Hoy, la mayor parte del escaso tráfico en la zona va o viene del rancho de Loreto. El Camino Real está quieto, solamente el ranchero ocasional rumbo a Santa Gertrudis, inconscientemente repite el constante viajar de tiempos pasados. El camino de carro más cercano a San Gregorio es un par de rodadas escabrosas y rocosas construido recientemente al rancho Santa Marta, a 32 kilómetros de distancia.

Los hijos de Loreto sueñan con traer este enlace a un punto más cercano a San Gregorio, pero el terreno es un verdadero obstáculo que posiblemente no logren superar. Mientras tanto, la familia tiene que vender o cambiar sus productos con otros habitantes de la sierra o llevarlos a lomo de mula o burro a Santa Marta a un largo día de camino, y de allí negociar para conseguir un camión que los lleve los restantes 65 kilómetros a San Ignacio. Esta ruta debe ser recorrida cuando necesitan provisiones o atención médica. Nadie se queja. Hasta hace sólo cinco años el trayecto era todo en mula y requería de tres días.

Como a las ocho, después de dos horas de trabajo en su huerta, Loreto llama al perro y ambos vuelven sobre sus pasos al rancho moviéndose ahora ágilmente sobre las piedras, ya intensamente iluminadas por el sol de la mañana. Al rodear el último recodo de la cañada que escondía la casa, una serenata de sonidos los recibe: otro perro ladra en saludo, canta un gallo, las mujeres ríen y platican, las palmadas inequívocas de las tortillas sobre la música norteña del radio. Loreto oye todo esto sin poner atención. Sube los escalones en el cantil con cuidado y se dirige a la cocina.

La cocina se encuentra en la estructura menos sólida de San Gregorio, a propósito. Otras tres estructuras tienen piso de concreto, paredes de adobe enyesadas y pintadas, puertas, ventanas con vidrio y gruesos techos de palma. En cambio la cocina es sólo una ramada, un armazón de troncos de palo blanco con un delgado techo de palma, piso de tierra y tres paredes de carrizo y petate. Una cocina al descubierto es esencial: casi todos los días en San Gregorio son calurosos y durante los largos veranos son sofocantes; 48 grados centígrados no son infrecuentes en julio, agosto o septiembre. Aun en este calor, la leña debe ser quemada para cocinar la comida, hervir agua o calentar el comal para las indispensables tortillas. Entonces la cocina al aire libre es bien recibida porque disipa el calor. Durante las frías mañanas de invierno, las mujeres se aglomeran alrededor de la estufa en su quehacer. Otra costumbre es sacar brasas de la estufa con una pala y colocarlas en el centro del piso de la cocina. Así toda la gente del rancho, hombres y mujeres, rodean el ardiente cúmulo mientras beben el primer café.

Loreto se dirige a la cocina a saludar a su esposa Josefa, a su hija más joven y a su nuera. Les entrega cebollas y calabazas que ha traído de la huerta. Recibe una taza de café, sentándose a la mesa en el sombreado corredor frente a la cocina y las recámaras. Dos de sus tres hijas residentes en el rancho llegan de sus quehaceres. El desayuno sigue en una serie de platillos traídos a la mesa conforme se preparan. Siguiendo una vieja costumbre, los hombres se sientan mientras las mujeres permanecen en la cocina charlando mientras machacan, muelen y rebanan varios alimentos.



Siguiendo una antigua tradición, las comidas son preparadas y servidas por las mujeres, quienes no se sientan a comer hasta que los hombres han terminado.

Cuando los hombres se han levantado y vuelto al trabajo, las mujeres traen los platones nuevamente servidos y toman su desayuno. Esta costumbre de comer en dos turnos aparentemente surgió de la preeminencia masculina y las necesidades más apremiantes de los hombres después de una ardua labor. No parece tener conexión alguna con el tabú en contra de las mujeres sentadas en presencia de los hombres, pues cuando ellas se sientan a comer, un hombre puede ponerse de pie o sentarse a platicar con ellas sin alterar el orden en la mesa o interrumpir el progreso de su comida.



La comida se cocina en hornillas de adobe abastecidas con pequeños troncos de leña seca y dura. Una o dos cocineras preparan simultáneamente las tortillas, dos o tres platillos calientes y café.

Uno de los alimentos principales de la cocina serrana de Baja California es la sopa, platillo de contenido tan variable que sus únicos ingredientes constantes parecen ser su calidez y humedad. Las sopas pueden consistir de arroz aguado con trozos guisados de chile verde, cebolla y carne seca o pescado, o puede tener como base alguna pasta como macarrón de codo o de concha y condimentos semejantes al arroz. Aun otras sopas contienen trozos de carne, papa, calabaza o chayote. Otro platillo que puede ser servido en cualquier comida son los frijoles refritos, y un componente de todas las comidas son las tortillas de harina, hechas una tras otra sobre el comal caliente y traídas a la mesa tres o cuatro a la vez, hasta que ninguno de los presentes pueda comer más. Después del desayuno los quehaceres en la cocina se dividen; una mujer joven lava los platos, otra barre el corredor y el patio contiguo. Doña Josefa sale y da inicio al diario ritual en el jardín: regar sus múltiples macetas, dar de comer a pájaros y ardillas en sus jaulas, cortar flores para la mesa y el santuario de la familia y, finalmente, humedecer todo el patio frente a la cocina y el corredor. Este uso relativamente extravagante del agua es un lujo en la sierra. Sólo dos o tres ranchos en la sierra de San Francisco cuentan con tan abundante suministro convenientemente entubado hasta las viviendas.

El hijo menor de Loreto, Francisco, es un hombre bien parecido de casi cuarenta años, ágil, sonriente, inteligente e inmensamente hábil en todas las tareas que requiere la vida de rancho. Es verdaderamente el heredero de Loreto y es su presencia más que cualquier otro factor, la que mantiene al rancho San Gregorio en espléndidas condiciones, conforme su creador pasa de los ochenta años de edad. La mano decidida de Francisco es evidente en todos lados: en reparaciones, obras nuevas, construcción de veredas, curtido de pieles y todo lo demás que hace funcionar el rancho y ayuda a pagar las cuentas.

El curtido de pieles y la talabartería son los oficios por los que Francisco es más bien conocido en la sierra; aun en San Ignacio se admira su trabajo, como lo fue el de su padre. En este momento se encuentra ocupado pasando una serie de cueros por las etapas de curtido –largo proceso que requiere de su atención uno o más días a la semana–. El procedimiento exacto es fascinante, puesto que perpetúa los métodos de tiempos pasados

—por lo menos del siglo dieciocho— y porque emplea únicamente materiales disponibles en la zona.

San Gregorio produce pocas vaquetas, a pesar de que la familia de Loreto tiene una pequeña manada de vacas de ordeña. Cada año nacen unos cuantos toretes que al crecer proporcionan cuero, pero la mayoría de los que curte Francisco vienen de los ranchos en las laderas occidentales de la sierra. Dueños de grandes manadas envían cueros a San Gregorio a cambio de trabajos de talabartería. Cuando hay suficientes cueros para que valga la pena el curtido (normalmente ocho es el número adecuado), son sumergidos en agua con cal durante quince o veinte días. Las tinas de curtido son rasgo distintivo de cualquier rancho donde se curte el cuero. Por lo regular están escopleadas en el tepetate cerca del agua. Son manifies-



El cuero se curte en San Gregorio hoy en día como se hacía en toda la California hace dos siglos.

tamente visibles, puesto que el curtidor debe agitar los cueros durante las semanas que pasan en remojo, y con los años la cal se acumula alrededor de las tinas, a veces manchando un área de 100 m², como si todo hubiese sido encalado muchas veces.

La cal misma se preparaba tradicionalmente quemando piedra caliza despedazada de los numerosos depósitos en la parte central de Baja California; todavía se pueden apreciar los pequeños hornos de piedra donde se quemaba mezquite u otra madera dura. Una vez quemada, la cal deshidratada era pulverizada en un gran metate. Esta misma cal era utilizada en preparar la masa para las tortillas de maíz. Hoy en día, la gran mayoría de curtidores pueden conseguir cal en sacos, la única concesión de su oficio al siglo veinte.



En tinas hechas en casa, Francisco Arce cura pieles de res, cabra y venado con un fluido de curtir preparado de la corteza de paloblanco, un árbol común en los arroyos del centro de la península.

Terminado el baño de cal se raspan los cueros con el canto de un cuchillo, el pelo se remueve de un lado y toda la membrana y grasa saponificada del otro. Entonces se les enjuaga en agua limpia por cuatro o cinco días para remover la cal y varios productos secundarios solubles, de su acción con el cuero crudo.

Los cueros son llevados del área del manantial y las tinas de curtido, y sumergidas en una solución de casca. Ésta es una actividad pintoresca, puesto que las tinas de curtimiento son vistosas estructuras poco comunes y porque la casca es de un intenso color rojo sanguíneo. Cada curtidor hace sus tinas a la manera clásica de la región. Con ramas de paloblanco de cinco a ocho centímetros de diámetro construye un armazón con patas—una especie de mesa sin cubierta— con lados de metro y medio. Las patas y los travesaños están amortajados y amarrados con tiras de cuero crudo. Sobre este marco se suspende un cuero grande (o dos cueros cosidos y calafateados) de modo que formen una bolsa dentro del armazón. Los bordes del cuero o los cueros se cosen al marco con más tiras de cuero crudo. Cuando esta tina se llena de agua, el cuero se estira y pende casi hasta el suelo.

La solución de casca se hace llenando la tina con trozos de corteza de paloblanco y dejándolos en agua varios días. Antes de usarse la solución, los pedazos de corteza son removidos dejando una tinta generosa de color café rojizo. De hecho, las pieles tratadas con cal se empiezan a curtir en casca parcialmente consumida.

Durante la primera semana o dos son agitadas frecuentemente, quizá cada segundo o tercer día, asegurando así que la tinta llegue a toda la superficie y penetre uniformemente. Después de dos o tres meses, las pieles se sacan de la tinta y son colgadas sobre cuerdas tendidas entre árboles o postes.

Aceite de caguamas capturadas en el golfo es untado abundantemente en ambos lados de la piel, tan pronto como se les ha escurrido el líquido. Las pieles aceitadas se secan durante cinco días y se vuelven a la tinta; Después de un mes se sacan por última vez y son frotadas con aceite de caguama o una pasta hecha de sesos de animales o una combinación

de ambos. Una vez completamente secas, las pieles curtidas quedan listas para ser cortadas y trabajadas.

Hoy, Francisco tiene que agitar una tina; para poder hacerlo debe remover las pieles, darles vuelta y volverlas a sumergir. El contenido de otra tina se encuentra lista para escurrir y aceitar. Estas operaciones requieren de dos horas; después pasa a su pequeña casa donde tiene una mesa de trabajo, hormas para zapatos y otras cosas, y una variedad de herramientas para cortar y labrar el cuero. Aquí cortará las pieles en pedazos apropiados para hacer sillas de montar, las polainas usadas por los hombres, cinturones y cualquier otra cosa que se ofrezca en el rancho para hombres o animales. Sin embargo, la siguiente tarea de Francisco Arce no es crear un objeto nuevo sino renovar uno viejo. Un aparejo necesita ser vaciado de la paja



Las pieles parcialmente curtidas son untadas con aceite de tortugas capturadas en el cercano golfo.

vieja y comprimida que sirve de relleno, para ser empacado de paja nueva, seca y esponjada. El aparejo no ha sido utilizado en varios días, y en el clima árido de San Gregorio se ha secado por completo. Francisco levanta la ranura por la cual se introdujo el relleno de paja y lo saca a manos llenas. En unos cuantos minutos ha vaciado ambos lados, cada uno una bolsa aparte. Luego toma manojos de paja, cada uno del tamaño de una cabeza de apio, los dobla a la mitad e introduce esa mitad con fuerza por la ranura, evitando que se maltraten las puntas sueltas. Una vez dentro, los manojos se enderezan y se acomodan para llenar eficientemente la cavidad. Conforme se va llenando cada lado del aparejo, se vuelve más difícil introducir más paja. Francisco utiliza un palo sin punta y un marro asestando la paja hasta que el aparejo queda lleno y apretado. Esta paja nueva permanecerá esponjada por lo menos una temporada para proteger al burro de los golpes y ajetreo de su carga, principalmente huacales en los que se transportan los productos del rancho para su venta y, de



Albardas hechas en los ranchos son rellenas periódicamente con paja fresca para asegurar que funcionen como efectivos amortiguadores entre los animales y sus cargas.

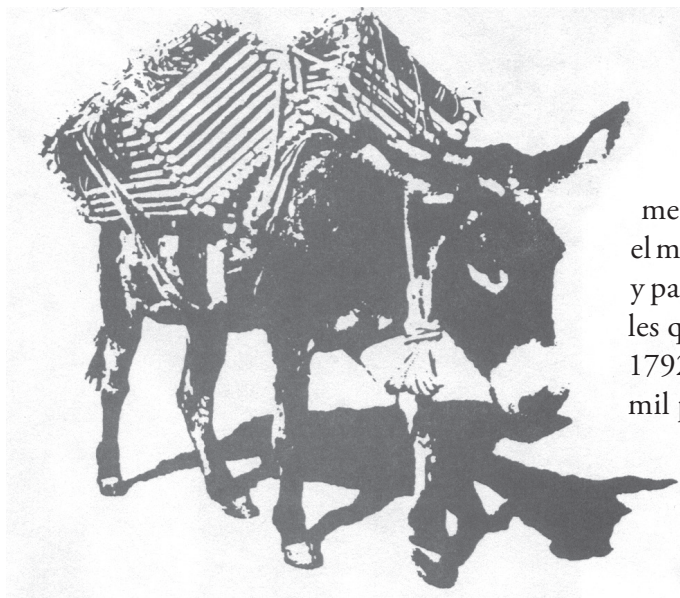
regreso, provisiones. Francisco, una vez satisfecho con la condición del aparejo, lo lleva al cuarto cerca del arroyo donde se guardan las sillas de montar, alforjas, frenos, cabestros, espuelas y demás atavíos de montar y para carga, y lo pone sobre una viga.

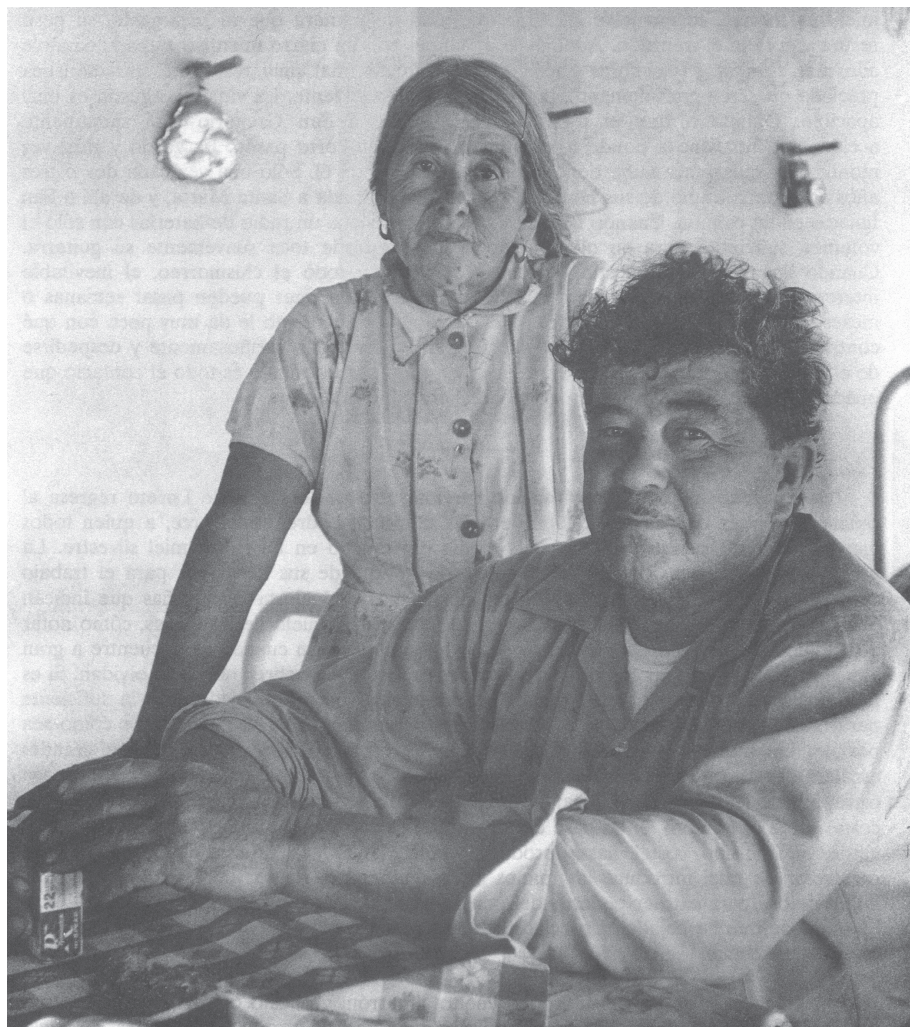
Característicos de la tradición de donde nacieron todos estos atavíos de cuero y la mano de obra que los produce, han descendido casi sin cambio de los días cuando los antepasados de Francisco vinieron a ayudar a los fundadores de las misiones. Los padres jesuitas Miguel del Barco y Johann Jakob Baegert, describiendo sus experiencias misionales en Baja California antes de 1767, hacen mención de la preparación y curtido del cuero y el uso específico del paloblanco como fuente de casca. Cuando se

hizo accesible la Alta California, la práctica de curtir

el cuero comenzó en cuanto los colonos tuvieron pieles. Cada misión tenía un horno para cal, misma que al ser finamente molida servía para mezcla en la construcción, tratar el maíz para la masa de las tortillas y para remover la grasa de las pieles que se habrían de curtir. Para 1792, se reportó haber curtido dos mil pieles en Santa Clara, y en el presidio de Santa Bárbara se le pagaban 150 pesos anuales a un cabo para encargarse del curtido. Nada de extraño había en que un

cabo también fuese curtidor. Nominalmente soldados, los primeros pobladores hispánicos de ambas Californias, eran en realidad gente campirana con la habilidad para abastecer las múltiples necesidades de su vida con materiales nativos de la región.





Loreto Arce, nacido en 1898, el fundador del rancho San Gregorio, en compañía de Josefa Arce, su esposa y prima. Ambos descienden principalmente de empleados misionales hispánicos que se establecieron alrededor de San Ignacio hace más de 150 años.

Desde el desayuno, Loreto se ha dedicado a varios quehaceres. Su mesa de trabajo tiene un altero de objetos que requieren atención: un poco de costura aquí, un remache allá, tallar un nuevo mango para un valioso cuchillo de cocina. Loreto se ha puesto los lentes para este trabajo delicado; son los que otros llamarían lentes para leer, pero Loreto jamás usaría esa descripción. Como la mayoría de la gente de la sierra, puede leer, pero lentamente y derivando de ello poco placer. Pocos libros, revistas y ni siquiera fotonovelas son traídos al rancho. Mientras el viejo trabaja, visita de vez en cuando a otro de sus hijos, Agustín, quien diario trabaja en el corredor.

Agustín es ciego desde la infancia, aparentemente víctima de complicaciones provenientes del sarampión. Su contribución a la economía familiar es destorcer las fibras de nilón que forman la gruesa sogá sintética, y dividirlas en tramos más delgados para trenzarlos en guías para caballos, mulas y burros. Agustín usa un ancho cinturón de cuero mientras trabaja, se envuelve las tiras que unió de manera que al recargarse, su peso restira y aprieta el trenzado. Además le da golpes con un marro mientras trabaja, dándole aún más firmeza a las fibras, haciendo el producto final muy resistente, característica preciada que crea gran demanda por el trabajo del invidente. La vida de Agustín es muy apacible. Debido a que el terreno que circunda a San Gregorio está sumamente accidentado, no tiene a donde ir ni siquiera a dar un corto paseo. Es gordo y rara vez monta una mula, pues nadie tiene tiempo para salir con él. Sólo una vez cada dos o tres años acompaña a uno de sus hermanos en la larga jornada a Santa Marta, y de allí a San Ignacio en un camión. Cuando no está trabajando escucha un radio de baterías con sólo el volumen suficiente para su oído agudo, o por la tarde toca suavemente su guitarra. Cuando llegan visitas, Agustín escucha con atención todo el chismorreó, el inevitable intercambio entre vecinos y amigos para ponerse al día, pues pueden pasar semanas o meses sin verse. Pero el hombre ciego es tímido, su aislamiento le da muy poco con qué contribuir a la conversación. Todos se esmeran en saludarlo cariñosamente y despedirse de él, pero cuando estrechan su mano dura y áspera por el trabajo, es todo el contacto que pueden lograr para hacerle sentir parte de la comunidad serrana.

Justo cuando la comida está siendo servida, otro de los hijos de Loreto regresa al rancho. Después de despertar a primera luz como su padre, Juan Arce, a quien todos llaman “Rango”, se fue a las cañadas arriba del rancho en busca de miel silvestre. La tarea le sienta bien a Rango, pues no tiene la aptitud de sus hermanos para el trabajo repetitivo. Cada hombre y muchacho de los ranchos está alerta a las señas que indican una fuente de miel silvestre. Todos saben cómo seguir el vuelo de las abejas, cómo notar el zumbido del panal o las manchas que de allí emanan, aún cuando se encuentre a gran altura en la fisura de un cantil. Una vez hallados, estos enjambres nunca se olvidan. Si es posible llegar a ellos, parte de la miel se extrae dos veces al año, dejando la suficiente para mantener la colmena. No se escatima esfuerzo alguno en llegar a tantos como sea posible. Un buen enjambre produce de 8 a 12 litros de miel; se construyen grandes escaleras, se introducen barras de hierro en las fisuras de la roca, se columpia de una soga o trepa precariamente para llegar a él. Una vez allí, se enciende un poco de leña de un costal sobre el hombro, en la base del enjambre. Bien logrado el fuego se le echan ramas verdes del mismo costal hasta producir humo. Una vez entontecidas las abejas, el recolector de miel introduce las manos en la colmena o, de ser necesario, usa tenazas improvisadas para extraer pedazos del panal y la miel que coloca en una lata de 20 litros. Después de que ha bajado el preciado cargamento, el recolector desciende por el acceso casi siempre difícil.

Las abejas son de un tipo europeo vuelto cimarrón, y puesto que ningún documento misional menciona su cultivo, es de asumir que fueron introducidas a fines del siglo diecinueve. Una fuente probable es el Sur de la Alta California, al norte de la península. El condado de San Diego tenía una importante industria de la miel con 20,000 colmenas en la década de 1880. En las sierras de Baja California ni los ancianos recuerdan cuándo llegaron las abejas, y para ellos la miel es la cosecha más preciada del campo, después de la carne de venado. Rango está de buen humor, no se lastimó al subir, las abejas lo picaron sólo dos veces, juntó una buena provisión de miel –poco más de 8 litros–, halló dos chivas extraviadas y regresó antes de la comida. Relata lo sucedido durante la comida, que consiste de casi lo mismo del desayuno. Loreto goza plenamente cada de-

talle. Aunque sus días de recolectar miel han terminado, había descubierto ese enjambre muchos años antes, visitándolo frecuentemente, y reconoce cada rama y fisura del ascenso descrito.

Puesto que es invierno y relativamente fresco, nadie más que Rango toma una siesta. Después de la comida, las mujeres comienzan a preparar la cena o se dedican a otros quehaceres; Agustín reanuda su trabajo de cordelería y Loreto cruza la cañada para desyerbar y regar la pequeña huerta superior frente a la casa. Francisco junta el equipo que necesitará para una larga cabalgata. Muy de mañana saldrá para San Ignacio, pues la familia necesita provisiones y tiene artículos de cuero que entregar a sus



Durante los largos viajes de ida y vuelta por mercancía, los animales de carga y monta deben de ser cargados, alimentados y descansados al mediodía y también por la noche.

clientes. No considera que la carga de ida o de vuelta requiere rentar un camión y chofer para el trayecto de Santa Marta a San Ignacio. Irá con su mula de montar y dos burros aparejados en el viaje de 160 km, día y medio en cada dirección.

Por la tarde, Francisco sale a reunir su mula y los burros. Loreto emprende una vez más la larga caminata, bajando la sinuosa cañada a la gran huerta inferior. La otra mitad deberá regarse y Loreto apura el paso porque el invierno acorta su jornada. Cuando llega resoplando un poco, ve con satisfacción que su pila se ha vuelto a llenar –aparentemente la fuga en su tubería no era seria–. Abre la compuerta descargando el agua almacenada y comienza la labor de hacer y tumbar los pequeños diques que controlan la corriente en los surcos. La huerta se encuentra en completa sombra; ni siquiera el alto cerro en el oriente refleja los rayos del sol. En el Poniente, la gran muralla de la sierra oculta el ocaso del sol. Al terminar sus labores, escuchan sonidos en el pedregoso suelo de la cañada; Francisco está arreando los animales y espera, mientras Loreto cierra su pila. Juntos, padre e hijo regresan por la oscura pero bien conocida vereda a la casa.

El radio proporciona un fondo musical a la cena, el alimento más ligero y sencillo del día, consistente de una sopa, frijoles y tortillas. Después de comer, los hombres retiran sus sillas y charlan con las mujeres, mientras comen y luego hacen el aseo. Francisco y su esposa se retiran a la cama, Agustín toca suavemente su guitarra y Rango se sienta junto a él, medio cantando las palabras sugeridas por las tonadas. Una en particular se repite en la música que Agustín toca, una melodía tenue y triste que Rango entona:

“El huitacoche suspira
y suspira y llora
por Catalina...”

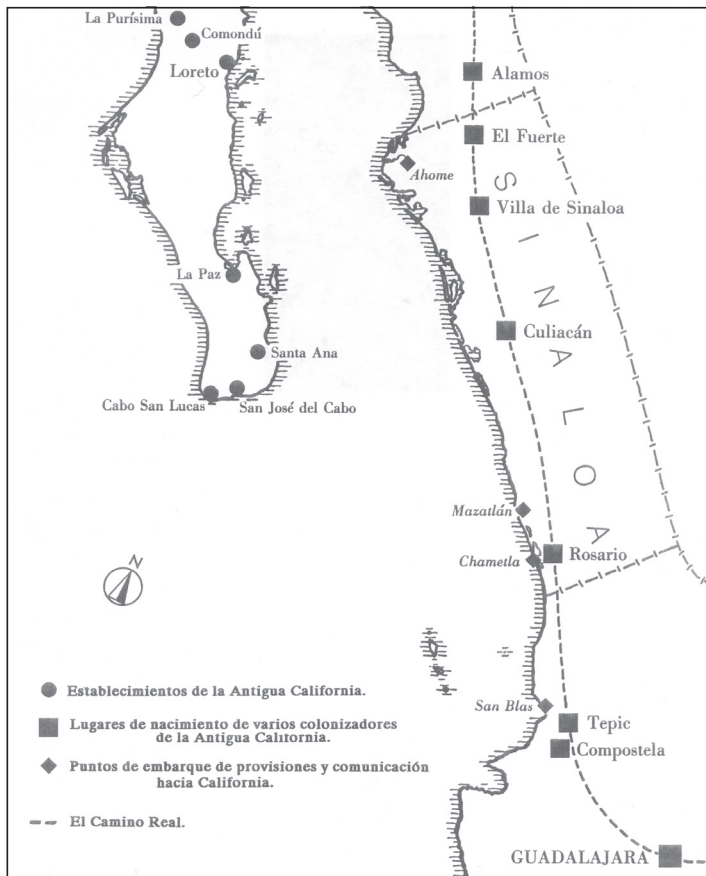
El huitacoche es un pequeño pájaro de cabeza grande, el gorjeador de las montañas y planicies. Esta canción la compuso Germán, el hijo mayor de Loreto y Josefa, y si el viejo estuviera escuchando, les recordaría a todos con una risita que la esposa de Germán se llama María de Jesús.

Para las siete y media todos van rumbo a la cama. Doña Josefa enciende una vela y entra a una recámara que contiene un santuario. Enciende dos veladoras; quizás para hijos que murieron en la infancia, y permanece quieta y sentada en silencio, sola con sus pensamientos. Finalmente apaga las veladoras y se retira a su cuarto.

Loreto se ha acomodado en su cama del corredor. El perro se mete debajo y el día ha terminado. El único sonido que se escucha es el de la mula y los burros mascando con placer las ramas verdes de mezquite cortadas para darles fuerza en la larga jornada que les espera.



El altar en la recámara de Josefa Arce es típico de los que se encuentran en cada rancho, lleno de objetos religiosos y usado para devociones privadas.



CAPÍTULO DOS

La gente de razón

La gente montañesa de Baja California, en sus rostros, al igual que en sus costumbres, manifiestan raíces establecidas en la península hace más de dos siglos. Pero a través de largos años, su geografía y los caprichos de su historia les ha consignado un curioso destino; las épocas tumultuosas que completamente transformaron a la mayor parte de América del Norte, dejaron a esta gente fronteriza, social y genéticamente aislada de mucho de este cambio. Éste es un pueblo cuya historia no es fácil de obtener; las mismas fuerzas que crearon su aislamiento también tendieron a inhibir la producción de la clase de crónicas de las que dependen historias locales y familiares. Sin embargo, una búsqueda minuciosa de los escasos documentos disponibles devenga muchos datos aislados y la base para algunas inferencias fundamentales. Otra información y colorido pueden recogerse de los escritos de visitantes infrecuentes a la península durante los doscientos años que sus puertos fueron lugares apartados y sus montañas espacios vacantes en los mapas hechos por el mundo exterior.

Hernán Cortés conquistó México en 1521 y después de diez años empezó a oír reportes de una masa terrestre que yacía costa afuera hacia el noroeste. En 1535, Cortés personalmente navegó atravesando las aguas interpuestas y trató de establecer una colonia en el nuevo descubrimiento —el lugar que escogió se convertiría en La Paz en tiempos posteriores—. El conquistador pronto regresó a asuntos de mayor importancia en el macizo continental y la colonia languideció por causa de toda necesidad

imaginable. Los colonos españoles jamás habían visto o soñado un lugar tan inhóspito: caluroso, seco, yermo y carente de recursos explotables. Muchos murieron antes de que fuera abandonado el asentamiento en 1536.

Por el tiempo de la conquista de México, un autor español, Garcí Ordóñez de Montalvo, había escrito una aventura romántica, *Las Sergas de Esplandián*, en la cual aparecía una isla fabulosa repleta con oro, perlas, amazonas—ingredientes básicos en tal literatura—. Ese lugar —llamado California— se localizaba “a mano derecha de las Indias”, una frase ambigua que parecía describir un sitio ubicado inmediatamente al poniente de México, puesto que la gente aún creía que las “Indias” se encontraban un poco más allá. La colonia que intentó Cortés había estado localizada en lo que aparentemente era una isla, a corta distancia de las costas de la nueva conquista española en América del Norte; no fue sorprendente que esa “isla” pronto se llamara California.

Durante 1542 y 1543, Juan Rodríguez Cabrillo navegó hacia el norte de la costa occidental de México, pasó frente a la isla-península sin determinar su verdadera naturaleza y continuó por la costa, quizá hasta lo que hoy es el estado norteamericano de Oregon, reclamando posesión de la tierra para España al hacerlo. Muchos detalles geográficos permanecieron inciertos después del viaje, pero al mismo tiempo, el concepto de California claramente había sido extendido más allá de la pequeña área explorada por Cortés. Conforme más navegantes avanzaban hacia el norte, el nombre California llegó a comprender todas las posesiones españolas desde Cabo San Lucas hasta el canal de Puget. Fue después de dos siglos, durante la década de 1770, conforme toda el área empezó a explorarse por tierra que nombres como Baja California significando la península, y Alta California para lo que corresponde aproximadamente al estado norteamericano de hoy, empezaron a usarse para distinguir varias partes de la “California” original de cuatro mil ochocientos kilómetros de longitud.

Una colonia religiosa

Darle nombre a la nueva tierra era una cosa, pero poseerla iba a ser enteramente otro asunto. Los incentivos estaban allí. Cortés había regresado

con perlas e, irónicamente, el oro de California fue presagiado por el mismo libro romántico que le daría nombre a esa tierra. Las naos de China empezaron a divisar las costas de California casi anualmente después de 1565 regresando de sus épicos viajes redondos, a las Filipinas desde Acapulco, luego hacia el norte casi hasta llegar al Japón y después al este hacia las costas de América del Norte antes de costear al sur, hacia Acapulco. Cuando estas enormes naves cargueras llegaban a las costas de California, sus tripulaciones estaban en grave necesidad de agua y comida fresca. El gobierno español elaboró interminables planes para crear una donde todo esfuerzo previo, civil, naval o militar había fracasado.

Puesto que la conquista de California había sido tan largamente esperada, e intentos anteriores habían sido tan caros para la corona española, y particularmente porque los jesuitas habían emprendido la campaña a expensas de la propia corporación, el rey de España otorgó poderes extraordinarios a los misioneros. Se les dio autoridad sobre todo asunto secular, militar o civil, al igual que control completo de la cruzada espiritual. Estos inusitadamente amplios poderes resultaron en casi un siglo de historia californiana, dominada por actividades religiosas que prácticamente excluyeron la colonización en el sentido acostumbrado de la palabra.

Durante la época cuando los jesuitas lanzaron su campaña, la California peninsular probablemente contaba con una población nativa de veinte o treinta mil. Por varios años, los misioneros y todos sus soldados, marineros y otros sirvientes ascendieron a menos de cien; aun así, el grupo menor pronto creó cambios profundos en el mayor. El compromiso de los indios con sus creencias tradicionales no era lo suficientemente fuerte para resistir el fervor y dedicación de los jesuitas; los nativos californianos pronto fueron guiados dentro del mundo comunal de la cristiandad misional.

La imagen popular de la misión colonial española está sólo poblada por misioneros e indios. Los mismos jesuitas hubieran preferido tales comunidades puramente religiosas, pero un siglo de experiencia misionera los había convencido de la necesidad de contar con escoltas militares y sirvientes diestros en varios oficios. La experiencia también dictó que éstos deberían ser hombres casados acompañados por sus esposas y familias. De otro modo no podían retenerlos por largos periodos sin que tuvieran una

influencia indeseable sobre las recién conversas mujeres indias. Por tanto, ya que las misiones de California pronto tuvieron nóminas de treinta o cuarenta soldados y otros sirvientes, familias crecientes de gente hispana se estaban convirtiendo en un significativo elemento social dentro de los primeros diez años de conquista.

Durante los primeros días de las misiones peninsulares, cuando la población indígena era relativamente numerosa, la pequeña colonia de mexicanos y europeos parecía sólo una estadística menor de población. Pero los indios no se adaptaron a las nuevas costumbres y las nuevas enfermedades que les fueron traídas. Sus números declinaron precipitadamente. Mientras tanto, las familias de soldados y sirvientes florecieron. De su progenie, que fue enteramente fortuita, a la conquista planeada y que no era ni misionera ni india, surgió una población hispana que a final de cuentas suplantaría a los indios y sobreviviría a los misioneros. La historia de la antigua cultura serrana de Baja California comienza de dicha manera, con la gente escogida únicamente para asistir a los misioneros en abrir esta nueva y tosca tierra.

La cultura fronteriza en el norte de Nueva España

La vida fronteriza no gozaba de popularidad en el mundo español. En contraste con áreas colonizadas por europeos del norte, las posesiones españolas contaban con asentamientos muy esparcidos. Aun cuando se ofrecían alicientes, le era difícil al gobierno atraer colonos a zonas remotas. La gente hispana tenía un afecto tradicional por las ciudades, y si no podían vivir en ciudades gravitaban por lo menos en pueblos. Ranchos aislados, tan comunes en lugares como Canadá, los Estados Unidos o Australia nunca fueron un aspecto prominente en el esquema hispánico de las cosas. Conforme se desarrolló la frontera en el noroeste de Nueva España, la mayoría de los colonos se encontraba en muy dispersas aldeas y pueblos, pocas con poblaciones de mil habitantes.

Un porcentaje sorprendentemente alto de esa gente dispuesta a vivir en la costa occidental de Nueva España era descendiente de hombres que habían llegado a mediados del siglo dieciséis. La mayoría de estos conquis-

tadores eran hombres modestos en busca de fortuna y prestigio con los cuales regresar a España, sueño realizado por sólo unos cuantos. Muchos de ellos se quedaron como pobres conquistadores, puesto que su botín era nada más que tierra y mejores oportunidades de las que previamente habían gozado.

Puesto que estos precursores de ascendencia europea compartían la frontera con indios misionales, surgió la necesidad de un nombre para distinguirlos y mediante el cual sus antecedentes hispanos y “añejo carácter cristiano” podían ser denotados. El término “gente de razón” contenía dichas connotaciones, llegando a usarse a lo largo de la frontera norte de Nueva España y siguiendo a aquellos que lo llevaban a California.

La vital expresión del siglo dieciocho “gente de razón”, transmite ideas sutiles y complejas. Literalmente, podría decirse que significa “gente informada o con razonamiento”, pero esa definición arroja escasa luz sobre su connotación histórica. Algunas obras de referencia dan su significado simplemente como “gente blanca”, o lo aplican a nativos descendientes en parte de europeos a lo largo de una frontera principalmente india. Ninguna definición refleja adecuadamente la usanza original o las realidades de la mezcla racial en las fronteras de Nueva España.

La frontera noroeste de Nueva España fue invadida no por familias de colonos españoles sino por legiones de hombres españoles. Conforme incautaban o reclamaban tierras y se asentaban, dos patrones de matrimonio aparecieron estableciendo inmediatamente líneas raciales y sociales divergentes. Hombres ya casados o aquellos con algún caudal, pudieron traer mujeres españolas o criollas. Pero gran número de los primeros colonizadores se casaron con mujeres indias, introduciendo así el elemento mestizo en la costa occidental. Sucedió también, antes de que esta gente colonizara California, que negros y mulatos vinieron o fueron traídos a la frontera, algunos como esclavos para trabajar las minas y otros como hombres libres buscando oportunidades y alivio de la cruel opresión racial. Los negros también se casaron con indios, mestizos y blancos, sumando una tercera casta genética. Por conveniencia, todo aquel que descendía de todas estas mezclas negras era llamado pardo, “los oscuros o morenos”.

Al margen de su raza, todos estos recién llegados a la frontera ostentaban la estampa trasplantada de la cultura española. Aunque ellos o sus descendientes se casaron con mujeres indias, las familias que formaban asumían las costumbres, conducta y prácticas del jefe hispánico de la familia, y fueron aceptados como gente de razón en la sociedad provincial. Por tanto, la mejor definición de gente de razón parece ser “gente que nació cristiana y cuyas vidas siguieron un modelo reconocible de cultura hispánica”. Esta sociedad fronteriza de la cual vendrían los pioneros de California, estaba lejos de ser homogénea en cualquier aspecto, menos en lo que hace a su cultura básica. Existió la estratificación social y fue perpetuada pero de manera marcadamente más benévola, reflejando la interdependencia de gente en lugares remotos. En los puestos de avanzada más antiguos, la continuidad de lazos familiares y sociales podía trazarse desde los niveles sociales más altos a los más bajos de la comunidad. Sin embargo, los modestos logros sociales y culturales de la gente corresponden directamente a su posición social. Únicamente personas con posición social relativamente elevada correspondían o se entretenían con oficiales u otros hombres cultos y así aprendían algún refinamiento. La gente con menor posición social tenía escasos modelos que le hubiesen podido impartir formas de comportamiento urbano.

En el nivel superior, en asuntos de poder político y económico, estaban los principales terratenientes —unos cuantos de ellos españoles— y un número mayor de gente más o menos blanca llamada generalmente por el mismo nombre. Debajo de éstos existía una amplia gama de españoles mestizos y pardos, menos prósperos, por lo regular terratenientes menores, muchos de los cuales eran parientes de importantes ganaderos. Más abajo en la escala social estaba una clase trabajadora de ascendencia predominantemente negra o india que incluía vaqueros, carpinteros, albañiles, mineros, marineros, sirvientes y similares. La mayoría de los indios vivían en comunidades tribales o misionales, pero números considerables llegaron a ocupar el nivel más bajo de la gente de razón, que constituyeron una fuente de trabajadores y ayudantes para los artesanos más humildes.

A pesar de estas válidas generalizaciones, esta sociedad no era un sistema hermético en el cual una persona era colocada permanentemente de

acuerdo a su ascendencia racial o cultural. Como en toda frontera difícil y aislada, hombres buenos tendieron a sobresalir sin consideraciones de raza o casta. De arriba a abajo las barreras de clase y raza se volvieron indistintas en algún grado. Pardos especialmente hábiles y enérgicos alcanzaron una posición relativamente elevada junto con riqueza; algunos blancos lerdos y perezosos vivían en el nivel más bajo de la sociedad. En conjunto, la población al extremo del camino a California era típica de tales fronteras en todo el Nuevo Mundo. Esta gente estaba adaptada a su ambiente, empero era claramente parte de la gran cultura hispana. Nada tocante a ellos era más notable que el hecho de que obraron recíprocamente con los misioneros jesuitas de la California peninsular. De ese contacto surgió un proceso de selección mediante el cual algunos miembros de la humilde sociedad de la gente de razón fue a poblar la nueva tierra.

Reclutando para el servicio en California

Misioneros experimentados planearon y llevaron a cabo la ocupación física y conversión religiosa de California. Estos fueron hombres que sabían que soldados y sirvientes debían de ser escogidos con buen juicio, puesto que tratarían constantemente con indios recién conversos. Los soldados eran responsables de disciplina y, buenos o malos, ellos, en su vida cotidiana, servirían de ejemplo a nuevos conversos. Y los misioneros tenían otro apremiante y personal interés en estas selecciones: misioneros y soldados estarían en íntima proximidad como compañeros. En misiones aisladas, esto generalmente significaba un padre y un soldado; en efecto, durante semanas o meses enteros un soldado sería la única persona con quien el padre podría tener una verdadera conversación.

Los misioneros jesuitas eran gente de refinamiento urbano producto de una sociedad educada, y los portadores de sus modales y prejuicios. Es obvio en muchos reportes que preferían tratar con europeos que con los colonizadores fronterizos de Nueva España. Sin embargo, los europeos no serían un factor de primera importancia en el desarrollo de la población nacida en California. La mayoría sirvieron reclutamientos relativamente cortos en Loreto, luego siguieron su camino. Muchos no trajeron a sus

esposas o familias a la nueva tierra. La gente que sirvió largo tiempo, creó familias y se retiró en la California peninsular, fue escogida en gran parte del grupo menos favorecido –las familias fronterizas–. Las necesidades misioneras dictaron el empleo de hombres que podían ayudar a que las misiones vivieran de una tierra difícil, hombres que podían comer sus frutos, construir con sus materiales, criar ganado con su forraje y manejarlas mentalmente con su aislamiento. Una fuente de dicha gente yacía tan cerca como el ancho del mar Bermejo. Sinaloa era una tierra no disímil a la California peninsular, y las comunidades que brotaron alrededor de sus presidios eran fuentes de hombres jóvenes nacidos en las familias de los soldados. Estaban mejor preparados para las arduas exigencias de la vida en California; sus ambiciones eran menos grandiosas y más realistas que la de los cazafortunas europeos. Más aún, eran más fáciles de investigar. Los padres jesuitas en Sinaloa, por ejemplo, conocían a la población de más de mil personas hispanas y podían hacer reportes confidenciales sobre su carácter e inteligencia.

Al igual que los misioneros de California pudieron valerse de información acerca de los reclutas de Sinaloa, los hombres jóvenes de esa provincia y de las vertientes del Pacífico norte de Nueva España en general, aprovecharon los reportes que les llegaron de la península. La gente que vivía a lo largo de las rutas que iban hacia el noroeste desde Guadalajara, habían tomado parte en la conquista de California desde sus primeros días. Compostela era el hogar de los primeros hombres que dejaron California para regresar con sus esposas y familias. Marineros hacían la travesía constantemente entre Loreto y varios puertos en el noroeste, tales como Matanchén y Chametla. De allí que los hombres jóvenes de las provincias costeras sabían más acerca de California que cualquiera, y fueron los primeros en oír de la necesidad de soldados, marineros o artesanos. Pronto se estableció una tendencia que perduraría a lo largo del siglo dieciocho: los reclutas para California fueron enrolados de los viejos centros en la vertiente occidental del continente –Tepic, Compostela, Rosario, Culiacán, villa de Sinaloa y El Fuerte.

Puesto que los jesuitas en California eran quisquillosos respecto a sus empleados y despedían con regularidad a aquellos que no llenaban sus

requisitos, también crearon las condiciones que asegurarían el suministro continuo de aspirantes. Debido a que los tiempos eran difíciles en Nueva España y los empleos eran muy contados, los jesuitas atrajeron a sus reclutas ofreciendo alicientes que eran escasos en esa parte del mundo: sueldos justos pagados con regularidad. Otro factor que ayudó al reclutamiento militar aquí y a través del mundo español era el nivel social que confería.



La villa de Sinaloa fue una población fortificada sobre el río Sinaloa en el siglo diecisiete y dieciocho, y la fuente más importante de la población pionera en California.

Un recluta, de orígenes por demás humildes, se convertía en parte profesional de la burocracia gobernante. Tenía seguridad, cierto crédito y una pensión de retiro que tendía a compensar el hecho de que su sueldo era generalmente bajo y atrasado. Hijos jóvenes o ilegítimos que no contaban con una herencia o educación, podrían alcanzar un grado de prestigio a través de un honorable servicio militar. La vida militar era muchas veces el puesto más alto disponible para hombres de sangre mixta, y muchos fueron reclutas dispuestos, a pesar de que algunos patrones, incluyendo a los jesuitas de California, los discriminaban.

En la práctica, los misioneros podían excluir a trabajadores de los niveles sociales más bajos de la sociedad continental, porque podían utilizar a los indios de California para desempeñar las labores humildes. Este hecho por sí solo creó una diferencia notable entre la temprana sociedad peninsular en California y la de Sinaloa, allende el golfo. Y si la clase más baja se encontraba ausente en la gente de razón de California, la más alta también se encontraba escasamente representada. Pocos de los que tenían posición social o riqueza en los centros hispanos más convencionales, estaban dispuestos a someterse a los reglamentos impuestos por los jesuitas en California.

De hecho, la orden misionera, armada de su carácter particular, tenía la autoridad para entregarse a sus prejuicios y cambiar a sus empleados tantas veces como quisiera. Cuando un hombre no lograba desempeñar sus labores satisfactoriamente era regresado al macizo continental de inmediato, otro tomaba su lugar y era puesto a prueba. Algunos de los hombres que vinieron prestaron buen servicio pero pronto se cansaron de la atmósfera restrictiva; muchos abandonaron California voluntariamente. La ausencia de aquellos que no pudieron vivir de acuerdo a las expectativas jesuitas y aquellos que no querían continuar haciéndolo, crearon aún más diferencias entre la gente de razón de California y sus contrapartes reunidos de manera informal en otros lugares. Estas diferencias cobrarían mayor significación con el tiempo. Los hombres que sobrevivieron a todos estos procesos de selección estaban destinados a hacer más que sólo servir su cuota de trabajo en la península de California; algunos habían venido para quedarse. Fundarían las familias pioneras que dieron substancia al establecimiento

español. Años después irían al norte para fundar San Diego y Monterrey, ayudando a abrir y poblar una nueva California.

Una California cerrada y reglamentada

La colonia de la gente de razón en California creció lenta y penosamente bajo la administración de los jesuitas. Debido a la gran autoridad puesta en sus manos, los soldados, de capitán a recluta, eran sirvientes de los misioneros. Les estaba prohibido pescar perlas o emplear indios para esa o cualquier otra labor. No estaba permitido que los soldados importaran mercancías para venta o cambio. Sus patrones religiosos especificaban las bajas tarifas que podían cobrar por servicios privados como zapateros, sastres, carpinteros, etc. Estaban excluidos de poseer tierras o más de unos cuantos animales domésticos. El argumento tras esta restricción era que la tierra, agua y pastizales eran tan escasos que las misiones necesitaban toda la disponible. De hecho, la pastura de animales en forma privada pudo haberse practicado a distancia de las misiones y pudo haber incrementado de manera significativa las provisiones de alimentos. Pero los padres en este respecto, como con las perlas, temían que conduciría al ausentismo de los soldados en sus puestos normales y al mal empleo de indios fuera del control paternalista de los misioneros.

Las restricciones en las actividades e independencia de todos hubiera parecido enteramente justificada durante los primeros días de la colonia, cuando las condiciones eran inciertas y la mano de obra era escasa. Sin embargo, conforme el pasar de los años trajo mayor estabilidad y la experiencia requerida para ajustar las prioridades misionales, se hicieron pocos cambios que beneficiaron a la gente de razón y ningún expediente indica la preocupación sacerdotal por sus privaciones y desventajas. Aquellos que habían compartido su suerte con los jesuitas estaban cada vez más frustrados conforme crecían sus familias. A pesar de gastos adicionales, no contaban con los medios de aumentar sus ingresos o encontrar empleo para sus numerosos hijos, una fuente tradicional de riqueza en una comunidad fronteriza. El sistema misional no previó lo que la presencia de los civiles nacidos en esa tierra significaría en una o dos generaciones. Con-

forme la progenie de soldados y sirvientes se volvió demasiado numerosa para simplemente sustituir a sus padres o ser absorbidos en la economía estrictamente misional, fueron a la deriva en un estado de limbo. Creció una generación problemática. Puesto que esta gente joven no estaba en la nómina directa de los misioneros, era más difícil de controlar. Querían tierra y agua, pero los amos de las misiones las guardaban como parte de su contrato original.

La gente de razón en California no sólo estaba severamente reglamentada, también estaba descomunally aislada, aun para gente viviendo lejos de los centros de su civilización. Los misioneros mantuvieron alejado a casi todo el tráfico de sus costas. Temían la influencia de mineros y perleros, mercaderes y marineros. Hasta donde les fue posible, impidieron a cualquier persona siquiera visitar el territorio de otro modo que no fuera con carácter de empleado. Esto se debió probablemente en gran parte a su genuina preocupación por sus indios neófitos, y la certeza de que carecían de protección para tratar con gente de fuera. Temían el vicio y sin duda no veían con especial agrado los problemas administrativos creados por elementos de fuera. Pero a pesar de cuán benéfico resultaba este aislamiento impuesto a la gente indígena, tuvo consecuencias negativas para la orden misionera y su creciente colonia secular. La gente en el mundo exterior se volvió sospechosa de lo que ocurría en el cerrado territorio jesuita, y la creciente minoría de no-indios en la península estaba privada de muchos derechos civiles y económicos gozados por sus contrapartes en el macizo continental.

Es fácil entender la oposición misionera al desarrollo de una sociedad civil en California. Durante largo tiempo los jesuitas habían creído que sus misiones en el macizo continental sufrían dondequiera que tenían que contender con iniciativas privadas cercanas. Por consiguiente, los fundadores de las misiones en la California peninsular trataron de excluir tal competencia consiguiendo y usando poderes extraordinarios de gobierno. Cuando ambiciones civiles surgieron dentro de su propio sistema, los esforzados misioneros, cuya orientación era otra, fueron renuentes a reconocer la magnitud de su problema.

Los jesuitas que dirigían los asuntos de California probablemente ni siquiera querían pensar en ello como problema suyo. Habían traído al grupo secular para que los ayudara, no para crear dificultades administrativas. Si a sus sirvientes no les gustaba la situación en California, sin duda los padres sentían que deberían regresar al macizo continental, como de hecho lo hicieron algunos. El punto de vista de los padres y el de sus sirvientes se volvieron casi irreconciliablemente diferentes. Los hombres que se convirtieron en sacerdotes nacieron y fueron educados en centros civilizados. Sus sirvientes nacieron y fueron criados en rústico aislamiento. Los padres habían hecho voto de castidad, viviendo sus vidas con devoción relativamente abnegada para su causa. La gente de razón era de barro común y aspiraba a familias, tierras y posesiones. Bajo las circunstancias no fue sorprendente que surgieran fricciones, pero por mucho tiempo el conflicto fue de un sólo lado: los padres gobernaban a la península.

Un jesuita observa a la gente de California

Por fortuna, el panorama de la sociedad californiana durante estos años formativos está aumentado con por lo menos un relato de un testigo ocular. No han llegado diarios o ensayos de la gente de razón a manos de los historiadores, y es improbable que se hayan escrito. Pocos misioneros intentaron comentarios amplios sobre su sistema que hubieran incluido detalles sobre el papel de sus sirvientes o sus vidas, pero una peculiaridad de la historia indujo a por lo menos uno de ellos a intentarlo honestamente. En 1768 los jesuitas fueron expulsados de California y de todo el mundo español. En 1770, un alsaciano, Johann Jakob Baegert, quien había servido con la orden durante diecisiete años en California, regresó a su patria y escribió un libro para contrarrestar fraudulentas representaciones impresas sobre las actividades jesuitas y California en general. Esta obra le ha ganado a Baegert la reputación del crítico más severo de la península, un cascarrabias que no podía encontrar ningún bien en el clima, los animales salvajes, los hombres nativos, el cielo o la tierra. Ciertamente, Baegert es pesimista en su reporte y demuestra ser un hombre de opinio-

nes y prejuicios firmes. Pero tomando en cuenta su origen y su punto de vista, dejó un retrato admirable de su tiempo en California; es honesto y completamente reconocible en cada detalle verificable. Su amplia descripción de la gente de razón en la península es particularmente apreciada, el único relato de primera mano que reconoce plenamente la presencia y participación de un elemento humano aparte de los misioneros e indios. Significativamente, este documento también refleja la típica desatención de los jesuitas por la vida privada y los intereses de sus empleados; los vemos como instrumentos tomados por hecho del movimiento misional. También palpamos el desdén de los misioneros por la debilidad de sus colaboradores y su falta de dedicación a la causa.

He aquí Johann Jakob Baegert abordando el tema de los primeros soldados de California; nótese también su referencia inmediata a los indios como “americanos medio-humanos” revelando que no compartía el concepto, entonces de actualidad, de Jean Jacques Rousseau sobre el “noble salvaje”.

Sería una temeridad la de arriesgarse sin escolta entre los semihombres americanos, para predicarles el Evangelio, o solamente el querer vivir sin ella entre los recién convertidos, debido a su veleidad e irreflexión. Lo único que un misionero sin apoyo entre ellos podría esperar, sería una muerte prematura, así como la pérdida de los gastos de un viaje tan largo. Por tal motivo, desde hace mucho, los reyes católicos promulgaron un decreto prohibiendo que nadie se meta entre los gentiles sin la escolta suficiente de gente armada; consecuentemente, en todas las misiones se paga a uno o varios soldados a expensas del rey. Estos guerreros no son soldados regulares. No saben nada de ejercicios militares, piden y consiguen su licenciamiento cuando les da la gana y son, generalmente, muchachos inexpertos, ignaros y torpes, nacidos en América de padres españoles.

Aquí Baegert habla figurativamente o en la ignorancia. Muy pocos soldados que sirvieron en California fueron literalmente “nacidos en América de padres españoles.” Unos cuantos eran españoles pero la mayoría estaban separados por varias generaciones de sus antepasados colonizadores españoles. Quizá Baegert no conocía bien a España o a los españoles,

pero sí trató a padres españoles que deben haber sabido que muchos de los soldados en California también tenían sangre india.

Tienen un capitán, un teniente, un sargento y un alférez. Sus armas son: espada, mosquete, escudo y una armadura blanca de gamuza cuádruple que les cubre todo el cuerpo como un levitón, con excepción de los brazos y pies; en cuanto a lo demás, cada quien se pone lo que le da la gana, es decir, no tienen uniforme. Hacen su servicio montados en caballos o mulas, de los que están obligados a tener siempre cinco, debido a los caminos muy accidentados. Todo su equipo, es decir, los caballos, armas, vestidos, parque y toda su alimentación, lo tiene que comprar de su sueldo, el cual asciende a ochocientos cincuenta florines al año.

Es su obligación servir al misionero como escolta, acompañarlo en sus viajes o a donde vaya, montar guardia de noche, vigilar a los indios y aplicarles la pena que corresponde a sus delitos. Alternativamente, uno de ellos tiene que ir diariamente a cuidar los caballos de todos y los del misionero, para que no se extravíen, porque andan sueltos en el campo; y finalmente tienen que obedecer las órdenes del misionero con respecto a disciplina y asuntos de la misión. Así lo decretaron sabiamente los reyes católicos Felipe V y Fernando VI, para evitar que recorran arbitrariamente el país, abusando de los californios y de sus mujeres para la pesca de perlas u otros trabajos y maldades a su antojo.

La observación de Baegert respecto a las órdenes “sabias” de Felipe V y Fernando VI respalda con agradecimiento las concesiones hechas a los jesuitas cuando se comprometieron a sembrar misiones en California. Hace referencia al arreglo sin precedente mediante el cual la orden religiosa estaba facultada para operar su propio presidio.

Para fortalecer esta dependencia de los soldados con respecto a la obediencia que deben prestar a los misioneros en los asuntos mencionados, los altísimos reyes concedieron también la facultad de devolver a su capitán en Loreto, sin previa queja, aquella gente armada que, por su conducta inconveniente, causase más daños que beneficios; además, los reyes ordenaron que los soldados recibieran su sueldo de manos del jefe de la misión o de su lugarteniente encargado de los fondos.

Originalmente, los jesuitas cumplieron su promesa a la corona, pagando los costos de su fundación. Sin embargo, gradualmente, la orden misionera logró persuadir a los virreyes y concejos reales de que la colonia californiana podía prestar servicios adicionales, por ejemplo, exploraciones, la creación de servicios portuarios y asistencia a las naos de China –si la corona podía ayudar a pagar los sueldos de los soldados–. Para cuando Baegert sirvió como misionero, este cambio de responsabilidad financiera se había llevado a cabo.

Las misiones jesuíticas en California fueron financiadas en gran parte por donaciones provenientes de acaudalados patrocinadores. La mayoría de las donaciones fueron invertidas en ranchos productivos –llamados haciendas– en Nueva España. Estas fueron las “haciendas de fundación” a que se refiere Baegert a continuación.

Cada año, los empleados virreinales entregaban en la ciudad de México el importe total de los haberes de la tropa y marineros al padre mayordomo, quien administraba las haciendas de fundación de las misiones, naturalmente con el descuento de algunos miles de pesos que, como propina, siempre se les quedaban pegados a los dedos. Pero el P. mayordomo no remitía estos fondos a California, de modo que ningún soldado o marinero recibía monedas de plata efectiva, porque no le hubieran servido para nada en vista de que no hay en California ni panadero, ni carnicero, ni cantinero, ni tendero a quien comprar lo que necesitaban. En cambio, el P. mayordomo compraba con esos fondos todo lo que podrían necesitar más o menos ochenta hombres y cierto número de mujeres y niños en el curso de un año, excluyendo solamente las vituallas. Estos efectos los remitía a Loreto, en California, junto con lo que cada misionero había pedido a cuenta de sus mil florines.

En virtud de que los jesuitas no permitieron la iniciativa privada en California, no tuvieron más alternativa que abrir lo que vendrían a ser tiendas de raya. Esto no les hubiera parecido extraño a los soldados o a sus familias, puesto que cada presidio en el noroeste de nueva España contaba con un sistema parecido para la distribución de mercancías importadas. De hecho, un estudio de los precios cobrados y deudas incurridas en otros

presidios —administrados por militares y no curas— sugiere que la gente de Loreto recibió un trato más honesto que sus contrapartes en otros lugares.

Igualmente, algunas veces al año se trasladaron a Sinaloa para ir en busca de maíz, legumbres secas, carnes, manteca, caballos y mulas, y pasarlos a California.

Además de los soldados y pocos marineros, vivían en California y tenían su domicilio fijo en Loreto unos o dos medio-ebanistas y medio-carpinteros, así como otros tantos herreros. De vez en cuando vagaba por el país otro carpintero independiente que trataba de ganar algo en las misiones, si había bastante madera. Éste llevaba tan poca herramienta de fierro que la podía cargar en la bolsa de sus pantalones. Fuera de estos artesanos, no había otros en California, sino que, por lo general, cada quien era su propio zapatero, su sastre, su albañil, su talabartero, su molinero, su panadero, su barbero, su boticario y su médico; hasta la fecha, nadie ha pensado en hacer venir a California a peluqueros, cartólogos, sastres de moda, dulceros, pasteleros o cocineros de París, merceros, cafeteros, saltimbanquis o comediantes. Y en verdad, mientras exista California, toda esta gente siempre llegará prematuramente. ¡De cuántas cosas puede uno prescindir!, dijo el filósofo.

En estas últimas líneas Baegert alcanza su clímax como profeta; estaría asombrado de ver cuán literalmente exacta resultó ser su jocosa predicción. Quizá también quedaría sorprendido al saber cuántos de sus humildes residentes de California sin nombre pueden ser identificados. El ebanista que recorrió el país fue casi seguramente Sebastián Manríquez, partes de cuya carrera son reveladas en numerosas partidas en los archivos misionales jesuitas. Manríquez nació en Compostela y aparece por primera vez en California como aprendiz de carpintero en Loreto en 1733. Subsecuentemente, parece haber estado en casi cualquier misión que se encontraba en construcción; su ir y venir puede trazarse en el acta de defunción de una esposa, su matrimonio con una mujer neófita en San José de Comondú y el nacimiento de varios hijos. Por varios años después de que Baegert escribiera su libro, el anciano Sebastián Manríquez, para entonces un soldado retirado, trabajó en el transporte de carga hasta San Diego y Monterrey, ayudando así a abrir la nueva California que los jesuitas nunca llegaron a ver.

La amplia gama del libro de Baegert también contiene descripciones de mineros y la actividad minera, introduciéndonos así a algunas de las primeras empresas comerciales independientes en California:

Santa Ana y San Antonio son los dos reales de minas de California, nombre que los españoles dan a aquellos lugares donde se establecen para extraer plata. Las dos minas quedan hacia el sur, distante la una de la otra unas tres horas



Las ruinas de Santa Ana, el primer establecimiento secular en California. Por el año de 1760 el poblado alojó a los trabajadores de las minas y ranchos ganaderos de Manuel de Ocio, las primeras actividades comerciales establecidas en California. Los descendientes de los mineros de Ocio y su ganado aún ocupan la región.

de camino, no lejos del Cabo de San Lucas, y por consiguiente en la extrema punta de la península, los descubridores de ambas minas viven todavía (si no es que hayan muerto últimamente). El dueño de San Antonio se hizo tan rico con su negocio de extraer plata, que salió para España en el año 1767 con dinero pedido por el amor de Dios para conseguir de la corte de Madrid, según los rumores que circulaban, una pensión en su carácter de descendiente del primer capitán español de California. Seguro es que no se ha llevado de California ni ha podido remitir a Madrid ni seis Kreutzer o sea un real español, de su mina de plata. El otro, andaluz de origen, de profesión herrero y soldado de California despues, es cierto que tiene algún dinero, porque hace pocos años que le compró en Guadalajara a su hijo y único heredero, una mujer, al precio de 20,000 florines.

Una vez más, los hombres no identificados en el reporte de Baegert pueden serlo. El “hijo del primer capitán hispano-californiano” fue Simón Rodríguez. Su paupérrima condición, descrita tan sarcásticamente por Baegert, se debió principalmente al retiro y muerte de su padre, no un español sino un portugués llamado Esteban Rodríguez. Durante los últimos veinte años de la larga vida de don Esteban, toda su familia había podido vivir cómodamente y tal vez lograron reunir un pequeño caudal. Esta buena fortuna fue recompensa de los agradecidos jesuitas y una excepción notable a su política acostumbrada.

Alrededor de 1730 los misioneros de California decidieron recompensar a su jefe militar por sus treinta años de servicio y remunerarlo en virtud de que no recibiría los beneficios de su retiro provenientes de la corona. Se le otorgó el privilegio a Rodríguez de mantener ganado en tierras con aguajes al este de Todos Santos. Los hijos de Rodríguez también asumieron este privilegio, y los jesuitas se vieron obligados a comprárselo al anciano don Esteban, evitando así el crecimiento de una economía secular independiente.

El herrero andaluz descrito por Baegert fue Manuel de Ocio, yerno de Esteban Rodríguez y el único hombre que audazmente aprovechó las ventajas que se hicieron posibles por las condiciones otorgadas al viejo capitán. Ocio, de su propia iniciativa, también hizo una fortuna en perlas y estableció lazos políticos y con la banca de Guadalajara. Para 1760, Ocio

tenía minas, ranchos y cientos de cabezas de ganado. Además de haber sido el primer hombre acaudalado en California, Ocio también fue responsable de traer un grupo completamente nuevo de colonos a la península. Para llevar a cabo su búsqueda por la plata trajo mineros, quizá hasta cuarenta o cincuenta de ellos, muchos del interior de México. Sin embargo, la minería nunca prosperó, de hecho, como lo da a entender Baegert en la continuación de su descripción de Manuel de Ocio.

Pero no debe su riqueza tanto a la explotación de su mineral como a la pesca de perlas (que practica ya desde hace más de treinta años y que le ha dejado algún provecho, según lo que ya tengo indicado), a su carnicería, su comercio y finalmente, a su increíble tacañería. Él es el único que vende a sus compañeros y a los trabajadores de ellos, no sólo la carne, sino también todas las telas y mantas, tabacos y trapos viejos con que se visten ellos y sus familias, y con que pagan a sus peones. Sólo él tiene los fondos necesarios para comprar tales mercancías en Guadalajara y traerlas por tierra y mar a California, y además tiene ese dinero porque fue el primero que tomó posesión del extenso distrito donde ahora andan sus vacas.

Antes del fin de la época jesuítica, unos cuantos soldados, además de Ocio, habían tomado pasos para reclamar tierras. Este quebrantamiento paulatino del dominio jesuita fue, sin duda alguna, la base para prácticas ganaderas que se expandieron lentamente fuera del control misionero.

Nuevas órdenes para California

El primer cambio oficial en el estado legal de la gente en California vino en 1767, exactamente setenta años después de la fundación de la colonia jesuítica, cuando Carlos III, el tercer rey Borbón de España, decidió expulsar a los jesuitas de todo su imperio. Este golpe puso fin a dos siglos de complejos acontecimientos religiosos, políticos y económicos en los cuales habían tomado parte los ignacianos. La mayoría de sus empresas habían prosperado, pero casi siempre a costas de crear oponentes cuyo número e influencia finalmente arrolló el respaldo para la una vez poderosa orden de maestros y misioneros.

Fueron acusados de intrigas y finalmente de conspirar contra el rey. La caída de los jesuitas no tuvo particular conexión con su empresa en California. Pero el rey expulsó a los jesuitas de California enviando a otra orden de padres misioneros para continuar su labor. También aprobó un plan para explorar y colonizar sus posesiones en California al norte de la península. Estos acontecimientos pronto cambiaron las vidas de todos en California de una manera u otra. El autor principal del cambio fue José de Gálvez, el visitador del Rey, o enviado especial, quien estaba capacitado para llevar a cabo una extensa reordenación de las prioridades peninsulares. No sólo sustituyó a los jesuitas con los franciscanos, sino que estaba dispuesto también a impedir que la nueva orden asumiera los poderes temporales de sus predecesores. No concedió permiso legal a los franciscanos para controlar el comercio o gobernar a la gente de razón como lo habían hecho los jesuitas. Gálvez trajo innovaciones que tuvieron aun más impacto inicial que la nueva orden de sacerdotes. Con él llegó la ola más grande de rostros nuevos jamás vistos por los habitantes de la península. En unos cuantos meses expuso a las aproximadamente cuatrocientas gentes de razón a muchas docenas de españoles —soldados, funcionarios, hombres de ciencia y otros—, gente cuya educación, experiencias, actividades e ideas abrieron nuevos horizontes para una población tan aislada. Los recién llegados crearon la necesidad de un nuevo término que pronto encontró amplio uso: Californio, para distinguir a la gente de razón local de los españoles y criollos del macizo continental, enviados por Gálvez.

Para la década de 1760, España se sentía amenazada en el occidente de norteamérica. Durante dos décadas los rusos habían estado explorando las costas, y Madrid oyó reportes de una serie de bases fortificadas. Se rumoraba que cazadores de pieles y comerciantes franceses e ingleses estaban incursionando por tierra a las regiones costeras en el norte. Se juzgó como imperativo que se estableciera una efectiva presencia española en la enorme área reclamada por la corona. Por tanto, la mayor responsabilidad de José de Gálvez fue crear una fuerza expedicionaria que abriera un camino y se preparara a ocupar y defender las regiones costeras hasta la bahía de Monterrey en el norte, casi mil seiscientos kilómetros más allá de los límites explorados de California. Sucedió que esta expedición

crearía la necesidad de un término geográfico adicional. A pesar de que el nombre “California” se aplicaba rutinariamente a todas las posesiones españolas en la costa del Pacífico al norte de la Nueva España, la gran extensión de los nuevos establecimientos hizo conveniente que se llamaran Alta California, y que se refiriera a la península como Baja California.

La expedición con rumbo a Monterrey consistió de dos partes, una que iría por mar y la otra por tierra, y el grupo naval involucró a pocos californios. Pero después de que Gálvez había nombrado a un oficial del ejército español, Gaspar de Portolá, como gobernador de California y comandante de las fuerzas terrestres, reclutó a docenas de hombres californios. Aquellos que finalmente fueron al norte bajo Portolá compartieron una experiencia trascendental con hombres de la Vieja y Nueva España, un evento al que se refieren muchas hojas de servicio subsecuentes al igual que solicitudes de jubilación, títulos de tierras y correspondencia diversa. Varios californios, como resultado de su participación en esta expedición, o las que le siguieron en apoyo, se convertirían en colonos pioneros de la Alta California.

Mediante este proceso, irónicamente la mano muerta de los jesuitas logró tocar la California que sus misiones nunca alcanzaron. Hombres que ellos habían seleccionado y contratado, en algunos casos nacidos y criados en la California jesuítica, llegaron a tener una temprana y duradera influencia al norte de San Diego. Simplemente una lista de sus apellidos evoca la temprana historia y geografía de la Alta California: Acevedo, Alvarado, Amador, Arce, Camacho, Carrillo, Castro, Cota, Góngora, Higuera, López, Lugo, Olivera, Ortega, Osuna, Peña, Romero, Verdugo y Villavicencio.

De mayor importancia para la historia de Baja California fueron aquellos hombres peninsulares que prestaron servicio en el norte y luego regresaron. El servicio en tierras extrañas bajo el mando de oficiales y al lado de tropas de la madre patria, los hizo menos provincianos que antes.

José de Gálvez se ocupó de mucho más que Monterrey. Encontró a la península un lugar poco utilizado y subdesarrollado, un lugar que juzgó podía cambiar radicalmente en poco tiempo. Docenas de edictos fueron lanzados por su pluma, conforme planeaba convertir a la retrasada

Baja California en una gran joya para la corona del rey. A menudo sus planes implicaban a la gente local; necesitaba su especial habilidad o, a veces, sólo su mano de obra. Gálvez también deseaba establecer a los californios como el núcleo de la creciente población civil necesaria para sostener las proyectadas oficinas federales, bodegas y astilleros. Imaginó su papel en crecientes empresas mineras y agrícolas que generarían impuestos. Escribiendo en 1769 a un colega en la capital de Nueva España para explicar sus ideas y conseguir apoyo, Gálvez enumeró concentraciones de civiles con los cuales estaba personalmente familiarizado. Hizo notar que no había un solo pueblo fuera de los centros misionales, pero probablemente estaba usando la definición española de pueblo. Dijo que había grupos de hombres civilizados en el puerto de La Paz, en Cabo San Lucas y en Santa Ana. Dijo también que cerca de Santa Ana había varios ranchos dedicados “exclusivamente al cuidado y ordeña de algunas vacas y a la elaboración de queso y la cría de ganado.” Continuó describiendo la miserable condición de esta gente que carecía de tierra agrícola, agua y una fuente adecuada de trabajo. Le recordó a su colega funcionario que esta gente proporcionó a muchos de los soldados que abrieron la Alta California y que continuaban prestando servicios allá.

El reporte de Gálvez confirma un retrato de la vida civil que había crecido, atrofiada y deforme, a la sombra de las misiones. Es la primera noticia directa de esas condiciones a las que hacen alusión o se revelan indirectamente en muchos documentos de la época jesuítica. El visitador del rey estaba decidido a hacer más que sólo reportar las tristes condiciones; recurrió a una antigua costumbre española que había demostrado ser un estímulo efectivo para la gente, y sin costo directo alguno para la corona. Guiado por el consejo de Fernando de Rivera y Moncada, quien había sido capitán gobernador de California bajo los jesuitas y que conocía a la mayoría de la gente de razón personalmente, Gálvez estableció concesiones de tierras a solicitantes meritorios. Alrededor de una docena de títulos de tierras con agua que en un tiempo fueron propiedad de las misiones del sur, fueron entregados o autorizados por él. Indudablemente su intención fue sentar un precedente que ejerciera su influencia sobre los sucesos después de que abandonara California.

José de Gálvez, con su autoridad, energía e ideas, abandonó la escena a mediados de 1769, y cuando la orden dominica se hizo cargo de las misiones peninsulares en 1773, sus sacerdotes comenzaron a reasumir, debido a la falta de oposición organizada, mucha de la autoridad que una vez tuvieron los jesuitas. A lo largo del resto del periodo colonial español retuvieron cualquier propiedad que quisieron. En retrospectiva vemos que Gálvez despertó esperanzas que sólo se realizaron imperfectamente durante el siglo después de su visita. Tentó a la gente de razón y a los indios con la idea del cambio. Eso inició un movimiento que mantendría a la península en agitación por largo tiempo.

CAPÍTULO TRES

La disputa por la tierra

El breve lapso de seis años entre fines de 1767 y el otoño de 1773 trajo una serie de cambios profundos en la vida de los californios. El primer golpe vino con la expulsión de la orden precursora de misioneros. Los padres jesuitas habían creado y controlado la mayoría de las condiciones bajo las cuales vivían todos, indios y gente de razón. De pronto desaparecieron, tomando su lugar padres franciscanos con diferentes ideas. José de Gálvez, poderoso funcionario real y enviado del rey, vino a la península como el primer poder secular en la experiencia de la colonia californiana.

Gálvez reclutó hombres, requisó provisiones y animales y organizó la marcha hacia Monterrey. Los mejores hombres entre los californios partieron hacia el norte; gran parte de ellos para establecerse allá, y quienes únicamente regresaron por sus familias para poblar la Alta California. La economía minera y misional de Baja California, que atravesaba por dificultades, no podía darse el lujo de perder hombres, equipo y ganado. Las condiciones se volvieron críticas en 1771 y 1772 cuando la zona fue azotada por una severa y prolongada sequía y plagas de saltamontes. Finalmente, los franciscanos, atraídos por ricas tierras y mayor número de gentiles en el norte, cedieron voluntariamente a Baja California en favor de la orden dominica. En 1773 los indios peninsulares y la gente de razón experimentaron el doloroso cambio del sistema misional por tercera vez en poco más de cinco años.

Estos fueron los acontecimientos de mayor importancia, pero las circunstancias generales de la época inhibieron cualquier intento de progreso o tranquilidad. Debido a la importancia estratégica de Monterrey, el tesón y los gastos reales fueron canalizados en gran parte hacia el norte. Los dominicos pronto se dieron cuenta de la triste y declinante condición del antiguo establecimiento jesuítico y también volvieron su atención y esfuerzo al norte, hacia nuevas misiones entre los gentiles aún por convertir.

Abrir y mantener nuevos presidios y misiones no sólo desviaba la atención y el material que en un tiempo estaban destinados a Baja California, sino también le sangraba su escasa riqueza. Por mandatos reales o religiosos, gran parte de las provisiones en las misiones peninsulares fueron removidas y nunca devueltas. El ganado de las misiones también fue disminuido y los mejores de sus vaqueros fueron a prestar sus servicios al norte. Los ranchos y minas de Manuel de Ocio y otros empresarios, muy escasos en la época, también tuvieron que ceder ganado, mulas y hombres.

La pérdida de mulas y arrieros experimentados, en aras de la Alta California, fue un serio golpe para Baja California. La península había sido puesta bajo dominio español y la fe cristiana por un puñado de misioneros y sus sirvientes y soldados, un grupo que nunca hubiera podido dominar tal área o su gente movilizándose a pie. Los siempre escasos hombres españoles tuvieron que desplazarse rápidamente sobre el incesantemente rocoso terreno montañoso para explorar nuevas tierras, hacer contacto con los nativos, suministrar la creciente serie de misiones, o responder a ataques u otras emergencias donde ocurriesen. El primer grupo misionero anticipó estas necesidades trayendo bestias de montar. Comparar caballos y mulas fue inevitable e inmediato: les fue tan mal a los caballos que algunas de las primeras cartas de la California solicitaban mulas de reemplazo. Estos requerimientos aumentaron con las misiones y los hombres que tenían que abastecer y comunicarlas.

La cría de mulas es un arte lento que requiere de esmero y, conforme pasaron los años, ningún sustituto fue encontrado para la muía. Navegar hacia el norte era lento y peligroso debido a los casi constantes vientos y corrientes adversas.



Las mulas, el animal preferido para montar y de carga en la apertura de California, siguen siendo vitales a la gente de las sierras de Baja California. Los animales de cada rancho se dejan sueltos hasta que se necesitan y son reunidos, lazados y ensillados.

En Alta California, vastas planicies aluviales se prestaban a la construcción de caminos, y escasas décadas después de su asentamiento, carretas y carruajes prestaban servicio de transporte de carga y pasaje. Pero en Baja California, el terreno rocoso y accidentado no permitía tales lujos aún después de un siglo de su colonización. El transporte y la comunicación misional y militar continuaban a lomo de mulas y burros. El camino real, la arteria principal hacia los nuevos asentamientos en Alta California, irónicamente permaneció, hasta su abandono, para bestias de carga y montar. Cuando la península fue despojada de tantas mulas y arrieros después de 1769, todo el comercio se entorpeció y cientos de cabezas de ganado privado y misional se dispersó, dando lugar a la creación de manadas salvajes que permanecerían como rasgo particular de la península por más de medio siglo.

El núcleo social de la gente de razón continuaba centrado en las misiones, aun cuando éstas padecían un estancamiento que era producto de la declinante población indígena, causada por el impacto de enfermedades contra las cuales tenía escasa resistencia. Sarampión, viruela y sífilis pueden ser identificadas en relatos de la época. Es cierto que la península sirvió de camino a la Alta California, pero de sus lugares poblados, sólo Loreto, como capital y puerto, gozó de actividad ininterrumpida; con el paso de los años la mayoría de los centros misionales se volvieron lugares aún más tranquilos y de menor importancia. Ni los padres ni sus ayudantes y escoltas sintieron el estímulo del progreso, ni siquiera del *statu quo*. La melancolía es evidente en muchos documentos; los padres disputaban entre sí y con la gente.

La vida de los soldados y civiles continuó bajo un severo régimen, pero ya sin el propósito que deben haber tenido en la época de los fundadores.

Recuerdos de un viejo soldado

Una notable memoria conserva el ambiente y las impresiones emotivas de aquellos lentos y sombríos tiempos. Alrededor de 1850, un cronista peruano, Manuel Clemente Rojo, comenzó a recabar datos sobre la gente

de Baja California, grupo que obviamente despertó la admiración en su corazón igualitario.

Uno de sus informantes fue el anciano Simón Avilés, quien había servido como soldado de presidio antes de 1800. Gracias a Rojo tenemos la visión de un anciano de los años intermedios de la ocupación dominica. Una mirada a través de los ojos de la gente de razón que contrasta marcadamente con la indiferente perspectiva de Johann Jakob Baegert:

[...] a nadie se le permitía emborracharse públicamente ni formar escándalos, ni había casas de juego, donde se arman tantas rencillas porque pierden o ganan sus apuestas. Vivíamos con tanta sujeción, que pobre de aquel que anduviera despierto después de que la tropa tocara a silencio por las noches; esto sólo se toleraba en las casas donde había enfermo qué velar o alguna otra justa razón que debían saberlo anticipadamente el padre misionero y el comandante de la escolta. Cuando menos lo esperábamos llegaba el juez con gente a medianoche o en la madrugada a nuestras casas y mandaban que les abrieran, y esto lo hacían cuando se sospechaba la justicia que alguno había en ella que vivía en relaciones ilícitas con alguna mujer, y así obligaban a todos para que se casaran por la fuerza cuando los sorprendieron en las casas junto con las mujeres de quienes se habían sospechado.

Simón Avilés recuerda que cualquier tipo de fiesta, ya fuera boda o bautizo, requería del consentimiento de un sacerdote y de un oficial militar. También recuerda las espartanas condiciones de vida de los soldados y sus familias durante su servicio en las misiones peninsulares:

Vivíamos en una infelicidad muy grande, en unas casitas bajas con techo de palma o de tierra muy reducidas y con puertas de cuero de res a falta de tablas; todo el ajuar de casa consistía en un mal catre de barbacoa, una mesa tosca y los asientos de palos atravesados sobre dos pilarcitos de adobes; entonces no había un solo hombre en todo el país, con la excepción de don Manuel de Osio, que pudiera llamarse rico o medianamente acomodado; dependíamos enteramente de las misiones. Como los trabajos o actividades eran comunes y muy pocas las familias que habla en cada misión, había mucha hermandad y unión entre ellos, todo se daban y se prestaban unas a otras, hasta la ropa de uso que tenían; lo mismo se observaba

con las personas que llegaban de las otras misiones. Entonces no había gentes extrañas, todos se conocían unos a otros y la mayoría eran parientes afines o consanguíneos. Sólo los padres misioneros reservaban sus casas para sí mismos y vivían como extraños a nuestras costumbres...

A nadie se le permitía cortar una fruta de las huertas de las misiones ni aun a los comandantes de nuestras escoltas, y esto se observaba tanto en tiempo de los jesuitas como fernandinos y últimamente por los dominicos. Todo lo comprábamos al contado, y cuando se nos fiaba alguna cosa la pagábamos en el primer momento que podíamos. Los padres llevaban bien estas cuentas y se entendían con el pagador de la tropa para que nos descontaran de nuestros sueldos lo que nos adelantaban de este modo.

En vista de la ausencia total de retratos u otras descripciones, la mención del viejo soldado respecto a la ropa usada por la gente de razón es particularmente bienvenida:

[...] no usábamos ropa interior más de las camisas y calzoncillos y exteriormente calzones y cueros de pieles de venado curtidas; nos poníamos los zapatos a raya de la carne; no usábamos medias ni camisetas ni capotes de abrigo en el invierno; entonces cargábamos unos sarapes duranguenos sobre la ropa y era todo nuestro abrigo en la casa o en el campo. Generalmente en las estaciones muy frías nos calentábamos con lumbre, por eso no faltaba nunca la leña en la casa y se atizaba en medio de las piezas que habitábamos.

Yo conozco todos los puntos que existían poblados antiguamente desde el cabo de San Lucas hasta el puerto de San Diego en la Alta California, y en ninguna de esas partes he visto que nadie diera mejor trato que este (hablo de la tropa y de los soldados licenciados); los padres gozaban de más comodidades, pero no muchas tampoco.

Fue durante este periodo que un número considerable de las viejas familias de Baja California comenzara a dispersarse de los centros misionales en un proceso característico del resto del periodo misional.

En la Alta California el desarrollo social siguió un curso más placentero y secular. Soldados y padres abrieron el nuevo territorio en un clima de mayor igualdad y la iglesia nunca tuvo la oportunidad de regir

y apropiarse de todo el terreno como lo hizo en la Antigua California. A pesar de que en 1790 la Alta California también atravesaría por medio siglo de disputas por las tierras en posesión o reclamadas por las misiones, los nuevos asentamientos en el norte contaban con mayores extensiones de pastizales, permitiendo así que los gobernantes los repartieran. Como resultado, algunos soldados jubilados fueron pensionados con grandes otorgamientos de tierra. Colonos civiles fueron alentados a establecerse en la Alta California, recibiendo pequeñas parcelas a su llegada.

Durante los últimos veinticinco años del siglo dieciocho, Los Ángeles y San José fueron fundados, pueblos civiles cuyas vidas no estaban completamente dominadas por misioneros o militares. Los presidios de San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco no sólo albergaban soldados sino a sus familias también, al igual que sirvientes y comerciantes, la crema y nata de la antigua sociedad californiana. Para la década de 1790 todos los presidios ofrecían algún tipo sencillo pero placentero de vida social, y en Monterrey, la capital, era posible organizar celebraciones rústicas con música, baile, exhibiciones de equitación y una hospitalidad generosa. Conforme el área se desarrolló, estos acontecimientos se volvieron más espléndidos y la riqueza que los hacía posibles se derivaba del uso privado de la tierra, principalmente en manos de personal militar activo y retirado o sus herederos.

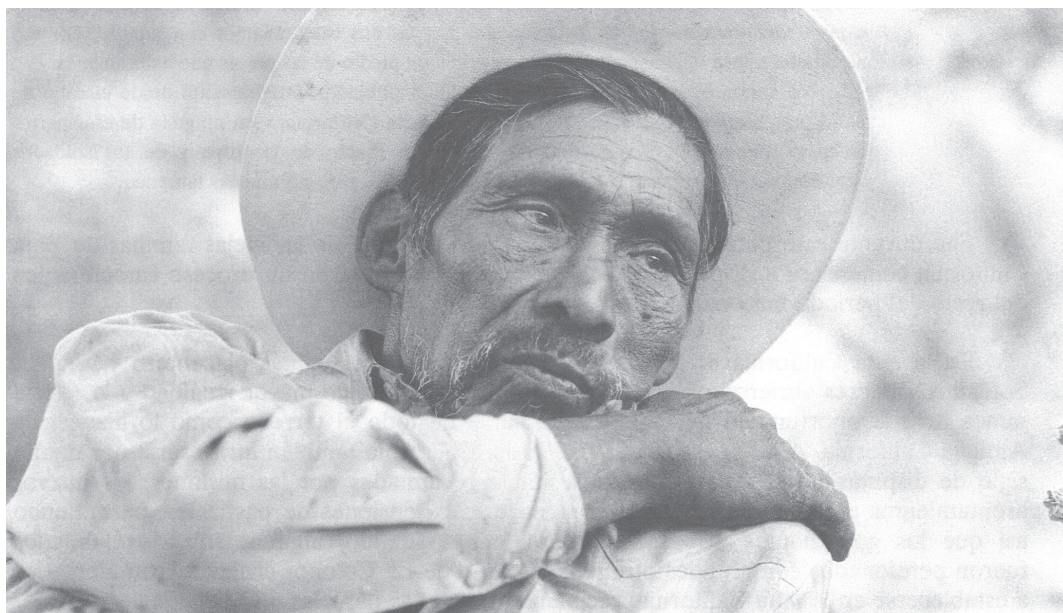
Baja California, por el contrario, no contaba con pueblos y un solo presidio en Loreto. Este último seguramente proporcionaba algunas comodidades a la gente de razón, pero la base económica era tan limitada que nunca pudo permitirse el lujo de disfrutar de los abundantes despliegues de sus primos en el norte.

Propiedad privada: el papel de los mayordomos

Ninguna de las misiones peninsulares había sido capaz de mantener a todos sus neófitos en un lugar. Durante los primeros años, partidas de ochenta a doscientos indios eran traídos periódicamente para su adoctrinamiento y después eran regresados a sus tierras ancestrales en donde podían mantenerse. Conforme los neófitos se adiestraban en el arte de la agricultura, los

misioneros empezaron a situarlos en ranchos alejados de las misiones pero con potencial agrícola. Cada uno de estos ranchos era administrado por un sirviente de la misión, por lo general un ex-soldado, el hijo o yerno del mayordomo de la misión, el capataz que supervisaba todas las actividades donde se empleaba mano de obra neófita. Casi todos los mayordomos eran ex-soldados, hombres que se habían granjeado la buena voluntad de los misioneros sirviendo como sus guardias y que habían sido contratados después de haber cumplido con su servicio militar. Naturalmente, estos hombres estaban en posición de colocar a familiares en la nómina de pago de la misión y situarlos en los mejores ranchos.

Aquellos que iban a ser mayordomos de ranchos misionales llevaban a sus esposas e hijos, y, con el pasar de los años, aquellos oasis en el desierto se convirtieron en sus hogares. En 1768 y 1795, cuando poblaciones declinantes obligaron al abandono de dos misiones, dos ex-mayordomos bien colocados y sus familias reclamaron títulos u ocuparon sin derecho



Antonio Ríos, un indio cochimí, descendiente de los neófitos de las misiones de San Ignacio, Santa Gertrudis y San Borja. Sobreviven muy pocos indígenas peninsulares.

ni reclamación los mejores ranchos de esas misiones, al igual que las tierras de éstas.

La palabra rancho ha servido para describir fincas ganaderas en ambas Californias, pero la similitud puede ser engañosa; había una gran diferencia geográfica entre los ranchos de ambas áreas. En Alta California vastos pastizales hacían la cría de ganado relativamente fácil y lucrativa. El mercadeo era y seguía siendo la mayor limitante para el desarrollo ganadero. En Baja California, como contraste, el rancho se establecía en cualquier paraje cercano a una fuente de agua permanente. La mayoría de dichos parajes se encontraban en el fondo de estrechas cañadas en las sierras, donde el terreno utilizable sólo permitía pequeñas huertas y hortalizas en constante peligro de ser arrasadas por el paso de aguas de temporal. La manada tenía que apacentar en laderas tan escarpadas y rocosas que desafía la imaginación (de un forastero) que ganado vacuno, en particular, pudiera subsistir en terreno tan desfavorable. Más aún, en la porción central y sur de la península el pasto es casi inexistente y el ganado debe apacentar entre yerbas, cactus, arbustos y ramas de ciertos árboles leguminosos. Pocas áreas, anteriormente o en la actualidad, pueden



“Así es como un mayordomo de California captura un toro”, dice el epígrafe del dibujo de un misionero jesuita, hecho alrededor de 1770.

sostener gran número de animales. Ningún rancho, grande como en Alta California, sería práctico en la parte centro-sur de Baja California.

Si el último tercio del siglo dieciocho vio el diminuto principio de la tenencia de la tierra en ambas Californias, el primer trimestre del siglo diecinueve dio origen a su rápido crecimiento. Entre 1810 y 1820 la guerra de independencia de México creó privaciones para todos los estratos sociales en las Californias. Los militares recibieron pagos intermitentes durante los primeros dos años y después nada, conforme el control español se debilitaba y finalmente cesaba. Cuando los soldados se encontraron sin dinero y con escasas provisiones, sus superiores tuvieron que requisar cualquier recurso disponible. Varias crónicas indican que los soldados se volvieron granjeros, vaqueros, cazadores, a fin de que ellos y sus familias pudieran sobrevivir. Los ranchos y manadas de las misiones contribuyeron durante la crisis; la tradición y su interés vital estaban implicados. España siempre contó con que los puestos fronterizos de la iglesia complementaran y asistieran a los militares en todo lo posible; éste había sido un rasgo particular del colonialismo español. Pero para las misiones en las fronteras indias esto no sólo era un deber, sino necesidad para sobrevivir. Las tropas tenían que ser mantenidas en la región de fronteras, la zona entre El Rosario, en el norte dominico, y San Diego, el primer establecimiento franciscano en Alta California. No sólo había grandes grupos de nativos no pacificados en la región montañosa de fronteras, también había tribus belicosas en el desierto hacia el este que intentaban, o por lo menos amenazaban constantemente con invadir y saquear la región. A fin de cumplir mínimamente con sus funciones, las misiones y los presidios invariablemente requerían considerables contribuciones del gobierno y la iglesia españoles. Además de dinero, esta asistencia siempre había incluido algunos alimentos y todo artículo manufacturado que fuese necesario. Pero ahora la agitación revolucionaria en México había distraído la atención española, agotado su tesorería e interrumpido sus líneas de suministro. Una larga acumulación de necesidades creció, originando la búsqueda de nuevas fuentes.

Los bienes peninsulares eran extremadamente limitados y conforme la gente buscaba soluciones a sus problemas, las huertas y ranchos ganaderos parecían ser la única esperanza como fuentes de alimento o medio

de intercambio. La excelente fruta seca de Baja California, principalmente higos y dátiles, podía ser almacenada para distribución local cuando fuera necesario, o intercambiada ventajosamente por artículos traídos en barcos mercantes y balleneros. Sin embargo, la industria de la fruta seca no podía desarrollarse fácilmente debido a la falta de tierras y agua, elementos controlados por las misiones, que continuaron siendo las únicas productoras de importancia.

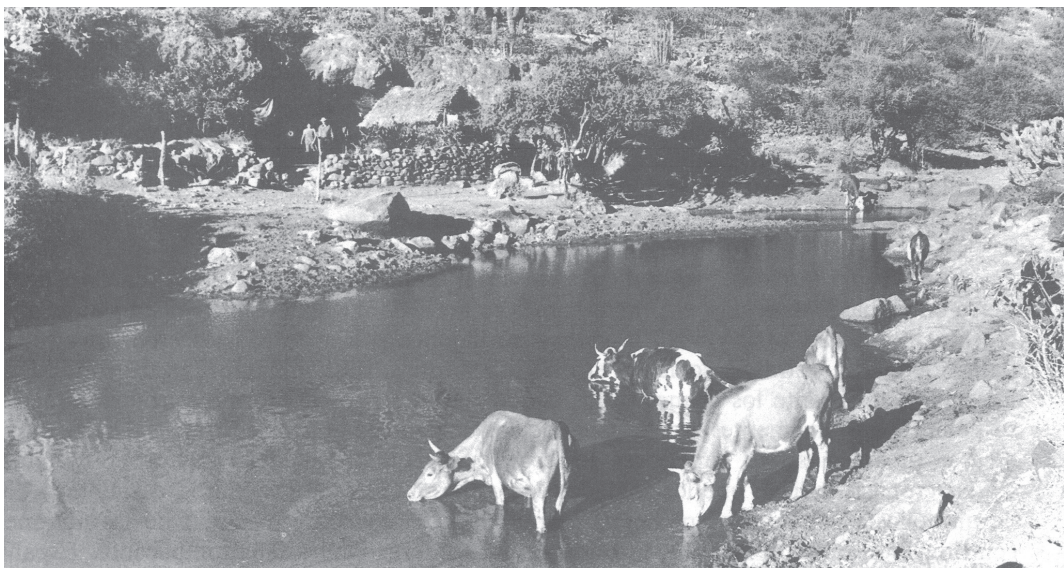
La cría de ganado era otro asunto. Las manadas no necesitaban tierra cultivable o los complejos sistemas de riego necesarios para las huertas; hasta una pequeña fuente de agua podía utilizarse para mantener algo de ganado. Durante los difíciles años entre 1810 y 1820, hubo hombres que se aventuraron más y más lejos para pastorear el ganado en las inmediaciones de la mayoría de los manantiales conocidos en la región sur y al poniente de La Paz, hasta la punta de la península. Durante aquellos años unas cuantas embarcaciones empezaron a hacer escala en Todos Santos y Cabo



Un portón para ganado en un remoto arroyo de la sierra; muy poco del ganado en el mundo es pastado en terreno tan escabroso o tiene que subsistir con plantas de tan dura corteza desértica.

San Lucas para abastecer sus provisiones de carne y agua y para cargar cuero y sebo.

La idea del comercio directo era una novedad para California y, de hecho, aún ilícito sin el complejo papeleo necesario para permisos e impuestos. Pero, en este caso, el debilitado control de la madre patria ayudó a los asediados californios. La misma agitación que había interrumpido pagos, bienes y servicios españoles también impidió que España impusiera sus leyes. Los pocos mercaderes autorizados, en su mayoría peruanos que navegaban estas costas, pronto tuvieron la competencia de los clandestinos mercaderes norteamericanos. A lo largo de la década revolucionaria el comercio de contrabando creció incluyendo a rancheros, misioneros y hasta la renuente complicidad de gobernadores militares. Alta California, con grandes manadas de ganado, huertas misionales más prósperas y ofertas tan exóticas como pieles de nutria marina,



Un represo o estanque artificial retiene el agua suficiente para permitir la cría de ganado de temporada a pequeña escala en el árido altiplano de la sierra de Guadalupe.



Los dátiles se cultivan y cosechan en muchos ranchos serranos. Las palmas de dátíl, introducidas por los jesuitas, prosperan en las tierras bajas de la península donde quiera que el subsuelo contenga agua permanente.

fue capaz de participar en un comercio considerable. Baja California tenía mucho menos que ofrecer y, por tanto, mayor necesidad de cambiar sus costumbres.

Ya que la mayoría de las misiones al sur de El Rosario tenían pequeñas y rápidamente declinantes poblaciones indígenas, su productividad y uso de la tierra también había decaído. Ciertos de estos centros eran especialmente valorados por los dominicos como sus residencias y lugares donde concentrar a los indígenas restantes; tales lugares eran Todos Santos, Comondú, La Purísima, Mulegé y San Ignacio, y los misioneros se esforzaron en hacerlos productivos y autosuficientes hasta donde fuera posible. Esto dejó a varias misiones sin la posibilidad de atender más que sus tierras inmediatas, y los ranchos remotos cayeron en la inactividad. Durante este período un número de ex-soldados reclamaron o se apropiaron tales ranchos. Los dominicos deben haber accedido, por lo menos tácitamente, a cederlos puesto que no existe evidencia alguna de su oposición a las apropiaciones de los intrusos. Esta indulgencia parece ser notable, en marcada disparidad con la política y los actos acostumbrados de los misioneros. Para comprender lo extraño de esta situación, debe hacerse notar que hasta 1850 los dominicos en Baja California resistirían tenazmente a cualquier individuo o administración que intentara confiscar tierras misionales.

Una necesidad externa provocó esta aparente paradoja; la iglesia no podía permitir que la gente se muriera de hambre. Más aún, hay evidencia que demuestra que el proceso de ceder ranchos misionales no fue enteramente impersonal. Casi todos los hombres que reclamaron los ranchos habían sido mayordomos con largo tiempo de servicio en la misión o las misiones del área de su reclamación. Los misioneros deben haber accedido a que estos hombres revitalizaran los ranchos abandonados con el conocimiento de que al mismo tiempo adquirirían vecinos conocidos. Indicaciones abundantes sobre esto son proporcionadas por los libros misionales de matrimonios y bautizos de la época. Los ex-mayordomos y sus esposas, ahora conocidos como vecinos, o residentes de la zona, aparecen frecuentemente como padrinos y madrinas de bautizo de niños neófitos o como testigos en matrimonios de los nativos. Las tierras que pasaron a

manos privadas y, particularmente, los hombres que las reclamaron, son ingredientes vitales en esta crónica de las sierras bajacalifornianas. Casi todos los rancheros de las sierras, desde aquellos tiempos hasta el presente, han descendido de uno o varios de aquellos ex-mayordomos cuyos descendientes se extendieron de los ranchos originales a otros parajes dispersos en las sierras centrales de la península. Estos terratenientes particulares quedarían separados de sus prójimos y de las décadas de controversia por la tierra bajacaliforniana que proseguirían. Habiendo aprovechado oportunidades extraordinarias, se encontraron establecidos en lugares remotos y, como resultado, económicamente independientes.

Fue el ejemplo de la ocupación activa de tierras inútiles por los mayordomos y el éxito de sus ranchos que probablemente creó esta tendencia. Después de ellos, una pequeña pero constante sucesión de audaces individuos, cansados de esperar tierras en los centros preferentes, se pusieron en marcha colonizando nuevos sitios. En conjunto, estos peregrinos cambiaron la vida en Baja California. Primero los indios habían recorrido y subsistido en toda esta tierra. Los misioneros los colocaron en sitios más o menos permanentes en donde también se agrupó la gente de razón. Pero ahora los indios habían desaparecido y la gente empezó a extenderse casi completando el ciclo. La división de la sociedad ocurrió durante la época de la independencia de España y creó innumerables problemas para el nuevo e inexperto gobierno. Después de poco tiempo, la mitad de la población estaba dispersa y era difícil hacer contacto con ella. Esto resultó en la frustración de representantes gubernamentales cuyo propósito era recabar impuestos, instruir, llevar a cabo un censo o empadronamiento o simplemente la proclama de leyes o edictos. Pero la división permanecería; si la mitad de la población continuaba viviendo cerca de los puertos y las misiones, sujeta a las atenciones y querellas de funcionarios religiosos y del gobierno, la otra mitad había tomado las cosas en sus propias manos. Divididos en pequeños grupos de una a tres familias, vivieron apaciblemente en remotos manantiales a menudo localizados en las sierras y sus inmediaciones. En breve habían formado una sociedad dispersa y libremente organizada de huertos y ganadería. Nada de lo que estaba por ocurrir removería la huella de esa época formativa

en la historia de Baja California. La gente que se había ido a las sierras permanecería allí, notablemente inalterada hasta nuestros días.

El hijastro de la república

La independencia de España que México logró en 1821, trajo poco más que confusión a la remota Baja California. Más de diez años de aislamiento y abandono durante la agonía de una compleja revolución habían sido vejación suficiente, pero durante esa época de privaciones y autosuficiencia, el carácter del gobierno matriz, no obstante el resentimiento por su indiferencia, era conocido y se le podía dar cabida. La independencia resultó perpleja. Primero ocurrieron dos años de monarquía infructuosa, un gobierno que logró, a través de su enviado, trastornar lo que permanecía funcionando del sistema misional. La autoridad de los misioneros se redujo y se dio mayor libertad a los indios, junto con derechos como pago por servicios prestados y la tenencia de tierras misionales. La monarquía no envió dinero alguno para sustentar sus edictos, y su autoridad pronto fue depuesta, pero no antes de que sus disposiciones crearan considerables daños. Gran número de indios dejó de trabajar, vendiendo su tenencia de la tierra y convirtiéndose en vagos. Muchos de ellos murieron patéticamente en los llanos y cerros en los cuales ya no sabían subsistir.

Cuando la república fue declarada en México, sus manifiestos y proclamas estaban esparcidos con la retórica de la revolución francesa. Irónicamente, el igualitarismo expresado era más entrañable en Baja California que quizá en cualquier otro sector de México. Misioneros celosos y recursos limitados siempre habían impedido el fenómeno de grandes haciendas, peones y hacendados ausentes. Baja California había sido durante mucho tiempo lugar de individuos notablemente independientes, hecho poco notable debido al aislamiento del área y escasos visitantes. Este carácter independiente pronto sería notado por la mayoría de los viajeros que descubrieron a la gente peninsular.

Independencia, fuera cual fuese el gobierno central, significó menos paternalismo en las Californias. España se había ido, el poder de los misioneros se había reducido en sumo grado y México se encontraba demasiado

pobre y preocupado para gobernar de hecho. De algún modo los californios tuvieron que servirse política y económicamente. En la Alta California, hombres y medios para crear una economía viable estaban a la mano, y por tanto las bases para mantener impuestos y un gobierno local. Las misiones franciscanas, aunque ya no en su plenitud, tenían grandes manadas, vastos campos que cultivar y muchas manos para el trabajo requerido. Unos cuantos ranchos ganaderos privados y de gran tamaño habían crecido, demostrado su potencial y adiestrado hombres en las tareas necesarias. No menos de una docena de barcos extranjeros (en su mayoría norteamericanos) al año atracaban en los puertos de Alta California y los productos de misiones y ranchos gozaban de buena demanda. La solución de muchos problemas era obvia; entre 1823 y 1825, Luis Argüello, el nuevo gobernador, otorgó nueve vastos ranchos a igual número de hombres influyentes. Tales actos impulsaron a Alta California hacia su famosa época de magnates ganaderos y el comercio de pieles y sebo, una época próspera y romántica.

Fue la mala fortuna de Baja California haber sido dividida políticamente de Alta California por España, alrededor de 1800. Esta separación fue retenida por México independiente, sentenciando a la gente de la península a perspectivas inferiores. Las misiones del área habían caído en gran pobreza, requiriendo una infusión anual de capital externo; ninguna creó excedente de riqueza. La mayoría de los ranchos operaba a un nivel de subsistencia; mantenían a su gente pero proporcionaban escasos excedentes para vender o intercambiar. Ninguna industria floreció y pocas materias primas albergaban la esperanza de crear demanda comercial.

Sin ayuda federal y escasas perspectivas de recabar impuestos locales significantes, el gobierno peninsular se hundió en el caos durante años. Aquí la historia en gran parte religiosa de Baja California también jugó un papel. Durante los primeros setenta años los jesuitas compraron todos los artículos y enseres que necesitaba la mayoría de la gente en la colonia, los entregaban, distribuían y se encargaban de la contabilidad. Aún en los cincuenta años después de la expulsión de los jesuitas, los franciscanos y los dominicos lograron formar asociaciones informales con los comandantes militares. Juntos desalentaron la iniciativa privada y por medio del manejo

de toda forma de gobierno y los asuntos monetarios crearon una sociedad singularmente incapaz de adoptar una vida moderna e independiente.

Cartas inéditas permiten discernir las condiciones alrededor de 1824 y 1825, el tiempo en que fueron escritas y los primeros años de la República Mexicana. La nueva nación acababa de tomar medidas para crear un gobierno representativo. Un reporte conmovedor del recién electo ayuntamiento de Loreto está dirigido a un funcionario no identificado del gobierno central. Los reglamentos de la época establecían a los concejales, colectivamente, como cabeza ejecutiva en toda la península, durante cualquier ausencia del jefe político debidamente asignado (con rango de gobernador del régimen nuevamente constituido). De esta forma los miembros del ayuntamiento de Loreto asumían la responsabilidad durante renunciaciones, destituciones o ausencias del ejecutivo titular. De hecho su poder era inexistente. Carecían de recursos económicos, de tropas, aun de policías y por tanto de la posibilidad de contratar o delegar a alguien para cualquier cosa. En vista de que para las personas bien informadas, prácticas y prósperas, resultaba evidente la insensatez de servir en el ayuntamiento, la mayoría de ellos evitó su elección o nombramiento, y esos honores distinguieron a ciudadanos sencillos y de buena fe, quienes fueron abrumados por los deberes que enfrentaban. La siguiente parte de una narración está tomada de su petición de asistencia federal para hacer frente a un mar de dificultades; es implícito el argumento para la secularización de tierras misionales:

Es cosa, señor, que pasma pero al mismo tiempo indubitable, que en la vasta extensión de más de quinientas leguas que de sur a norte tiene esta provincia, no se halle un pueblo que tenga reunidos cien vecinos. La causa, no es difícil dar con ella; esta corporación la atribuye a que, siendo misiones las que tienen abrazadas las tierras que pueden cultivarse por medio de riego (porque de sequedal es perder el tiempo y el trabajo por la notoria aridez del país y las aguas llovedizas tan inconstantes aquí), es que la mayor parte de los habitantes de esta provincia —en particular los que comprende el distrito de la jurisdicción de este presidio— viven en miserables cabañas, distantes entre sí cinco o más leguas, y de esta capital y de toda parroquia algunas más de cuarenta, y ninguna menos de quince, precisados a sustentarse con la leche y carne de un corto pie de ganado vacuno que mantienen

con este objeto, único recurso de sus necesidades. Por esta razón, y entre tanto no se formen poblaciones bien ordenadas, ni la instrucción cristiana ni la agricultura ni cultura intelectual ni política podrán hacer progresos.

La segunda carta es de una fuente con mayor experiencia y conocimiento. Su autor, José Manuel Ruiz, nació en la península donde fue soldado por casi cincuenta años. Este hombre es el prototipo de la gente de razón de la California de sus días. Sus antepasados habían sido de El Fuerte, Sinaloa; su padre Juan María Ruiz prestó servicio como soldado en California a partir de 1750, y él a su vez probablemente era hijo del Manuel Ruiz que aparece en la lista de revista militar de 1718. Juan María Ruiz contrajo matrimonio con Isabel Carrillo, de la familia Carrillo que alcanzaría prominencia en Alta California. Juan María Ruiz fue atacado por un león y murió a causa de sus heridas, en 1765, cuando José Manuel tenía diez años. El muchacho, su hermano y tres hermanas fueron criados por su madre con ayuda de los Carrillo, que eran tíos de los muchachos.

Lo extraordinario de la progenie de Juan María Ruiz e Isabel Carrillo fue que cada uno alcanzó algún grado de prominencia en una de las Californias; las hijas, reconocidamente, casándose con hombres notables. Francisco María Ruiz se alistó como soldado y ascendió, después de una larga y pintoresca carrera, a capitán del presidio de San Diego. Aún después de su retiro a la edad de 73 años en 1827, contribuyó a la historia de San Diego construyendo la primera casa substancial fuera de los muros del presidio en el aún hoy conocido Pueblo Viejo.

José Manuel Ruiz también ingresó a las fuerzas armadas alcanzando la capitanía en Loreto. Su servicio más largo fue como sargento al frente de las tropas, defendiendo las misiones dominicas y el camino real en la región de fronteras al sur de San Diego. Fue ahí donde sus fuerzas repelieron numerosos ataques indios ganándole a Ruiz una magnífica reputación por sus dotes de mando. El mayor reto para el capitán Ruiz vino, como a la mayoría de los oficiales peninsulares, durante la pugna por la independencia de México. Ruiz mantuvo unidas a sus tropas y trabajó valientemente ayudándoles a subsistir a través de una época, cuando el

pago de salarios era intermitente y luego inexistente, y aun cuando el origen de la autoridad estaba en duda. Después de alcanzar la capitanía del presidio de Loreto se retiró, pero sus vecinos agradecidos tenían necesidad de sus servicios. En 1822 aceptó el nuevo cargo de jefe político e intentó organizar un gobierno viable para substituir al destituido sistema español. Fue en el curso de estos esfuerzos que escribió este reporte a la ciudad de México, la lejana capital:

lo. Gobierno interior: éste se halla desorganizado, siendo insuficiente la actividad, celo y energía con que se ha procurado cumplir. Dos efectos motivan la causa principal de tal entorpecimiento: el primero, la falta de pagas, socorros y aun de una regular subsistencia que en la pasada crisis ha sufrido la compañía y marina de este territorio a mi cargo, hasta llegar al extremo de no tener pan, como se ha hecho presente repetidas veces a los respectivos ministerios por el informante; con tales penurias se ha insubordinado bastante uno y otro cuerpo. El segundo, en lo civil, es la ignorancia casi general en el pueblo, la apatía y rescisión de las autoridades municipales en el cumplimiento de sus obligaciones; por más que se les estrecha siempre eluden su cumplimiento con dificultades ficticias y como no acostumbrados a ejercer empleos honoríficos; he dicho ficticias porque hace más el que quiere que el que puede.

También es parte la preocupación en que está el pueblo con la divulgada noticia de repartimientos de tierras comunes de misiones a indios y vecinos, sin tener muchos de ellos útiles de labranza ni cómo adquirirlos y subsistir, a menos de que no se les pague los sueldos vencidos del tiempo que sirvieron de soldados y marineros; prueba inequívoca es que la mayor parte y quizá toda la base de población es de la clase indigente.

La milicia cívica se halla en igual estado: no presta servicio alguno por falta de armamento e instrucción, de los que ya se ha dado cuenta. Este cuerpo, que nomás se halla enlistado y juramentado, se compone de un escuadrón de caballería con la fuerza de 200 hombres repartidos entre esta capital y la jurisdicción del sur. La seguridad pública no se halla atacada por lo que respecta al distrito de esta capital y jurisdicción del sur, mas en la del norte se hallan en estado hostil e incesantemente aquellos destacamentos en movimiento que no son suficientes a contener excesos por la falta de lo necesario ni aun para sostener las guarniciones que sufren innumerables

penurias, como repetidamente me avisa el sargento que las comanda, pues las misiones muy poco suministran, por lo que ha providenciado recurrir a la Alta California en solicitud de auxilios cuyo resultado espera, pues de aquí es impracticable verificarlo.

Propios y arbitrios no hay establecidos. Bienes de comunidad sólo las misiones los tienen y manejan, los misioneros de ellos respondieron al prelado pues el gobierno no tiene injerencia ni conocimiento de ellos.

Ruiz describió la pobre condición de las misiones en aquel entonces sin ingresos debido a que la dislocación con España había interrumpido las vías normales de apoyo. Notó que desde 1810 las misiones habían alimentado y suministrado a las tropas en la frontera a un costo acumulado de 47,000 pesos —deuda que nunca sería saldada—. La descripción de Ruiz es elocuente:

Misiones y misioneros han decaído tanto que se puede asegurar que las de la Baja California son una quimera, por sus muy pocos brazos para sus labores, por sus edificios casi destruidos, por la falta de fondos y herramientas...

Ruiz hizo notar el bajo nivel de comercio, la falta de inversiones de capital y, de nuevo, la falta de preparación de la gente para vivir independientemente. Atribuía gran parte de esto a la casi universal carencia de educación:

La Ilustración no tiene asiento en este territorio, ni progresará por faltar, y haber faltado a la juventud los primeros principios tanto en letras como en artes. De suerte que no se encuentra un maestro ni de primeras letras ni de artes comunes mecánicos ni mucho menos liberales. La falta de dotaciones para fondos no han podido ni siquiera establecer escuelas que hagan aprender a los niños a leer y demás que los saquen de la estupidez en que viven dispersos por los despoblados, y vegetan hasta la senectud sin entender la moral ni la política causa de la mala educación, que casi generalmente se advierte en la juventud. Los ayuntamientos no tienen fondos de dónde sacarlos, pues imponerlos a la masa del pueblo sería excitar un tumulto, por no estar acostumbrados a pagar nada, y con mucha repugnancia diez-

mos y derechos de estola. Tanto por esta causa como por la carencia de sujetos idóneos y útiles necesarios no se ha podido sostener una sola escuela, ni aquí ni en el sur, de suerte que son rarísimos los que saben leer y escribir correctamente (hablo de los hijos del país).

El viejo líder, de setenta años al escribir, termina su reporte con una plegaria por su tierra y por su gente, plegaria que reflejaba las esperanzas en el nuevo gobierno de forma republicana. Pidió ayuda federal para Baja California:

[...] por haber pasado a otro sistema de gobierno, con las nuevas instituciones que nos rigen, y sólo así podrá progresar haciéndose cuenta se va a crear de nuevo para que los habitantes y su posteridad sepan lo que es la vida civilizada que aún no tienen de ello sino muy corta noción. Es cuanto puede informar a vuestra señoría el que suscribe a consecuencia de lo que se le pidió, y a los prácticos conocimientos y vastos que tiene de su país natal, y se ha mandado por algunos años con diferentes representaciones, como lo acredita la hoja de sus dilatados servicios.

El problema de las tierras misionales

La ciudad de México no pudo realizar los sueños de Ruiz o el ayuntamiento de Loreto. El nuevo gobierno central se encontraba asediado por otras reclamaciones, en su mayoría más cercanas y persuasivas. La iglesia aún se asía tenazmente a sus propiedades misionales que ahora sí atraían la atención de la sociedad crónicamente carente de tierra en Baja California. La tierra era el asunto central en la agitación forjada por la Independencia. La obtención de dinero federal parecía razonable a gobernantes que por lo menos habían visto o manejado sumas considerables. Pero el concepto debe haber parecido ilusorio al hombre común; no extrañaba lo que nunca había conocido. La tierra era otra cosa, la gente conocía su potencial y yacía frente a ellos, anunciada como parte de su legado, pero provocadoramente negada por lentos procedimientos que no comprendían.

Lo esencial del problema era el estado legal de las misiones, que tenían la mayor parte de las tierras productivas en su poder. Si las misiones

continuaban sirviendo su propósito original, la iglesia retenía el derecho a ellas en custodia para los neófitos hasta que se desarrollaran a tal punto de poder administrar sus propios asuntos. Sin embargo, la lógica de las disposiciones otorgadas originalmente a los jesuitas hacía más de un siglo, habían sido opacadas por el pragmatismo político desde hacía ya mucho tiempo. La iglesia había logrado retener el control mientras la apariencia de una misión podía ser demostrada —un clérigo, edificios y por lo menos algunos comulgantes en su mayoría de origen indio—. Por tanto, la misión dependía de la supervivencia de un pueblo comprobadamente frágil y que desaparecía rápidamente. Localmente todos sabían que su número había disminuido a un nivel absurdamente bajo. Estos hechos eran conocidos también en el extranjero, por ejemplo José Longinos Martínez, naturalista español que llevó a cabo un estudio a lo largo de la península en 1791, escribió que “Casi no había indios desde cabo San Lucas hasta San Ignacio.”

Al principio, la iglesia encontró poca resistencia. Su autoridad vería de un acuerdo entre la madre iglesia y la corona española. Pero después de 1810, esa base firme empezó a tambalearse; España estaba fuera del panorama, su compromiso había terminado por la exitosa rebelión de su colonia mexicana. Después de eso, maniobras y rencores crecieron rápidamente. Cada vez más los “misioneros” tuvieron que asirse de sus misiones fantasmas por medios políticos e intrigas, y depender cada vez menos en su claro derecho. En este clima, los últimos tres o cuatro padres presidentes de los dominicos californianos, hombres poderosos entre los ignorantes y subdesarrollados habitantes fronterizos, usaron su influencia y la de la iglesia para resistir la imposición de leyes que habrían disuelto las propiedades que administraban. Recibieron gran apoyo en esta resistencia por el poder político de sus superiores en la ciudad de México y, después de la independencia, por el fuego cruzado de la política que podía ser manipulado para su beneficio.

Para 1823, dos facciones, una liberal, anticlerical y federalista, la otra conservadora, clerical y centralista, se disputaron la supremacía por el nuevo gobierno central. Los liberales obtendrían el poder ordenando la emancipación de los indios y la tenencia privada de tierras misionales.

Para cuando estas disposiciones se estaban ejecutando, un golpe de estado instalaría un gobierno conservador que oiría con simpatía las instancias clericales. La secularización sería postergada hasta que los liberales, a su vez, reanudaran el triste proceso.

Baja California sufrió por la postura común a todas las fuerzas que se disputaban el poder: todos veían a la península como el casi inútil hogar de un puñado de gente —y la trataron de forma correspondiente—. La prueba más contundente de este desprecio fue la deplorable calidad de los representantes enviados por la iglesia y los poderes seculares en la primera mitad del siglo diecinueve. El grupo religioso fue atacado desde dentro y fuera por acusaciones de todo tipo de fechorías. Las figuras políticas, con una o dos notables excepciones, fueron una sucesión de incompetentes que incluía dipsómanos, asesinos, coroneles pavoneros y traidores en tiempo de guerra. Tan triste combinación de autoridades temporales y espirituales militó fuertemente en contra de cualquier progreso o estabilidad en la península.

Un patrón desconsolador puede trazarse en la secuela de cada ampliamente divulgado decreto de secularización y distribución de tierra. Cada uno comenzó con fanfarria y firme determinación que elevaba las esperanzas de la gente; cada uno resultó en el otorgamiento del uso de unas cuantas parcelas de tierras, anteriormente misionales, a individuos; cada uno de éstos encontró una resistencia pertinaz por parte del sector religioso siendo subsecuentemente obstruido o postergado durante años.

Los gobernadores rara vez fueron magnánimos paladines del pueblo; la secularización de la tierra fue, en más de una ocasión, parte de un ardid mediante el cual el gobernador y sus compinches planeaban beneficiarse. Algunos edictos de secularización parecían favorecer las reclamaciones de los indios por encima de aquéllas de los sacerdotes o la gente de razón. Por tanto no resultaba inusitado que por lo menos parte de la población peninsular apoyara al clero en oposición al cambio del estado legal de la tierra, mismo que temían o les resultaba incomprensible. Anticlericales, proclericales, las controversias y los litigios se agitaban en torno al ignorante y sencillo pueblo de Baja California. La desilusión y

la perplejidad, resultado de esa prolongada lucha, dio forma al modo de pensar peninsular por muchas generaciones.

Los afanes en torno a los centros misionales deben haber fortalecido la determinación de los hombres más independientes que se habían ido a las sierras. De no haber sido por las disputas en torno a la tierra, esta gente, que había sacrificado su vida social en pro de la adquisición de propiedad, pudo haber orientado sus pasos de vuelta para reclamar tierras misionales. Tal como fue, las disputas en torno a las misiones se prolongaron a tal grado que los exiliados se adaptaron a su aislado ambiente y, una vez adaptados, se inspiraron en retener su relativa libertad y regocijaron en la tranquilidad de sus vidas. Otros deben haber sido alentados a unírseles.

La antigua California sigue viva

La mayoría de los visitantes a la Alta California mexicana entre 1821 y 1846 quedaron tan impresionados por los grandes ranchos que escasamente describieron otra cosa. De hecho, los verdaderamente grandes ranchos del norte, con docenas de peones indios, eran excepcionales, como lo era la suntuosidad de las vidas de los dueños. A pesar de que los grandes terratenientes dominaban la sociedad y la política, eran sobrepasados en gran número por parientes humildes con módicos ranchos, especialmente en las regiones meridionales de la provincia de Santa Bárbara y San Diego. Las propiedades más características eran tierras familiares con pocos trabajadores, si las había, permitiendo más bien una aguerrida subsistencia que utilidades. Aun al nivel de los rancheros más humildes existían diferencias regionales, basadas en gran parte en las características del suelo y del clima. Pero las costumbres básicas, como cultura y linaje, eran similares en los ranchos de ambas Californias.

Durante el periodo mexicano, Alta California fue invadida silenciosamente por un número creciente de extranjeros, principalmente norteamericanos. Unos cuantos desertores de embarcaciones, otros llegados por mar eran mercaderes y comerciantes. Por rutas terrestres vinieron cazadores de pieles, gambusinos (buscadores de minas), comerciantes en pieles y finalmente aquellos que pretendían ser agricultores. Toda esa gente era

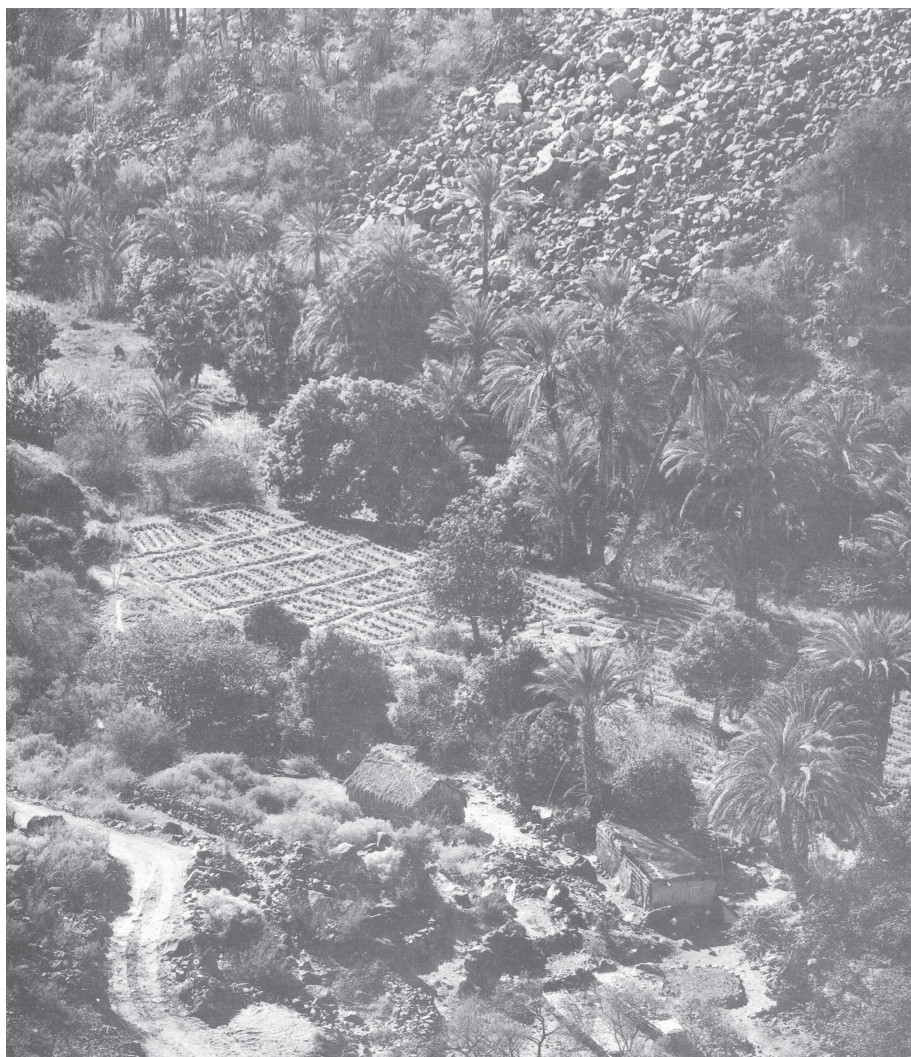
más avezada en las cosas del mundo y oportunista que los californios y pronto dominaron la actividad comercial. Por medio de este dominio y por matrimonio se infiltraron en la sociedad californiana.

Después de 1836, cuando los Estados Unidos reconoció la independencia de Texas, algunos californios y unos cuantos funcionarios del gobierno central de México temieron que los Estados Unidos se apoderaran en forma similar de Alta California. Subsecuentemente a pesar de varias precauciones y planes mexicanos, la alarma se demostró justificada y, en vísperas de la guerra mexicana de 1846-1848, Alta California cayó en manos norteamericanas.

Con la norteamericanización de Alta California, el control californio de pastizales y tierras agrícolas estaba destinado a desaparecer, y aquellos con pequeñas propiedades fueron los primeros desposeídos. Ellos eran los que menos probabilidades tenían de poseer títulos oficiales de sus ranchos, documentos que las cortes o comisiones norteamericanas reconocían y, además, tenían menos influencia social y financiera con los nuevos gobernantes de su tierra.

Como resultado, los ranchos al norte de la nueva frontera internacional pronto cobraron características marcadamente norteamericanas, y durante los años siguientes tendieron a progresar y cambiar a raíz de la floreciente cultura estadounidense del siglo diecinueve. Los mismos californios se convirtieron en labriegos, utilizando las herramientas y los métodos de sus nuevos patrones. Se convirtieron en elemento sumiso de la nueva sociedad, una ironía, puesto que en esta democracia eran peones, destino que sus antepasados colonizadores habían logrado evitar aun en la monárquica Nueva España.

En Baja California, la situación era totalmente diferente. No hubo una invasión demográfica ni cambios políticos o sociales de significancia. El manejo de los ranchos, particularmente aquellos que se encontraban aislados en las sierras centrales de la península, continuó como antes, su gente sin el conocimiento de que ya se habían convertido en anacronismos, viviendo de manera que una vez fue característica de toda la California hispánica.



Agotados, los sedientos “forty-niners” se deleitaron al encontrar abrigo tan bien abastecido como el arroyo de Comondú, partes del cual han cambiado muy poco desde entonces.

CAPÍTULO CUATRO

Retrato de los californios

Los rancheros que ocupaban las remotas regiones de Baja California eran semiletrados y no dejaron constancia de sus actos o pensamientos. La California hispánica fue escasamente visitada y sus pobladores hispanos despertaron poco interés en aquellos que la llegaron a ver. Las referencias a la gente común son escasas, oblicuas y breves. Lo que se sabe de ella tiene que ser reconstruido en gran parte de documentos de reclutamiento y licencias, registros de salarios, relaciones de provisiones y otros documentos generados por los asuntos rutinarios de la iglesia y los establecimientos militares. Las actividades cotidianas comunes deben ser inferidas, siendo muy escasas las crónicas que proporcionan detalles. Los sacerdotes estaban en la mejor posición de llevarlas a cabo, eran educados, escribían cartas y reportes, trabajaban con y atendían soldados, sirvientes y sus familias a lo largo de su servicio peninsular. Sin embargo, con la notable excepción del padre Baegert, casi no dejaron un retrato de la gente, sólo escasos y magros cumplidos y melancólicas críticas. Su atención estaba tan dirigida hacia sus deberes con los indios a su cargo que ignoraron a sus ayudantes o resintieron su presencia como un constante estorbo.

Los años que pasó el padre Baegert en la península fueron de 1750 a 1768. Gran parte de la gente de razón que describió eran producto de una crianza en el macizo continental; hasta entonces sólo unos cuantos jóvenes eran verdaderos californios. Pero durante el resto del siglo dieciocho, un número creciente de ellos eran nativos de la región, particularmente

aquellos que se dedicaron a los ranchos aislados. Floreció el regionalismo en esta época debido al carácter particular del legado y las experiencias de los californios. Originalmente, los hispanos en California fueron seleccionados como sirvientes de los misioneros jesuitas; no formaban un grupo fortuito de colonos voluntarios en una nueva tierra. En la aislada California estaban poco expuestos a los cambios de estilos y costumbres que acontecieron en los asentamientos más cercanos a la cultura matriz. Hasta la pobreza de su tierra —la yerma península— contribuyó positivamente a su distinto carácter regional. En virtud de que su área ofrecía pocas oportunidades para grandes y lucrativas propiedades, no se desarrollaron haciendas como sucedió en la mayor parte de Nueva España. Como resultado no hubo nobles y no hubo peones; sus estratos sociales no incluían el enorme abismo entre amo y criado. Para cuando México se había liberado de España, gran parte de los californios ocupaban lo que llamaríamos la “clase media-baja”; eran pobres pero independientes, una combinación poco común entre otras partes de su nueva nación. Los bajacalifornianos estaban desarrollando un estilo sencillo de orgullo y dignidad que los distinguiría durante el próximo siglo.

No existen relatos directos de las etapas mediante las cuales la gente peninsular adquirió su modo de pensar y hábitos característicos. Esta página en blanco de la crónica hace patente que nadie hasta entonces tenía interés en el “hombre común”, y los californios eran un grupo tan rústico como pudiera imaginarse. El concepto de que la gente de California representaba una “cultura” hubiera escandalizado a los padres y divertido al visitante infrecuente del macizo continental; tales observadores se encontraban demasiado cerca de los hechos para darse cuenta del fenómeno de adaptación que estaba sucediendo. El siglo diecinueve cambiaría todo eso. La época de la independencia también vio al mundo encogerse, a los visitantes multiplicarse y a la curiosidad intelectual expandirse rápidamente.

Las primeras décadas de la independencia mexicana 1820-1840, trajeron más que la pugna por las tierras misionales a Baja California. Mucha de la política de los nuevos gobiernos en la ciudad de México era muy distinta a la de España y sus virreyes. Por siglos España había cerrado a toda la California del comercio exterior. La independencia mexicana

había abierto el área a intereses comerciales, especialmente balleneros y mercaderes, mismos que podían desembarcar, conocer la zona, mezclarse con la gente y, en algunos casos, regresar a sus lugares de origen y escribir acerca de lo que habían visto. Esto no proporciona descripciones directas de los rancheros montañoses; escasos visitantes llegaron a las sierras y ninguno dejó descripciones claras o concisas, pero algunos de estos viajeros sí describieron a la gente que conocieron en otros lugares relativamente aislados y esas descripciones son especialmente valiosas. En aquellos tiempos la gente de las sierras y las planicies, rancheros y pueblerinos aún no divergían de manera significativa en apariencia, costumbres o tradiciones. Hasta fines del siglo diecinueve, toda la Baja California, quizás con la excepción de La Paz y dos o tres centros mineros, era tan remota del resto del mundo y relativamente libre de los efectos del progreso que cualquier costumbre tradicional observada por los visitantes probablemente era aplicable a las sierras.

Un mercader francés en 1830

Durante 1830, Cyprien Combier, capitán de una goleta mercante francesa, procedente de Le Havre, pasó algunos meses visitando varios puertos en el mar Bermejo, Mazatlán, Guaymas, Loreto y La Paz. En La Paz, Combier tuvo la perspicacia de ver la utilidad potencial de enormes montículos de concha de ostión abandonados. Cambió su lastre convencional de piedra por el exótico material que supuso correctamente que podría ser vendido en Europa para la manufactura de botones, incrustaciones y similares. Acomodar el cargamento duró muchos días durante los cuales quedó libre para visitar el área y conocer a la gente. Sus experiencias en la zona aldeaña a Loreto fueron de mayor importancia en la formación de sus impresiones que asentaría en un libro. Su tarea en la antigua capital peninsular era obtener un cargamento de ocho mil huesos de vaca, pero en vista de que el pequeño puerto no contaba con negociantes o agentes, Combier tuvo que ir de rancho en rancho a fin de hacer arreglos para la matanza, preparación y entrega de los huesos. Después de estas visitas, Combier escribió acerca de los habitantes de Baja California: “No pude

dejar de reconocer en su apariencia física, como en su disposición moral, una enorme diferencia de los mexicanos del continente. No parecen pertenecer a los mismos orígenes, y en sus rostros, bronceados tanto por el extremo calor del clima como por la mezcla de su sangre, se percibe una notable variedad de facciones y expresiones. Los hombres, preservando el aspecto de su estirpe, son generalmente más altos que lo común, fuertes y vigorosos y se inclinan a la corpulencia”.

El francés continuó, como José de Gálvez sesenta años antes, a notar la dependencia peninsular en el ganado vacuno para el sustento y beneficio económico. Durante los años intercurrentes, la búsqueda de ganado cimarrón había agudizado la destreza de los californios como vaqueros, habilidad que causó comentario de casi todos los visitantes a ambas Californias entre 1770 y 1850. Combier también anticipó los pensamientos de muchos otros al comentar sobre el orgullo y la independencia del californio.

La gran mayoría de la gente vive en pequeños ranchos o granjas. El quehacer de los rancheros consiste en montar a caballo y mulas, sacrificar los animales cuya carne nutre a la familia y sirve para el trueque, y finalmente en el secado y preparación de la carne, el cuero y el sebo que puede venderse como sobrante. Es sin lugar a duda que debemos atribuir tanto a este modo de vida como a su origen, su carácter independiente y noble orgullo que se hacen patentes a primera vista. Son generalmente buenos, serviciales y enérgicos, pero su imperturbable dignidad jamás condescenderá a prestar algún servicio de apariencia doméstica o servil. Su ropa consiste de una camisa de algodón, pantalones y un abrigo de cuero de venado curtido y preparado por ellos mismos y decorado de diferentes maneras por las mujeres.

Cyprien Combier aparentemente tuvo un ojo sensitivo para la vida familiar a algunas de sus consecuencias. Fue de los primeros en aludir a la utilidad de la gente y los probables resultados de su reproducción prolífica y su observación fue asombrosamente precisa respecto a la tendencia que poblaba a las sierras centrales de la península.

Las mujeres se visten correctamente y hasta con cierta coquetería. Preservan el aspecto de su estirpe y son generalmente más blancas que los hombres; sus facciones son más delicadas, su comportamiento es más dulce y simpático. Los quehaceres domésticos, la educación de los pequeños, la ordeña de las vacas y la elaboración de queso son sus funciones exclusivas. Su incomparable fecundidad se debe, sin duda, a un físico fuerte que se mantiene por comida sencilla y ordinaria pero abundante, no es extraordinario encontrar entre ellas a madres de cuarenta años con familias de quince o hasta veinte hijos en buena salud; es excepcional ver a alguna de esta edad con menos de una docena de hijos. Uno se sorprende por doquier de la cantidad prodigiosa de hijos que se multiplican en las casitas de palma y entre los matorrales que los rodean. Este espectáculo graba en la mente un concepto de gran crecimiento que se manifiesta en el incesante establecimiento de nuevos ranchos en lugares anteriormente inhabitados.

Un viajero norteamericano en 1843

James Hunter Bull, un norteamericano de Pennsylvania, visitó México en 1843, decidiendo ir a California también. Al llegar a Sonora se enteró de que la región yuma se encontraba envuelta en una guerra india. Siguiendo consejos locales, escogió a Baja California como su ruta a Monterrey y se embarcó hacia Mulegé. Después de sus experiencias con la gente peninsular, Bull escribió: “Fui inmediatamente cautivado por la diferencia de carácter entre la gente de California y la de México. Hay mucha independencia de comportamiento, una mayor libertad de pensamiento y expresión; nada hay en esta gente de la servil cortesía que se observa necesariamente en los modales de los mexicanos. El altivo y orgulloso español exigió a los mexicanos obediencia servil; la misma característica está profundamente grabada en el comportamiento de sus descendientes. El californio se jacta de California; no reclama parentesco con el mexicano”.

El norteamericano obtuvo un guía y mulas y se dirigió hacia el norte para llegar a la Alta California siguiendo el antiguo camino real. Tres días de camino en el yermo ambiente exaltaron su alegría al encontrar el primer poblado:

Llegamos a San Ignacio como a las nueve de la noche después de un arduo día de viajar por la tierra más desolada que hasta entonces había visto. Fue una vista bienvenida la de las luces que se vislumbran en la distancia, y un sonido placentero el del alegre regocijo al acercarnos a la misión... Era domingo por la noche y la gente bailaba el fandango... del cual me enteré de que era dado por el padre como agasajo para sus parroquianos en vísperas de su partida hacia el país del norte. Entré al largo salón donde todo era exuberante júbilo. El padre se me acercó y me dio la bienvenida, invitándome a usar todo como si fuese mío -a veces usando una palabra en inglés a modo de cumplido.

En el fandango de San Ignacio, James Hunter Bull había tropezado con un rústico ejemplo del espectáculo que asombró y fascinó a casi todos los norteamericanos que visitaron la California mexicana. El baile siempre ha sido parte de la vida nacional española; su antigüedad puede trazarse casi ininterrumpidamente a representaciones en la Roma Imperial por las famosas bailarinas de Cádiz. Durante el siglo dieciocho el fandango estuvo muy de moda en la madre patria y rápidamente llegó a las colonias. En la década de 1840, Bull pudo haber encontrado acontecimientos similares pero de mayor escala en San Diego, Los Angeles, Monterrey o San José y haber hecho esta misma descripción:

El fandango es un baile extremadamente lascivo, o más bien, varios bailes. Aun en los bailes más indecorosos las mujeres ejecutan su parte sin sonrojarse. La música era más bien inferior pero lo que carecía de armonía era compensado por los pulmones de los músicos. En estos bailes los músicos siempre cantan y tocan la guitarra al mismo tiempo. Los versos son casi siempre obscenos y cuando el cantante añade algo a su lujuria es aplaudido con gusto y risas aprobatorias. Las mujeres no se encontraban vestidas con el buen gusto que encontraríamos en un salón de baile en casa, pero creo que se movían con mayor soltura y gracia. Es cierto que sus cuerpos no se encontraban confinados por corsés y torturados dentro de algo menor que su tamaño natural, pero las extremidades estaban libres y se movían con gracia y facilidad en las representaciones del baile de su tierra; y no soy suficientemente platónico para negar que a menudo las veía hechizantes con los ojos mientras giraban en los intrincados pasos de la jota o pasando

frente a mi en el menos interesante pero no menos gracioso jarabe. Muchos de los bailes se derivan de los indios, como *El venado*, *El coyote* y *El burro* y tantos otros. En un baile, el danzante ejecuta una serie de difíciles pasos con una copa de vino u otro líquido en la cabeza, y si tuviese el infortunio de derramarla es puesto en ridículo por todos los presentes, pero si tiene éxito es acogido con grandes aplausos. Era tarde cuando me retiré del lugar de diversión, pero al levantarme por la mañana aún seguían bailando y no dejaron de hacerlo como hasta las nueve.

El fandango, por lo menos en California, se convirtió en algo más que una forma particular de baile; fue un evento social de elegante concupiscencia e inmensa popularidad. Los hombres que asistían eran de todos los estratos sociales, pero se contaba con que estuviesen bien vestidos. Las mujeres que aspiraban a una posición social, o que pretendían ser consideradas virtuosas, asistían a los fandangos únicamente como espectadoras y acompañadas de chaperón. Las muchachas y mujeres que venían a bailar eran de las clases bajas y solteras (¡o por lo menos tenían maridos tolerantes!). Las mujeres que sobresalían en el fandango no experimentaban dificultad alguna en obtener atavíos; amantes y otros admiradores se encargaban de que ordeñadoras, dependientas y pirujas, si podían bailar, vistieran los extravagantes y atrevidos vestidos que tanto deslumbraron a los visitantes de los más sobrios Estados Unidos.

El fandango tuvo una historia considerable en San Ignacio antes de la visita de James Hunter Bull. Ya para 1803, los misioneros de California se escandalizaron puesto que uno de ellos, fray Rafael Arviña, el padre de San Ignacio “asistió a los fandangos”, tocando la guitarra y bromeando con mujeres fáciles. En contexto, es evidente que los padres que escribieron la queja y el superior que la recibió entendieron claramente el escasamente disimulado y audaz sensualismo del fandango.

Un naturista inglés en 1835

Cabo San Lucas había sido un punto sobresaliente y escala de marinos desde los primeros días del comercio entre México y Manila a fines del siglo dieciséis. Su puerto relativamente protegido, agua y leña siempre tuvieron

demanda. Durante los siglos de los galeones de Manila y los piratas que rapiñaban los mismos, la región del cabo estaba poblada únicamente por grupos errantes de indios pericúes.

Pero para 1800, las necesidades de un nuevo tipo de marineros-balleneros, mercaderes y cazadores de nutria marina, alentó a la gente de razón para establecerse en el puerto de cabo San Lucas y dedicarse a la cría de ganado, mismo que podía ser vendido a casi cualquier embarcación que atracara. Debido a que el pequeño asentamiento era tan esencial y accesible a extranjeros, no es sorprendente que varias descripciones tempranas llegaran a ser publicadas.

En 1833, intereses comerciales ingleses enviaron al cirujano-naturista Frederick Debell Bennett en un ballenero para determinar la mejor manera de desarrollar la pesca industrial del cachalote. Su viaje de tres años circunnavegando el planeta produjo un libro que Herman Melville consideró una de las mejores obras sobre la caza de ballenas.

La descripción de Cabo San Lucas en 1835 en el libro de Bennett revela su interés sociológico y su reciente experiencia con las costumbres de los polinesios; su retrato de la vida en Baja California probablemente hubiera servido para describir a la mayoría de los ranchos aislados en la península:

El poblado o asentamiento consiste en unas ocho viviendas, construidas distantes del mar, bajo la sombra de unas mimosas. Son pequeñas, construidas de adobe (o ladrillos no quemados), techados con esparto obtenido del pueblo vecino de San José del Cabo. Por lo regular cada vivienda consiste de una pero nunca más de dos habitaciones, un pórtico al frente que proporciona la antesala predilecta para la familia residente. Sus muebles son escasos y más bien útiles que decorativos. La superficie hirsuta de la piel seca de un buey castrado, extendida sobre el duro suelo de tierra, es normalmente la cama; y las mesas y bancos son de construcción tosca. Bajo el pórtico están depositadas las pieles secas o curtidas; la indumentaria de los rancheros, incluyendo las pesadas pero lujosas sillas de montar, alforjas (con capacidad para una carga entera) y espuelas de sanguinaria largura; mientras que sobre cuerdas pasadas por el techo están suspendidos... grandes trozos de carne en proceso de secado. Algunas chozas, distintas de las viviendas, son usadas para cocinar o la preparación de queso; y una extensa

variedad de corrales o encerraderos para el ganado contienen por la noche las vacas lecheras y chivas.

Bennett encontró a unas treinta personas en residencia, describiéndolas en grados de tipos europeos a indios. Su hábito de ocupar diferentes horarios para comer entre hombres y mujeres, del cual Bennett hizo mención, permanece en las costumbres típicas de los ranchos montañoses de Baja California.

Las mujeres son notables y modestas. Los hombres son expertos jinetes y sobresalen en el uso del lazo. Es un hecho curioso que las mujeres, ya sean criollas, españolas o mestizas no pueden ser persuadidas a comer con los hombres, un prejuicio cuyo origen debe considerarse como nativo o indio, y que coincide de manera notable con las costumbres primitivas de las tribus polinesias. El traje de las mujeres es pulcro y tan ligero como lo demanda



Un viejo vaquero con el tradicional vestido de cuero peninsular, atavíos necesarios para protegerse de las omnipresentes ramas, espinas y púas.

el clima. Consiste en una blusa de algodón blanco y una enagua corta de algodón a rayas. El cabello crenchado a media frente, descendiendo sobre los hombros, trenzado esmeradamente y de manera decorosa.

Los hombres visten una camisa de algodón abierta al cuello, pantalones sueltos a la rodilla (para facilitar ejercicios ecuestres), sombrero de paja de ala ancha y zapatos y botas altas de piel toscamente curtida bien adaptadas para proteger las piernas de las plantas espinosas de la región. Algunos de los hombres usan el cabello corto mientras que otros lo tienen trenzado en una coleta que pende sobre los hombros a la manera de las mujeres. Una gran manta de lana, blanca con rayas azules, usada sobre los hombros o envuelta al cuerpo es ostentada caprichosamente, y principalmente cuando están viajando.

En virtud de que el carácter de la tierra no ofrece alicientes para actividades agrícolas, esta gente limita sus atenciones a la cría de ganado que, aunado al queso que preparan de la leche de sus manadas, forman el renglón principal del comercio del asentamiento. Como nos habíamos acostumbrado a notar en las islas polinesias una raza de gente viviendo casi exclusivamente



Un pintor de mediados de siglo diecinueve capturó el espíritu del fandango, un popular y llamativo baile, espectáculo en California y otras regiones fronterizas de México.

de una dieta vegetal, aquí encontramos otra subsistencia exclusivamente de comida animal: los únicos vegetales que consumen son el maíz (mismo que consiguen de una región distante del país) y algunos pequeños y diferentes camotes que producen arando su propia tierra.

La venta y uso de licor fuerte está prohibido por sus leyes sociales, pero no obstante se dan el gusto ocasionalmente de beber una especie de ron o aguardiente, destilado de la caña de azúcar que crece en el interior del país. No obstante su dieta monótona y altamente carnívora, esta gente es sana, activa y robusta; su única enfermedad endémica son fiebres que contraen del paludismo que surge de la selva poco después de terminar la época de lluvias. Viven contentos y por consiguiente felices, y su conducta entre sí, al igual que hacia nosotros, era igualmente cortés y hospitalaria.

Un naufrago japonés en 1842

El relato más exótico de la vida de los californios es también uno de los pocos con ilustraciones pertinentes. Hatsutaro fue marino del *Eiju Maru*, una nave de transporte. Él y otros doce miembros de la tripulación fueron arrastrados por los vientos a alta mar en 1841 y después de navegar a la deriva durante cuatro meses en su embarcación averiada fueron rescatados por un buque español que los llevó a Baja California. Los trece sobrevivieron a la rigurosa travesía y nueve por lo menos fueron puestos en tierra. Dos de éstos, Zenzuke, el capitán del *Eiju Maru* y Hatsutaro el sobrecargo, regresaron a Japón en 1844.

Hatsutaro escribió sus aventuras y trabajó con un artista para crear los retratos que consideraba necesarios para suplementar sus palabras. Su narrativa es singular en su perspectiva básica. Todas las demás descripciones de la vida de los californios fueron escritas por hombres nacidos en sociedades fundadas en la cultura europea. Por más extraña, regional y especializada que pareciera la vida en California al resto de estos observadores, era en sus raíces una cultura occidental. Como resultado, factores comunes en la experiencia de observadores y observados fueron omitidos como asuntos de escaso interés para lectores norteamericanos o europeos.

Para los japoneses, en contraste, cada detalle en un reporte de Baja California era una novedad, una vista extraordinaria de una extraña cultura.



Algunos ejemplos de los dibujos realizados por un artista bajo la dirección de Hattutaro, que intentaba mostrar a lectores japoneses el carácter exótico de la gente de Baja California, sus viviendas, accesorios y vestimenta. El hogar de Miguel Choza aparece en la parte superior.

Hatsutaro regresó de sus aventuras varios años antes de que el almirante Perry “abriera” el japon.

Hasta 1868, el shogunato Tokugawa impuso la pena de muerte a cualquier japonés que intentara emigrar. Para satisfacer la curiosidad de algunos de sus compatriotas, Hatsutaro, en palabras y retratos, dice más acerca de la apariencia y costumbres sociales, vestimenta y casas de la gente de Baja California, al igual que la forma de las cosas en general, que los escritores norteamericanos y europeos. Más aún, el japonés fue único entre los visitantes porque vivió y trabajó al lado de los californios durante casi siete meses, usó sus ropas y corte de pelo, experimentó los cambios del clima y, lo que es más importante, llegó a tener relaciones personales con ellos. Ningún otro viajero antes del siglo veinte tuvo tanto discernimiento que impartir o dejó un relato tan completo y satisfactorio de su encuentro con la vida peninsular.

La aventura del marino japonés en Baja California comenzó poco después de que los tripulantes rescatados fueron llevados a tierra y dejados solos cerca del pequeño asentamiento en cabo San Lucas visitado por Frederick Bennett sólo seis años antes.

Siguiendo la peculiar costumbre de los japoneses de la época, Hatsutaro escribió en tercera persona como un observador independiente en vez de reportar directamente sus experiencias personales.

La gente parecía bastante sorprendida al ver hombres acercarse a la luz de la luna pero llevaron a los japoneses con ellos otros cien metros a un lugar donde había dos casas. Por las partes exteriores había estructuras como anchas plataformas sobre las cuales se encontraban reunidas unas veinte personas vestidas como holandeses (es decir europeos. Los holandeses fueron los primeros en visitar japon y el nombre que se les aplicó fue transferido a todos los occidentales).

Toda la gente estaba asombrada y trató de hacer preguntas pero los japoneses no podían hablar su lenguaje. Los náufragos lograron a base de señas comunicar su sufrimiento, y la gente pareció comprender, puesto que antes que nada le dieron a cada hombre una taza llena de agua que beber. Luego cuando parecía que trataban de averiguar de donde venían los

hombres, los japoneses dijeron Nipón varias veces, lo que aparentemente comprendieron puesto que luego dijeron Japón, Japón.

Después de poco todos los japoneses se acostaron sobre dos cueros de vaca extendidos bajo un gran árbol cercano. A pesar de que era a mediados de mayo el calor era intenso y el clima era como agosto en Japón, pero había muy pocos zancudos.

Al amanecer dos o tres mujeres vinieron de las dos viviendas e invitaron a los japoneses a sus casas, donde a cada uno se le sirvió una bebida llamada café, que es algo parecido al té pero con azúcar. Luego, los marineros fueron divididos en dos grupos, de tres y cuatro hombres, y sobre un cuero de vaca extendido bajo una ramada hecha de algo parecido a bálago, que colgaba de los aleros por fuera de la casa, les fue servido un alimento de torta de maíz, carne confitada y plátanos.

Una de las dos casas estaba construida a estilo de una bodega con muros de un metro de alto. Un claro de puerta daba hacia al este y el techo estaba techado de bálago. El material del bálago se parecía a la planta iris.

El bálago estaba hecho de tallos delgados en bultos de unas veinte piezas, cada bulto midiendo unos tres metros de largo y unos veinte centímetros de ancho. (La planta utilizada para este bálago era carrizo, un pasto gigante o caña falsa que crece en grupos densos que alcanzan cinco metros de altura en regiones pantanosas o en cualquier lugar donde se encuentra agua estancada o corriendo en el subsuelo. En las montañas, donde el carrizo es escaso, las hojas de palma común eran utilizadas para el bálago; este uso se extendió y con el tiempo suplantó al carrizo en el bálago peninsular).

El interior de la vivienda tenía el piso de tierra, y sobre éste se encontraban extendidos colchones cubiertos de algodón estampado que servían de camas. La cocina estaba construida aparte y tenía un horno hecho de barro. Cocinaban con ollas y sartenes de fierro.

La segunda casa era una cabaña con muros y techo contruidos como la primera casa. Más de veinte personas vivían juntas en estas dos casas. La gente era de tez blanca, su cabello era negro, y el color de los ojos era el mismo de la gente japonesa. Pero había un hombre que aparentemente era el jefe de la casa más grande, y él era igual a los europeos. (Éste era Thomas Ritchie, un ballenero inglés que abandonó su nave alrededor de 1830 y vivió unos cuarenta años en la punta de la península).

Este lugar era llamado Cabo San Lucas, en Baja California, sobre el continente americano. Parecía ser un angosto lugar en la costa al pie de las

montañas. Ambas familias criaban varias especies de ganado: puercos, venados (de hecho reses, aparentemente una distinción no hecha por algunos japoneses) y ovejas que vendían en otros lugares más poblados. Mientras tanto tenían a los animales en los numerosos corrales que habían construido.

Los marineros japoneses permanecieron en este lugar durante dos días y durante ese tiempo bebieron té con azúcar por la mañana y tomaron alimentos diariamente al mediodía y al anochecer. Al tercer día los japoneses fueron llevados, junto con un cargamento de carne seca y sebo, a bordo de una nave de unas treinta o cuarenta toneladas de capacidad, y aparentemente estaban siendo enviados a otro lugar. A pesar de que era una embarcación pequeña, su casco estaba recubierto de cobre por abajo, y en otro respecto también era como las naves occidentales. La embarcación tenía dos mástiles y había cuatro marinos a bordo.

En esta embarcación navegaron hacia el oriente. Como a las 10 a.m. de ese tercer día llegaron a una playa después de haber viajado unos veinticinco o treinta kilómetros. Arenas blancas se extendían hacia la izquierda y las montañas parecían extenderse en una fila.

Enseguida algunas personas de este lugar condujeron doce o trece caballos de montar a la orilla del mar. Al igual que en el lugar anterior donde se habían detenido, las sillas de montar de los caballos eran muy similares a las usadas en Japón. (Sin embargo, estas sillas de montar estaban hechas de madera ordinaria, con herrajes de plata.) Hicieron que cada náufrago montara un caballo y uno de ellos guió a cada caballo por el hocico.

Algunos de ellos tuvieron que montar en los traseros de los caballos porque más hombres, evidentemente algunos marineros, cabalgaron con ellos hacia el norte. Un hombre que vivía en las dos viviendas que los japoneses habían visitado primero, viajó con ellos en el mismo barco y montó un caballo al que corrió de prisa a algún lado. Parecía que probablemente se adelantaba a reportar a alguna oficina de gobierno. Después de haber cabalgado poco menos de dos kilómetros llegaron a un lugar donde había setenta u ochenta viviendas. Este lugar es llamado San José, en Baja California, y está bajo el gobierno de la ciudad capital, llamada México, sobre el continente de norteamérica. Cuando llegaron a una casa al fondo de la calle, los japoneses desmontaron de sus caballos e hicieron una reverencia puesto que había tres hombres allí que parecían ser oficiales. Sin embargo, mientras los náufragos platicaban acerca de los eventos que habían ocurrido, unos veinte hombres que parecían mercaderes se acercaron y llevaron

a cada uno de los nueve hombres a distintos hogares. Cuando Hatsutaro era el único que quedaba, un hombre que parecía tener cincuenta años de edad se acercó para llevárselo.

Su casa tenía aproximadamente diez metros de largo por seis metros de ancho, y estaba construida como una cabaña con muros blancos y techo de bálago. Diez miembros de la familia, hombres y mujeres, vivían allí con dos sirvientes y una sirvienta. Dentro de la casa el piso era enteramente de tierra, y cada persona tenía cama sobre la cual estaba extendido un colchón. La gente de aquí tenía el mismo aspecto que el lugar anterior, todos, hombres y mujeres, bien parecidos, de tez blanca y cabello negro. Su vestimenta y comida eran también iguales a los del otro asentamiento. Maíz, trigo y carne formaban su dieta. Cuando se levantaban por la mañana, bebían su té con azúcar y comían pan. (El pan se hace amasando harina de trigo con huevos y horneándola como un bizcocho.)

Todos los hombres y las mujeres usaban calzado, el de los hombres estaba hecho de cuero curtido, y las suelas estaban construidas en tres capas. Las suelas estaban hechas tan gruesas puesto que el suelo arenoso de ese lugar era ardiente cuando el calor se tornaba severo. La parte superior estaba hecha de piel de venado u oveja.

En el predominante clima caliente de esta tierra, que se encuentra aproximadamente a los veinticinco grados de latitud norte, la arena estaba quemada hasta llegar a tener un color rojo oscuro y el andar descalzo tan sólo por doscientos metros era difícil. Sin embargo, diariamente como a las diez de la mañana surgía una fresca brisa del sur, y así por fortuna la gente solía aguantarlo. Esto parecía ser el patrón normal del lugar.

Cada cuatro o cinco días los hombres y las mujeres iban juntos a las orillas del río donde se bañaban en el agua. Nadie ponía el cuerpo al descubierto y las mujeres se cubrían con mucha modestia. Todos los nueve hombres —Hatsutaro fue el primero— recibieron el corte de pelo en el estilo de ese país. Sus ropas también fueron hechas al estilo oriundo.

El jefe de la casa donde Hatsutaro se hospedó se llamaba Miguel Choza. (Miguel era su nombre de pila y Choza su nombre de familia. Es la costumbre de los extranjeros decir el nombre de pila primero). Su esposa se llamaba Ignacia y tenía dos hijos y tres hijas. El mayor era Blas, y la hija mayor era Antonia, la segunda hija era Ascención, la hija menor era Jesús, y el hijo menor era Agustín.

Por buena suerte, Miguel Choza tuvo piedad de Hatsutaro y hasta le dio ropa nueva que usar. Cuando Hatsutaro salió a la calle por primera vez usando su ropa nueva, todos con los que se encontró estaban sorprendidos y envidiosos. El hombre que llevó a Zensuke a su casa también fue generoso y compasivo, pero como no había mujeres en su hogar, Zensuke no fue atendido tan bien como lo fue Hatsutaro. Ninguno de los dos tenía deberes domésticos y su estado de salud era mejor que nunca, mientras pasaban el tiempo tranquilamente. Los otros siete hombres fueron empleados en recolectar leña en las montañas, arando los campos, sacando agua o cuidar los jardines. Cada vez que tenían tiempo libre, los nueve hombres se reunían a platicar acerca de su tierra natal.

El jefe se cambiaba de ropa todos los días y mandó que Hatsutaro hiciera lo mismo, y los alimentos de este último eran iguales a los de su jefe. Hatsutaro era llevado a todas partes con él. La razón por la cual trataba tan bien a Hatsutaro se debía a que su intención era casar al japonés con su hija. En una ocasión la muchacha y Hatsutaro fueron instruidos juntos acerca de los detalles de la ceremonia matrimonial. A veces había expediciones con el jefe a cazar liebres.

A principios de septiembre, el jefe Miguel Choza recibió una carta de la capital de México indicándole que se dirigiera a atender un asunto en un lugar llamado Mazatlán. Buscó una embarcación que se dirigía a Mazatlán y se fue a toda prisa, después de decirle a su familia que dejaba a Hatsutaro encargado de sus asuntos, en vez de agobiar a su esposa. De allí en adelante, Hatsutaro vivió con la familia de Miguel Choza cuidando bien las cosas durante su ausencia. De mediados de mayo a fines de noviembre, unos doscientos días en total, los hombres se quedaron en San José. Durante ese tiempo llovió muy poco. Hubo aguaceros repentinos con pocos truenos dos veces en julio, y en septiembre hubo sólo una tormenta de lluvia. Había un marino de La Paz llamado Beron que de vez en cuando venía a San José. Puesto que era un buen amigo de Miguel Choza también llegó a conocer a Hatsutaro bastante bien. A principios de noviembre de 1842, Hatsutaro vio a Beron de casualidad en su posada, y él le preguntó a Hatsutaro si era su intención regresar a Japón. Hatsutaro dijo que ni por un momento podía olvidar sus sentimientos hacia su tierra natal y sus ancianos padres. “Si es así”, dijo Beron, “quizá yo le puedo arreglar las cosas. Miguel Choza es muy bueno con usted y es su intención de que sea su yerno, y si es así

nunca tendrá la oportunidad de regresar a su hogar. Ahora bien, yo siempre estoy yendo y viniendo a Mazatlán en el barco y conozco ese lugar bastante bien. Barcos holandeses llegan allí de vez en cuando; de hecho he oído que uno llegó hace poco. Puesto que los holandeses comercian con Japón, sería cosa fácil regresar a casa si vamos a pedirselo al barco holandés”.

Hatsutaro llevó a Zensuke a la casa del jefe y le dijo a la familia que tenían que ir a Mazatlán a unos asuntos. La familia de Miguel Choza preguntó por qué iban y Hatsutaro dijo que querían ver el lugar y que también esperaban encontrarse con el jefe. Con eso la familia no pudo refrenar a los hombres y durante los tres días siguientes hicieron muchas prendas de vestir nuevas para que no se vieran andrajosos en un lugar tan grandioso como Mazatlán, y prepararon varios deleites para que los comieran desde la mañana hasta la noche. Zensuke continuó quedándose en esta casa.

Cuando se supo, alrededor del 30 de noviembre o primero de diciembre, que el barco de Beron estaba listo para zarpar, la madre y los hijos parecieron adivinar el propósito de los hombres, y todos se despidieron tristemente, sin saber si los hombres regresarían alguna vez. Tomaron a Hatsutaro de la mano y lo abrazaron, despidiéndose con mucha tristeza. En ese país, cuando alguien, fuera hombre o mujer, joven o viejo, rico o pobre, dejaba a sus amigos cercanos, se tomaban de la mano y lo abrazaban de este modo. Las hijos de Miguel Choza, montando a caballo, bajaron a la orilla del mar con los siete náufragos restantes a despedirse de los hombres.

Hatsutaro y Zensuke abordaron el barco de Beron, viendo que era una embarcación de dos mástiles de unas 80 toneladas de capacidad con tripulación de siete. Ese último día zarparon de San José y navegaron hacia el sureste. Tuvieron buen tiempo para navegar y un viento fuerte, así que llegaron a Mazatlán en el quinto día.

Mientras tanto, Miguel Choza, el jefe de San José quien aún se encontraba en esa población atendiendo sus negocios, oyó qué sucedía y vino a verlos. “Si se queda en mi casa en vez de regresar a su madre patria”, le dijo a Hatsutaro, “algún día le daré a mi hija en matrimonio junto con una dote de diez mil monedas de plata. Si empieza un negocio le irá muy bien; entonces, ¿no piensa que debería quedarse?” “Durante los últimos meses”, le dijo Hatsutaro, “he incurrido en una gran obligación con usted, tan profunda como el mar, y ahora me honra nuevamente pidiéndome que me quede. A pesar de que le estoy en verdad agradecido por su comprensión, he dejado a mis ancianos padres en Japón y siento que debo regresar para servirles, por tanto debo declinar su ofrecimiento con todo respeto”.

Beron, quien también se encontraba presente, agregó su punto de vista recomendando que regresaran a su patria, y Miguel Choza finalmente accedió. Justo antes de que tomara el barco hacia su hogar, el jefe y Hatsutaro se abrazaron y se despidieron con un triste adiós. Hatsutaro sentía una gran deuda de gratitud con Miguel Choza, quien había cuidado de él como a su propio hijo, y con Beron también, quien lo había ayudado a regresar a su patria y que sinceramente había tratado de asistirlos de tantas maneras. Seguramente había sido la divina providencia que los náufragos encontrasen tales hombres de buena voluntad. Por eso sus mentes estaban más tranquilas acerca de soportar los dieciséis mil kilómetros de mares tempestuosos en viaje de regreso a Japón.”

Los Estados Unidos invaden a Baja California

Por un curioso golpe de fortuna, el mismo Miguel Choza pronto desempeñaría un papel en un encuentro de mayor escala con marinos extranjeros. A principios de 1847, embarcaciones de la marina de los Estados Unidos, prosiguiendo la guerra con México, tocaron La Paz y San José del Cabo y su comandante pidió la cooperación de las autoridades municipales en una toma del poder pacífico bajo la bandera norteamericana a cambio de la no beligerancia; se prometió a los ciudadanos que podían continuar administrando sus asuntos bajo sus propios oficiales y leyes civiles.

Puesto que Miguel Choza fue nombrado por los norteamericanos como capitán de puerto y recaudador de derechos aduaneros, es razonable asumir que ya desempeñaba un cargo similar. Que había desempeñado alguna actividad oficial es sugerido por la aseveración de Hatsutaro de que “Miguel Choza recibió una carta de la capital de México indicándole que se dirigiera a atender un asunto a un lugar llamado Mazatlán”.

Numerosos documentos indican que Baja California había sido particularmente desatendida durante los dos o tres años anteriores a este acontecimiento. Los oficiales, hombres de negocios y terratenientes locales estaban particularmente aprensivos porque no había unidades del ejército o la marina de México para protegerlos e imponer las leyes. Al mismo tiempo, grupos extraoficiales de patriotas e insurgentes merodeaban la costa del golfo, del lado del macizo continental, saqueando poblaciones

y ranchos. Reportes de estos acontecimientos habían puesto muy nerviosos a los peninsulares y muchos de ellos ingenuamente creyeron que los norteamericanos podían protegerlos a ellos y a sus propiedades.

Como resultado, las fuerzas norteamericanas se encontraron extraordinariamente bienvenidas. Puesto que altos oficiales norteamericanos sabían que la península iba a ser anexada, hicieron grandes promesas a los bajacalifornianos, empezando con el gobernador. Después de poco tiempo, la mayoría de los ciudadanos prósperos estaban convencidos de que su tierra, como la Alta California, iba a formar parte de los Estados Unidos y de que su cooperación con los norteamericanos era el único proceder sensato.

Los norteamericanos eran pocos y no todos los bajacalifornianos recibieron su presencia con beneplácito. Los patriotas organizaron fuerzas guerrilleras y almacenaron provisiones. Mercenarios yaquis fueron importados de Sonora. Se libraron escaramuzas y las pequeñas fuerzas norteamericanas que ocupaban La Paz y San José del Cabo se encontraron en estado de sitio y casi derrotadas. Las fuerzas norteamericanas prevalecieron finalmente pero con gran costo de recursos, en gran parte pertenecientes a los tránsfugas colaboracionistas de los invasores.

El tratado de Guadalupe Hidalgo que puso fin a la guerra mexicana en 1848 conmocionó a los comandantes norteamericanos en el área y más aún a todos los que se habían aliado con ellos. Bajo sus condiciones, los Estados Unidos no anexaron a Baja California y todas las promesas en ese sentido fueron nulificadas. Los norteamericanos en Baja California estaban avergonzados, pero la gente local que había recibido sus promesas estaba desolada. El teniente coronel Henry S. Burton, al mando de unidades del ejército de los Estados Unidos en La Paz, resumió la situación en una carta a Richard B. Mason, gobernador militar de Alta California:

Solicito instrucciones... respecto a aquellos habitantes de Baja California que tomaron las armas en nuestro favor durante los recientes disturbios en el país, confiados en la garantía de que Baja California nunca volvería a ser parte de la República Mexicana que les hizo el comodoro Shubrick en su proclama en San José, noviembre de 1847, y contenida en la proclamación

del presidente de los Estados Unidos en su informe anual de 1847, que nunca sería devuelta a México. Estas personas fueron recibidas de buena fe, y entre la mejor clase superior del país se demostró gran beneplácito por la probabilidad de recibir un gobierno justo y permanente en Baja California.

Puesto que en este tratado de paz no se dice nada respecto a personas en la situación de estos habitantes de Baja California, están puesto a merced de México; y muchos de ellos han acudido con ahínco a los representantes de los Estados Unidos en el país para su protección, diciendo que su propiedad será confiscada, sus vidas y las de sus familiares puestas en peligro si permanecen en el país después de que se retiren las tropas norteamericanas, y solicitan que se les proporcionen medios de transporte para llevar a sus familiares y pertenencias a la Alta California, Oregon o cualquier otro lugar de los Estados Unidos que puedan escoger como su futuro lugar de residencia.

Habiendo comprometido a los bajacalifornianos de tal manera, los comandantes militares norteamericanos aceptaron su responsabilidad. Trescientos cincuenta hombres, mujeres y niños fueron llevados a bordo de barcos estadounidenses con destino a Monterrey (Alta California). A bordo iba Miguel Choza y presuntamente su familia. También fue una de las sesenta y cuatro personas que recibieron pagos en efectivo por bienes y servicios prestados; su cantidad fue de 1,032 dólares, el décimo arreglo más grande en la lista. El teniente coronel Burton, quien solicitó el traslado, aparentemente tenía algo más que la compasión y el honor nacional en mente. Poco después de llegar a Monterrey se casó con María Amparo Ruiz, una de las refugiadas, y, según se dice, pariente del viejo soldado y anterior gobernador de Baja California, José Manuel Ruiz.

La guerra mexicana en Baja California trajo un número sin precedente de visitantes extranjeros, como tropas, y fue inevitable que alguno de ellos dejaran testimonios de sus aventuras y observaciones. La mayoría de ellos también habían visitado la Alta California, lo que les proporcionó fundamentos para hacer comparaciones. El teniente Edward Gould Buffurn, de los Voluntarios de Nueva York, por ejemplo, escribió: "La gente de Baja California es una curiosa raza de seres; aislados de su madre patria y abandonados por ella, han asumido una cierta independencia de

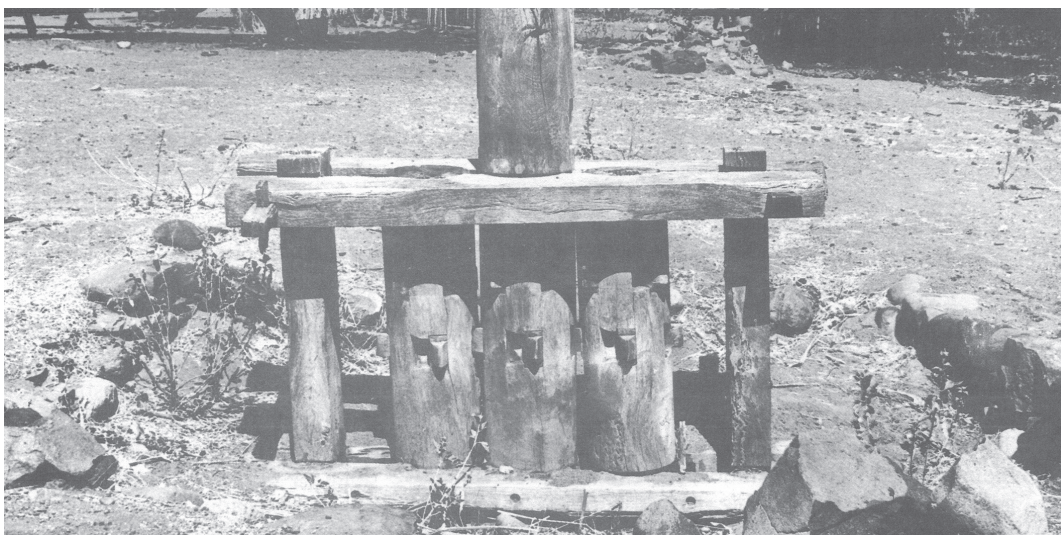
pensamiento y conducta que nunca encontré en Alta California, pero jamás ha vivido una clase de gente más bondadosa de corazón y hospitalaria”.

William Redmond Ryan, aventurero inglés, también tomó parte en la ocupación militar norteamericana. Sus experiencias fueron publicadas en Londres, acompañadas por varios sagaces dibujos del autor.

Las habitantes de La Paz son más inteligentes que la gente de Monterrey, en tanto que las costumbres de las clases bajas eran aún más sencillas y primitivas. Los principales artículos de comida entre estos últimos son la carne de res, tortillas y *penoche*. Estas tortillas son una especie de torta de maíz molido y el penoche es una mezcla gruesa de harina y azúcar formada en piezas muy duras, cuadradas o redondas. He visto con frecuencia a un indio o un californio de la clase baja desayunándose con un par de estas tortillas, con un peso combinado de no más de dos onzas y media, y un trozo de este azúcar y harina, antes de emprender la más severa labor física.

El “penoche” del inglés, en efecto se llamaba panocha y no contenía harina. Este artículo básico de la alimentación aún se produce en cantidad en ranchos y poblados dispersos a lo largo de la porción sur de la península y su fórmula es antigua. La caña de azúcar local es exprimida entre los rodillos de una prensa impulsada por la fuerza de una mula o un burro, y el jugo es conducido a un calderón de cobre que sirve de tapa sobre un horno de leña de madera dura. El líquido exprimido de azúcar cruda es hervido hasta tener la consistencia de melaza y luego es vertido en moldes donde el líquido solidifica formando pequeños bollos o cubos, a menudo con las formas elaboradas de estrellas, pirámides, conos, crecientes y por el estilo. Trozos de la cáscara de cítricos pueden añadirse justo antes de moldear, contribuyendo a que el producto sea más como una confitura. Dentadura muy mala se encuentra en la mayoría de los ranchos donde la gente ha tenido acceso ilimitado a la caña de azúcar y la panocha desde su niñez.

Dejando La Paz durante sus misiones en el campo remoto, Ryan visitó varios ranchos aislados cuyo primitivo modo de vida le interesó, llamándole la atención muchos detalles escasamente reportados por otros. A pesar de su brevedad, la crónica de Ryan es notable por elementos tan



Molinos de caña propulsados por mulas o burros se labraron localmente de la madera de mezquite y continuaron usándose en ranchos montañoses hasta 1930.



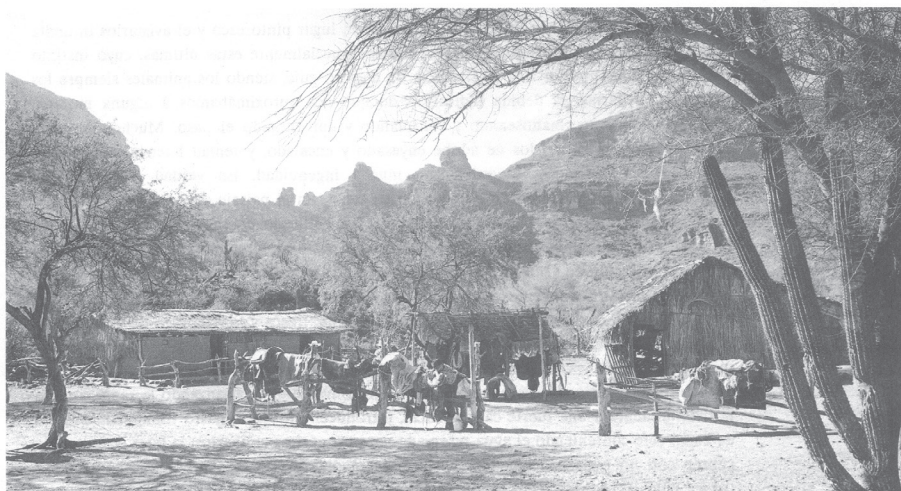
Una cazuela de cobre utilizada en la preparación de panocha al hervir el líquido prensado de la caña. Cientos de kilos de esta azúcar aterronada acompañaron a Portolá y Serra a San Diego en 1769.

diversos como sus observaciones del comportamiento de caballos y mulas, la técnica que es la base de los métodos de irrigación en Baja California, y la preparación y utilidad de la cecina. A otro nivel, el inglés estaba consciente de asuntos menos mundanos; sintió el orgullo de las familias en los ranchos y reconoció las dificultades superadas y la rústica gracia que evidenciaba cada oasis de rancho.

Cada imagen del retrato verbal de William Redmond Ryan a mediados del siglo diecinueve podía encontrarse intacto en los aislados ranchos cercanos más de cien años después.

Generalmente estos ranchos ocupaban algún lugar pintoresco y el avistarlos infundía nueva vida en todo el grupo, hombre y bestia; especialmente estas últimas, cuyo instinto parecía ser aún superior a la inteligencia de nuestro guía, siendo los animales siempre los primeros en darnos la debida indicación de que nos aproximábamos a alguna morada, aguzando las orejas, manoseando y resoplando y aumentando el paso. Muchos de estos ranchos estaban contruidos de adobe enyesado y encalado, y tenían buenas caballadas y jardines bien cultivados, irrigados con mucha ingenuidad. En verdad era imposible contemplarlos, contrastando de manera tan singular con el paisaje silvestre, sin asombro y hasta con admiración por la empresa que habían edificado en regiones tan repulsivas e ingratas, estos monumentos domésticos de una civilización tolerablemente avanzada.

Tuve ocasión de visitar un rancho en busca de sal, y aprovechando la oportunidad me familiaricé con varios ingeniosos inventos locales adaptados a las exigencias de su economía doméstica. Para conservar ese escaso artículo, el agua, fresca y limpia, algo de gran anhelo en un clima tórrido y en un país abundante en sabandijas y cuya atmósfera está cargada de minúsculas partículas de arena, los nativos oriundos seleccionan la rama de un árbol con tres horquetas, cortando sus puntas de un largo conveniente, y afianzando la rama cortada horizontalmente a una fuerte caña vertical, introducen en este canasto triangular la vasija de barro café conteniendo el agua reservada para propósitos culinarios, la boca de la cual la cubren con un pedazo de madera hecho a la medida. Todo el aparato normalmente se coloca bajo las ramas de un árbol o bajo la sombra de un risco saliente. Las tazas para beber o vasijas están formadas de la cáscara o vaina de una fruta tropical amarilla o sea la calabaza común la ahuecada y raspada cuidadosamente. Las utensilios de cocina están hechos de barro y son de todas dimensiones.



Un dibujo de William Ryan en 1847 de un rancho bajacaliforniano, comparado con uno de hoy en día de la sierra de Guadalupe. La similitud recalca el carácter tradicional de la vida serrana.

El maíz indio para hacer sus tortillas es molido bajo una piedra plana de unos veinte centímetros de ancho; ésta se trabaja sobre una mesa de piedra, promediando unos 45 centímetros de largo por 30 centímetros de ancho y sostenida sobre cuatro patas de piedra, siendo las traseras unas cinco centímetros más altas que las delanteras, de manera que la superficie de la mesa forma un plano bastante inclinado y facilita el proceso de molido, al igual que el separado del salvado de la harina.

Observé varios cueros extendidos sobre el suelo a la sombra de una mampara de carrizo y hojas; sobre éstos los nativos oriundos toman su siesta.

También noté un número de largas fustas, similarmente protegidas sobre las cuales estaban suspendidas cuantas tiras de carne de res podían soportar. Cuando esta carne de res está completamente salada y seca se conserva durante un tiempo muy considerable, y está admirablemente adaptada para los largos recorridos que el viajero está frecuentemente precisado a hacer entre uno y otro rancho, cuando conseguir carne fresca es imposible.

Los “Forty-niners” en Baja California*

Las fuerzas de ocupación de los Estados Unidos se retiraron de Baja California en 1848, pero después otro trastorno histórico colocó nuevamente a norteamericanos y californios peninsulares en incómodo contacto. De la noche a la mañana la gran fiebre de oro creó más cambios en el norte de Alta California que todos los años de paulatina infiltración norteamericana. Que también impactó en cierto grado a Baja California nunca se ha discutido mucho o ha sido ampliamente reconocido.

Los “forty-niners” vinieron de cada punta de la rosa náutica y algunas de sus rutas fueron tan recorridas que muchos relatos llenan la literatura. Cuentos han sido recopilados acerca de rodear el cabo de Hornos o de ir de un mar a otro atravesando México, Nicaragua o el istmo de Panamá. Otros volúmenes reúnen las historias de grupos que partieron del este de los Estados Unidos y cruzaron las planicies y montañas para alcanzar el oro de California.

*Personas que fueron a Alta California durante la fiebre de oro de 1849, es decir los del 49.

En comparación, pocos grupos de hombres llegaron por la ruta de Baja California, y la mayoría de éstos lo hicieron porque otros planes fueron cambiados o abandonados. Sin embargo, aproximadamente una docena de grupos hizo el fatigoso recorrido peninsular; miembros de dos de estos grupos llevaron diarios de los cuales se pueden reunir detalles.

Ninguno de los dos “forty-niners” fue un reportero ideal de la vida contemporánea en la península de Baja California. Ambos estaban preocupados con sus aventuras y las privaciones a que tuvieron que hacer frente; ambos quizá quedaron más impresionados por el extraño y severo paisaje que por su gente. El valor obvio de sus relatos es el de revelar un capítulo poco conocido de la saga de hombres convergiendo sobre California por su oro. Sin embargo cada escritor también dejó observaciones de particular valor. A diferencia de los soldados y marinos extranjeros que visitaron Baja California, estos “forty-niners” siguieron el histórico camino real a Alta California y por eso cruzaron por lo menos las estribaciones de las sierras centrales de la península. Allí conocieron y trataron a los hijos y nietos de los colonizadores pioneros.

El primer diario en existencia de un “forty-niner” en Baja California fue la obra de W. C. S. Smith, quien más tarde se estableció en Napa, California, como el editor de un periódico. Smith se unió a un grupo de buscadores de oro que partió de Nueva York en barco el 15 de enero de 1849. En quince días desembarcaron en Veracruz, luego cruzaron por tierra a San Blas, donde llegaron el 14 de marzo. Aquí se embarcaron hacia California a bordo de un decrepito ex-ballenero. El barco estaba tan abarrotado y en condiciones tan miserables que Smith y tres compañeros desembarcaron en San José del Cabo, decidiendo atravesar toda la península por tierra.

Los aventureros compraron caballos, sillas de montar, frenos y comida y pudieron salir de San José el 10 de abril, pero sin la menor idea de las dificultades que enfrentarían. Sin embargo, el grupo de cuatro se abrió el paso sin contratiempos, llegando a San Diego en sesenta y dos desolados días. Por el camino, encuentros con los californios produjeron descripciones y comentarios. El 18 de abril, en un rancho en las faldas occidentales de la sierra de La Giganta:

Demoramos todo el día... comprando caballos y haciendo provisiones para proseguir nuestro viaje. Gente muy amable. Mi nuevo caballo es una belleza pero salvaje como los mismos californianos. Muy interesado por sus maravillosas proezas con el lazo. Éste parece ser un buen ejemplo de un rancho de California... un magnífico viñado y árboles frutales en un valle dentro de las montañas. El viejo dueño es uno de los antiguos patriarcas. Son mejor gente que los mexicanos... La gente vive casi exclusivamente de carne de res cocinada de todas maneras menos de cualquier estilo al que estábamos acostumbrados, pero nunca dejan de ponerle chile suficiente para sacarle lágrimas a los ojos de un bacalao seco. Compramos una res y mandamos que los hombres nos prepararan y acecinaran la carne. Asaron la cabeza, el pelo, los cuernos y todo con piedras calientes en un hoyo en el suelo. Nos invitaron cortesmente a compartir. No fuimos quisquillosos y nos asimos de ella. la encontramos profundamente deliciosa.

El 25 de abril, en la misión de San Javier, en la sierra de La Giganta: “Mi caballo de San José se agotó... encontramos a un hombre y le di el caballo para que nos guiara a Comondú”.

Al día siguiente “se me olvidó mi pistola y mandé al guía de regreso por ella. Los muchachos dijeron que nunca vería mi pistola o al guía de nuevo, pero él nos decepcionó.” El diario de W. C. S. Smith continúa narrando una sucesión de agobiantes aventuras, amenazados desastres y escapes por un pelo; no obstante, una sola viñeta ofrece el sentido, la sensación del impacto que tuvo la región sobre estos norteamericanos del este y también el carácter de oasis de los asentamientos californios:

Abril 27. Durante todo el día, el llamado camino cruzó una mesa. La región más yerma imaginable. La tierra o más bien las piedras han sido convulsionadas de singular manera y amontonadas fantásticamente una sobre otra. No podían ser más escabrosas. Sobre tal campo nos abrimos paso con dificultad, deprimidos por el sufrimiento de nuestros caballos y la absoluta desolación que nos rodeaba. Inesperadamente llegamos al borde de un gran precipicio. Alguien dijo: “Miren, allí esta Comondú”. Viendo hacia abajo yacía a unos 70 metros debajo de nosotros un paisaje perfecto. Un pequeño y bello valle verde como una esmeralda, mientras la luz del sol reflejada por el agua claramente hizo reír a los mismos caballos. Impulsivamente bajamos a la

arrebatina por el lado de la barranca a un paso vertiginoso y pronto llegamos para la satisfacción de hombres y bestias. Estábamos muy cansados pero ahora estamos gozando aquí de abundante y buena comida y agua dulce, y nuestros pobres caballos están deleitándose en pasto verde hasta las rodillas... Un lugar no podía estar más aislado que éste. Sin embargo, la gente se ve contenta. Están bastante civilizados y una gran porción de ellos tiene sangre en parte castellana. El valle tiene poco más de tres kilómetros de largo y entre 200 y 300 metros de ancho. Agua corriente en abundancia que, dicen, nunca se agota. Los productos son maíz, pastura, caña de azúcar, naranjas, aceitunas, higos, plátanos, granadas y uvas. De estas últimas producen un vino astringente, como un mal oporto... Todo el valle está densamente intersectado por pequeños canales de irrigación y completamente cultivado. Nos dimos un banquete de fresas...

Smith y sus compañeros habían dado con un pueblo en el cual el viejo sueño peninsular se había vuelto realidad. Veinte años antes la misión había sido abandonada y los californios del área habían tomado posesión calladamente, utilizando sus sembradíos cultivados, huertas e instalaciones de agua corriente. En su aislamiento, Comondú creció lentamente y permaneció siendo un lugar más bien sencillo e idílico hasta los tiempos recientes, Aun con los cambios recientes es el ejemplo más bien conservado de un antiguo asentamiento bajacaliforniano.

Cuando la fiebre del oro amainó, la península se volvió más tranquila que nunca. La conexión norteamericana de Alta California significó que la pequeña cantidad de tráfico previo entre esa área y la península casi cesó. Para entonces también las misiones en verdad habían muerto y, en el espacio de una década, sus tierras finalmente fueron distribuidas. Siglo y medio después de su fundación, la economía de Baja California era secular al fin.

Después de 1850, el gobierno central de México adoptó una política más consistente en favor de la colonización peninsular. Fueron otorgadas tierras y expedidos títulos. El deseo de colonizar la tierra y derivar impuestos de ella indujo a las autoridades federales a otorgar grandes concesiones a compañías norteamericanas e inglesas que prometían inmigración y desarrollo. Toda empresa de este tipo demostró estar mal concebida o ser

claramente fraudulenta; pocas fueron activamente emprendidas y pronto fracasaron. La península recibió flujos intermitentes de inmigración a través de la segunda mitad del siglo diecinueve. Los principales estímulos fueron bonanzas mineras en muy diversos puntos como El Triunfo en el sur, Santa Rosalía, Las Flores y Calmallí en el centro, y Real del Castillo y El Álamo en el norte. Estos brotes de actividad atraieron a mineros y apresuraron el comercio. Los puertos del golfo florecieron modestamente, convirtiéndose en el hogar permanente de los recién llegados a la mitad sur de la península.

En su aislamiento, los rancheros de las montañas fueron escasamente afectados por los cambios en las tierras bajas. Puesto que no eran ni mineros ni comerciantes, tenían poco interés en las bonanzas minerales. Continuaron la cría de animales y el cultivo de fruta dondequiera que las condiciones lo permitieran. Prosperidad en regiones bajas cercanas probablemente significó que sacaron provecho de la venta activa de carne, queso y fruta. Cuando las minas fallaron y los campos mineros que habían albergado a centenares de personas quedaron vacíos, los montañeses parecen haber sido filósofos: “Comíamos tan bien como antes”, dicen los ancianos; “sólo teníamos que ir más lejos a comprar y recibíamos menos por nuestros productos”.

Los peninsulares que fueron a las montañas y vivieron como rancheros aislados cambiaron menos que aquellos que poblaron puertos, campos mineros o los pueblos que crecieron a raíz de ciertas misiones. En estos últimos lugares, nuevos inmigrantes eran comunes. Pronto se convirtieron en vecinos de viejas familias y luego parientes por matrimonio. La gente de la sierra fue menos afectada. Unos cuantos inmigrantes posteriores, extranjeros y mexicanos, se casaron entre sí con linajes de la gente de razón, se asentaron en las diversas sierras pobladas y adoptaron las costumbres locales. Sin embargo, tales cosas eran infrecuentes. La investigación sobre apellidos en las sierras indica que una gran mayoría de los progenitores estaban en la península para 1800. La mayoría de los inmigrantes posteriores permaneció cerca de las costas casándose con muchachas de las poblaciones. Esto no era sorprendente. Aun esos lugares relativamente dóciles de la península deben haber parecido terriblemente

primitivos; el sobrevivir y prosperar en las remotas y ominosas montañas estaba reservado a aquellos nacidos para tal faena.

Es la gente de la sierra la que nos recuerda el pasado y preserva las viejas tradiciones por la mejor de las razones. Los retos a los que se enfrentan son similares a los de sus antepasados y los medios con los que responden han cambiado muy poco. El nombre “gente de razón” ha desaparecido del lenguaje, pero quienes lo usaban aún viven. La gente de las montañas no sólo perpetúa la cultura de sus antepasados, tienen sus nombres y sus rostros.

CAPÍTULO CINCO

La sierra de Guadalupe

Cualquier consideración sobre las sociedades serranas de la península de Baja California conduce eventualmente a la sierra de Guadalupe. Allí, sobre la tierra, se encuentran los más claros indicios del pasado misional, la colonización secular y la descendencia, poco diluida en la gente de hoy, de los fundadores de hace casi dos siglos. Los archivos de La Paz, la ciudad de México y Alta California contienen documentos que revelan, de manera más completa que para otras regiones, la sucesión de fenómenos sociales, económicos y genéticos que resultaron en la creación y supervivencia de esta manifestación del pasado.

Los descendientes de los pobladores españoles de California en el siglo XVIII todavía se pueden encontrar en casi todas las sierras peninsulares, pero su número y su apego a costumbres antiguas varían considerablemente de lugar a lugar. La encumbrada sierra de la región del cabo, al sur de La Paz, ha sido ocupada sólo en el siglo XX por escasa gente cuyos hogares ancestrales en las faldas de las montañas tenían lazos estrechos con los relativamente populosos centros de La Paz y San José del Cabo. Los rancheros en las faldas y sierras de la parte norte de la península son de origen relativamente reciente y su gente ha sido influida en gran parte por su proximidad a la frontera con los Estados Unidos y una gran población mexicana de origen no peninsular.

Los mejores exponentes de la antigua cultura aquí descrita se encuentra en tres sierras a media península: de norte a sur, las sierras de San Francisco,

Guadalupe y La Giganta. El rancho de San Gregorio se encuentra en la sierra de San Francisco, pequeña y con pocas familias, de escasos veneros estables y pocos rancheros con huertas; la mayoría de sus habitantes se dedican a la cría de cabras, y cambian de lugar según la disponibilidad del agua. Las sierras de Guadalupe y La Giganta albergan a un gran número de habitantes, contienen más agua y ranchos permanentes. Sin embargo son distintas en cuanto a su historia y topografía.

La sierra de Guadalupe es más alta y escabrosa, de difícil acceso y más alejada de los centros de población y, por tanto, menos afectada por influencias extrañas que gradualmente han cambiado el modo de vida en la península. Ninguna otra parte de ésta ofrece una imagen tan pura y tan rica del pasado, y ninguna otra región tiene una historia tan directamente derivada de orígenes misionales.

Geología e Historia

Los misioneros jesuitas de California llegaron a las sierras centrales de la península al inicio de los setenta años de su régimen, y la misión de Nuestra Señora de Guadalupe fue fundada en 1720 en un lugar que los indios de la región, los cochimíes, llamaban Huasinapí. Estos misioneros nunca dejaron de asombrarse de las dificultades que presentaban estas sierras en sus aspectos incesantemente ásperos como el carácter escarpado, rocas, calor y aridez. Después de que algunos jesuitas habían regresado a Europa, con el pasar de los años escribieron relatos que mostraban cómo la pugna con esta tierra había marcado su memoria con una cicatriz. Hoy en día, el visitante que contempla la vida serrana experimenta una reacción similar. La tierra no parece apta para la habitación humana; queda uno con la impresión de que es toda vertical y de piedra.

La sierra de Guadalupe, como las sierras aledañas, es un viejo volcán de entre veinte y cincuenta millones de años de antigüedad. Sus derrames de lava brotaron entre sedimento marino y se desparrramaron. En una rápida secuencia geológica, otras erupciones de ceniza, lava y

fragmentos de diferentes tipos se amontonaron en montañas como tortillas encimadas. Entonces las lluvias de millones de años comenzaron su labor. Las corrientes pluviales grabaron barrancas en las capas superiores del material y luego las aguas de temporal empezaron a cortar hacia abajo, capa tras capa. La forma original de simple montículo fue cortada cada vez más profundamente por arroyos que nacían en el altiplano central y se extendían en todas direcciones. Para cuando llegaron los europeos, el proceso de erosión se había vuelto más evidente que la forma original; la sierra parecía ser un laberinto de picos, colinas y cañadas con todo tipo de piedra, sólida o amontonada. Sin embargo, estas inhóspitas montañas sí contenían agua en pequeños manantiales y profundas tinajas que lograban mantener a la flora y la fauna. Los indios incluían a la sierra en un circuito anual de cacería y recolección. Regresaban por periodos tan largos que sus artefactos de piedra están regados en todos los niveles y su importante arte ceremonial, grabado y pintado sobre la roca, se encuentra en cientos de sitios.

Después de establecer la misión de Santa Rosalía de Mulegé a fines de 1705, los jesuitas y sus escoltas de soldados iniciaron la exploración de la región, incluyendo las cercanías de la muralla serrana que se elevaba en el poniente a 25 kilómetros de distancia. Poco a poco los extranjeros llegaron a conocer las montañas que en 1709 cruzaron por primera vez, saliendo del enorme arroyo de Guajademí que corre hacia el sur y que finalmente desemboca en el Pacífico. En la sierra, los jesuitas y sus soldados descubrieron los primeros árboles maderables en California —el álamo gigante llamado güéribo— que en 1720 cortaron para obtener los maderos de la primera embarcación que se construyera en suelo californiano.

La nueva misión en el corazón de la sierra, Nuestra Señora de Guadalupe, sufrió cruelmente plagas de langostas y epidemias que pronto diezmaron a sus neófitos, pero también se volvió notable por el éxito de sus ranchos ganaderos. En su apogeo, alrededor de 1760, la misión de Guadalupe y sus varios ranchos decía tener entre quinientas y seiscientas cabezas de ganado. Durante los años siguientes los jesuitas fueron expulsados y las

enfermedades continuaron asolando a los neófitos; no es sorprendente que el lugar no haya tenido atractivo alguno para los misioneros franciscanos ni sus sucesores dominicos.

En 1795, la misión fue cerrada dispersando a su gente, algunos a Mulegé y San Ignacio, pero la mayoría a La Purísima, unos 66 kilómetros al sur. El motivo aparente de su clausura fue la falta de comulgantes; los superiores de la orden religiosa y oficiales en el gobierno colonial español rehusaban dar apoyo para establecimientos tan claramente malogrados. Además es poco dudoso que la conveniencia de los misioneros también fue un factor que influyó en ello. Guadalupe era una de varias misiones remotas difíciles de abastecer, e impopulares entre los sacerdotes cuyo aislamiento era cada vez mayor conforme declinaban sus congregaciones. En 1795, la misión de Santa Rosalía de Mulegé tenía menos neófitos que Guadalupe; sin embargo continuó activa por muchos años más. Mulegé era un puerto que recibía visitas y provisiones por barcos y tenía vida social proporcionada por una pequeña comunidad de personas no indígenas.

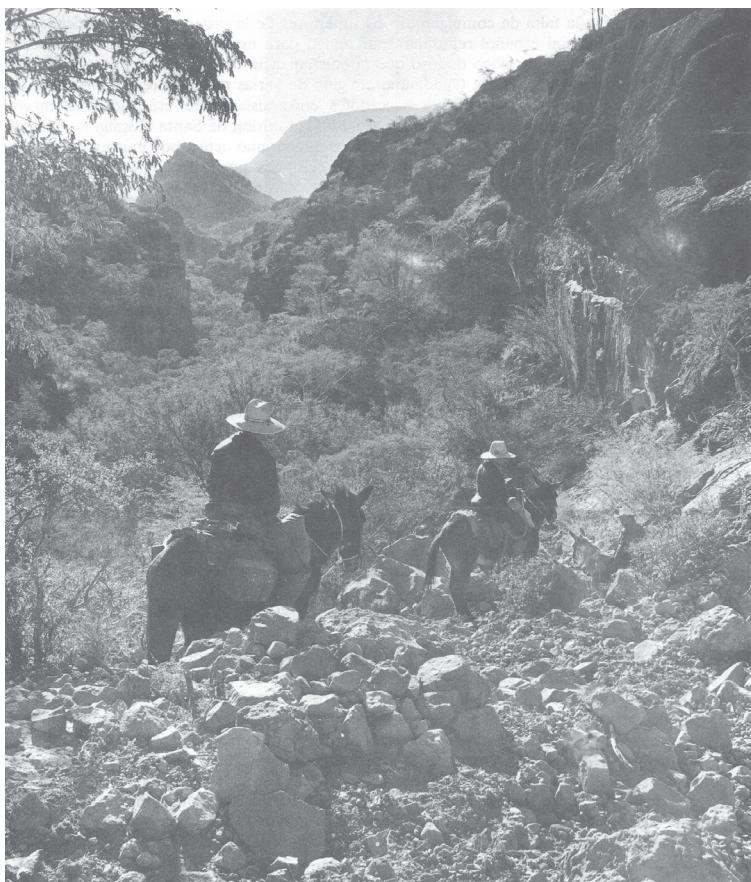
El ganado en la vida de los californios

Con su misión cerrada y su población indígena llevada a otros lugares, la sierra de Guadalupe pareció haber sido abandonada por el hombre. Tal no fue el caso del ganado. El área de Guadalupe había demostrado la capacidad de mantener a un número considerable de ganado, y es probable que, para 1795, mucho de éste se había vuelto cimarrón.

A través de las Californias Alta y Baja, el ganado era la base del lento crecimiento de la vida secular. La primera propiedad privada de importancia en la península fue el ganado del capitán Esteban Rodríguez, a quien se le permitió criarlo para su uso personal desde la década de 1720. El yerno de Rodríguez, Manuel de Ocio, crió grandes manadas, disputando con los jesuitas su derecho a las tierras donde ramoneaba su ganado. Para 1768, cuando Gálvez, Portolá y Serra llegaron a Baja California, el ganado proporcionaba la mayor parte del alimento del cual subsistía la gente de razón. Su dependencia de las manadas era tan completa, que la relación fue motivo de asombro para los recién llegados y motivo de considerables

comentarios escritos. Las misiones y los misioneros dominaban las escasas tierras con potencial agrícola, por lo cual los californios tomaron la única alternativa viable criando ganado en cualquier tierra que no estuviera al uso y que se hallase dotada de agua suficiente para unos cuantos animales.

El ganado se convirtió en sinónimo de supervivencia, independencia y cualquier esperanza de riqueza. Tan pronto como se hizo disponible la propiedad privada en Alta California, californios peninsulares transplantados



Las alturas de la sierra de Guadalupe permanecen relativamente libres de la ocupación humana; las vistas son muy similares a las que encontraron los primeros españoles al cruzar este camino alrededor de 1712.

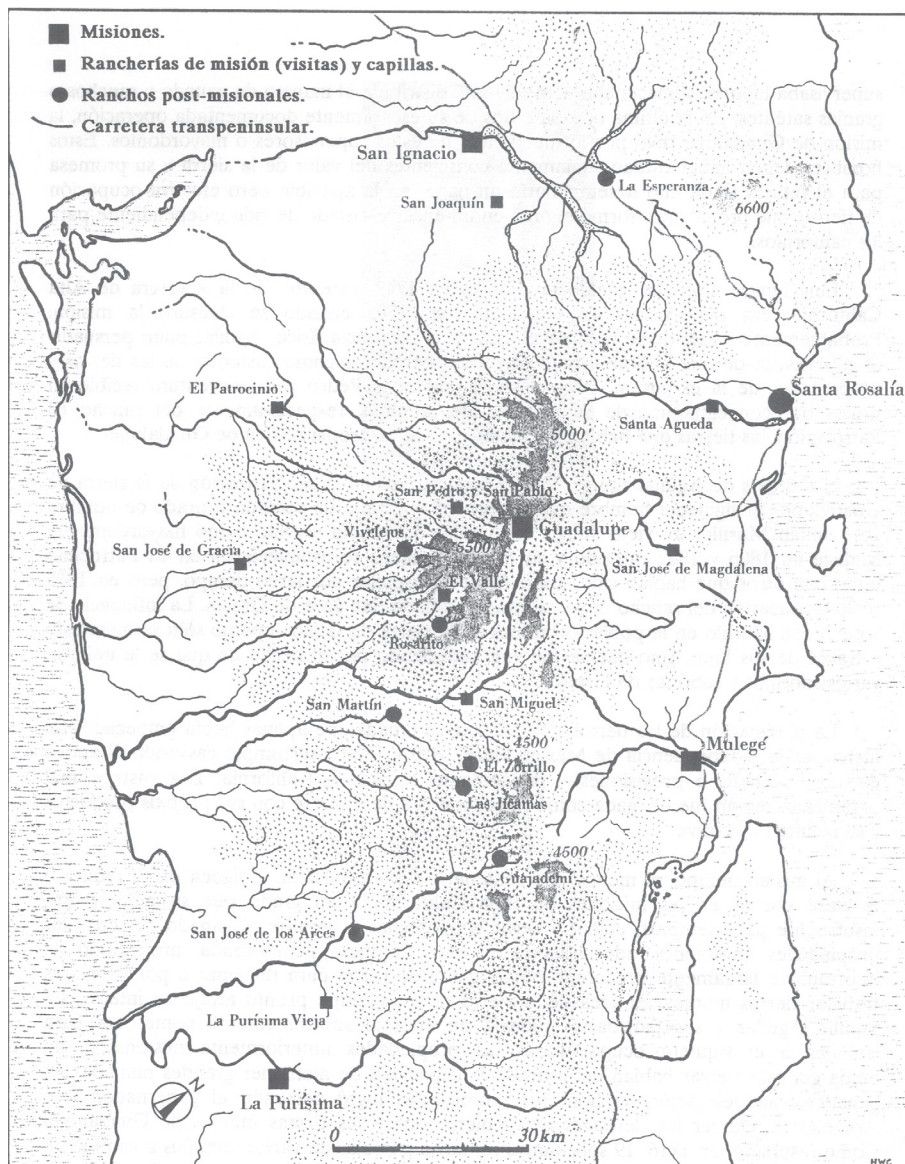
y otros con experiencia en la cría de ganado llevaron la industria a la nueva zona, donde mejores condiciones permitieron que prosperara inmensamente. Pero aun los hombres que permanecieron en California peninsular estaban conscientes de la oportunidad: el ganado había demostrado una asombrosa habilidad para alimentarse de cactáceas, árboles leguminosos y yerbas de temporada. Lo único que hacía falta para la independencia económica era el uso de una gran extensión de terreno que recibiera lluvias cada año y retuviera el agua en manantiales y tinajas. Guadalupe había demostrado ser tal lugar, y un grupo de hombres sabía todo al respecto.

El testamento de los mayordomos

Cada misión tenía un capataz, por lo general un soldado retirado que planeaba y supervisaba labores, almacenaba, custodiaba y distribuía el manejo de ganado y ranchos o granjas satélites. En la última década o dos de su escasamente documentada operación, la misión de Guadalupe tuvo por lo menos tres de estos supervisores o mayordomos. Estos hombres deben haber estado sumamente conscientes del valor de la sierra y su promesa para el futuro. Cada uno desempeñaría un papel en la apacible pero efectiva ocupación de tierras que pronto transformó el área en un enclave aislado de vida independiente para los californios.

Luis Ignacio Aguilar, nacido en Loreto en 1742, veterano de la apertura de Alta California, era mayordomo en Guadalupe en 1795 cuando se clausuró la misión. Probablemente a raíz de su hoja de servicio y su presencia física, Aguilar pudo persuadir al gobernador de que lo nombrara a él y a sus herederos como custodios de las tierras y propiedades de la ex-misión. Poco después, sus hijos Pedro y Buenaventura recibieron títulos o reconocimientos de su derecho de dominio, respectivamente del rancho El Patrocinio y las tierras que habían formado parte de la propia misión de Guadalupe.

Los títulos de Aguilar fueron sólo el primer paso en la secularización de la sierra de Guadalupe. El siguiente hombre que recibió un título fue un soldado retirado de nombre José Julián Murillo, un viejo amigo de Aguilar que había servido como mayordomo de Mulegé en 1806 y 1807.



Murillo y su familia primero se establecieron en El Patrocinio junto con otros que habían sido compañeros de Aguilar por largo tiempo, pero en 1813 recibió concesión del rancho de la ex-misión llamado San José de Gracia. La influencia de José Julián Murillo en la población futura de la sierra de Guadalupe no sólo se manifestó a través de sus hijos, sino que se fue engrandeciendo por el hecho de que se le unieron varios sobrinos y sobrinas de Loreto.

La parcelación de las tierras de la sierra de Guadalupe apenas había empezado. La lucha por la independencia de México entre 1810 y 1820 interrumpió casi todo el apoyo externo—dinero o provisiones—previamente enviado a California. Esa vasta y mal organizada región fue obligada como nunca antes a defenderse con sus propios productos y su facultad inventiva.

Al mismo tiempo, el menoscabo centenario de la población indígena había reducido la clase obrera en las misiones de Baja California, a tal grado que su número era insuficiente para sembrar, cuidar y segar las cosechas o atender el ganado de todas las propiedades misionales adecuadamente. Esta carencia generalizada propició la oportunidad largamente procurada por la gente de razón para reclamar o por lo menos trabajar tierras inútiles. El área de la sierra de Guadalupe pronto atrajo su interés. La familia Aguilar y sus partidarios todavía no eran lo suficientemente numerosos para trabajar o ni siquiera ocupar todas las propiedades anteriormente misionales; sin embargo, esas tierras habían demostrado la capacidad de mantener grandes manadas de ganado. Una delegación de hombres prominentes logró persuadir al gobernador José Argüello de ejercer los derechos del gobierno sobre las tierras inútiles de Guadalupe. Como resultado, en 1816, 19 solicitantes rentaron parcelas de varios tamaños a cambio de cuotas nominales. El grupo incluía a José Manuel Ruiz, entonces comandante de las tropas en la frontera norte de la península; Fernando de la Toba, un oficial español en el presidio de Loreto; y fray José Viéytez, un misionero dominico que actuaba por interés propio. No sobreviven datos que indiquen cuántos de los 19 de hecho desarrollaron ganado o aprovecharon sus opciones de otra manera. Sin embargo, tal evento fue significativo, puesto que la lista de arrendatarios proporciona la primera conexión entre la sierra de Guadalupe y varias



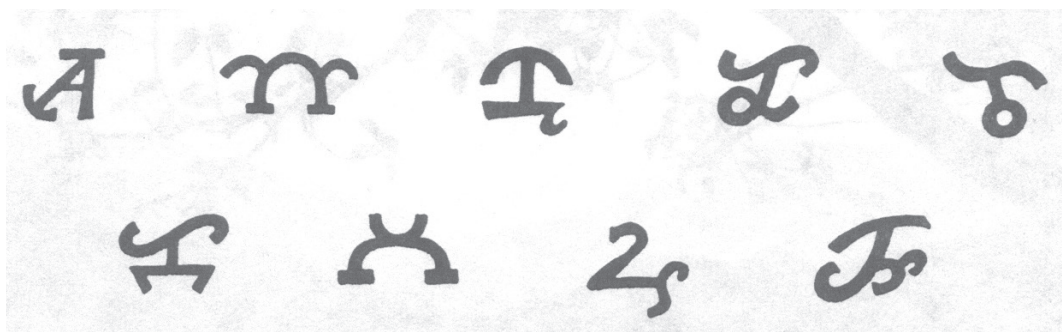
Rancho Vivelejos, uno de los lugares más remotos y aislados de la Sierra de Guadalupe.



El largo arroyo de Rosarito, típico de los cauces que fluyen hacia el oeste, mantiene a varios ranchos; uno de ellos se aprecia en la porción inferior derecha.

familias que se convertirían en prominentes fundadoras y antecesoras de la presente población.

Uno de aquellos que rentó tierras en 1816 fue Salvador Mayoral, hijo de un minero filipino y padre de Raymundo y Pedro Mayoral, rancheros pioneros en el sur de la sierra. José Ignacio y José María Romero, probablemente hermanos, trajeron su ya viejo nombre californiano al área de Guadalupe. El nombre de José María Murillo apareció por primera vez: un hombre destinado a tener larga vida y ser reconocido como el patriarca de la casta Murillo que arraigara multiplicándose como en ningún otro lugar de la península. José Rosas Villavicencio aparece en el listado de quienes rentaron tierras. El resultado más importante de aquellos arrendamientos de tierras en 1816 parece haber sido que localizaban legalmente a varios Romeros y Mayorales, a un Murillo y a un Villavicencio en el área. En unos cuantos años, cuando México logró su independencia, estas familias estaban en una posición que les permitió hacer reclamo de títulos permanentes de tierra que no solamente ocupaban sino que eran reclamadas por la iglesia. Como se explicó anteriormente, la oportunidad de lograr que prosperase efectivamente un reclamo de tierras con agua era poco común desde 1816. Por tanto, los hombres que aprovecharon



Hierros para marcar ganado en uso antes de 1850. Arriba a la izquierda, una marca registrada en Comondú por Juan Bautista Smith-Aguilar. Arriba a la derecha, una marca utilizada por la familia de Luis Aguilar en El Patrocinio y la ex-misión de Guadalupe.

esta oportunidad, en su mayoría mayordomos, pusieron su estampa en el área por los siglos que vendrían.

El tercer título actual de propiedad en la sierra de Guadalupe tuvo sus orígenes aun antes de que Luis Aguilar se cambiara a la región y se convirtiera en el primer reclamante con éxito. El mayordomo anterior de la misión de Guadalupe había sido Juan Miguel López, un hombre —aunque nacido en Ahome, Sinaloa, en la contracosta del mar de Cortés— que se convirtió en empleado misional de carrera y se casó con una mujer peninsular, hija de otro mayordomo. Después de que fue clausurada la misión de Guadalupe, Juan Miguel López terminó su trabajo como mayordomo en la misión de San Fernando Velicatá, en el lejano norte, trasladándose después con su familia a San José de Magdalena, una de las ex-visitass de Guadalupe que se encuentra en un gran arroyo llamado Rondín, al noroeste de la misión suprimida. En 1818, su hijo Domingo, quien nació en Guadalupe en 1787, hizo solicitud formal y recibió título de San José de Magdalena en nombre de sus descendientes.

Un tercer mayordomo que durante largo tiempo sirvió extensamente en esta área fue Sebastián Arce, quien en compañía de su hermano José Gabriel trajeron el nombre Arce a California. Sebastián había servido en la misión de San Ignacio hacia 1764, siendo mayordomo en Mulegé de 1787 a 1788. Entre 1789 y 1795, ya anciano, cerró su carrera de mayordomo en La Purísima, falleciendo al año siguiente al mismo tiempo que se clausuraba la misión de Guadalupe. Su viuda y varios de sus hijos permanecieron en La Purísima; su hijo Manuel se convirtió en mayordomo para 1800. Manuel Arce y su hermano Juan Bautista Ignacio permanecieron en el área y sus hijos se establecieron en torno a los viejos centros misionales de Comondú y La Purísima, y también ocuparon San José que había sido un rancho satélite de La Purísima. Por cierto, a este lugar todavía se le conoce como San José de los Arces, por sus habitantes pasados y presentes, al igual que para distinguirlo de San José de Gracia y San José de Magdalena en la misma sierra.

Aún otro mayordomo habría de tener gran influencia en la población de la sierra de Guadalupe. El viejo soldado José Urbano Villavicencio, nacido en 1745, se retiró de sargento y se convirtió en mayordomo de

Mulegé por 1807 ó 1808. La historia de su familia resume la estrecha relación entre servir de mayordomo y adquirir tierras, y más aún los fuertes vínculos que se desarrollaron entre estas familias. José Urbano Villavicencio se casó con Josefa Arce, hija de José Gabriel Arce, hermano de Sebastián, un sargento retirado y mayordomo por largo tiempo de las misiones del norte. La hija de José Urbano Villavicencio, Rafaela, se casó con Domingo López, convirtiéndose así en ama de San José de Magdalena y la madre de los que lo heredarían. Dolores, otra hija de José Urbano Villavicencio, se casó con José María Aguilar, hijo de Luis Aguilar, estableciéndose en El Patrocinio.

Dos hijos de José Urbano Villavicencio se cambiaron a la sierra de Guadalupe, contribuyendo en gran parte al desarrollo de sus ranchos y dejando familias inmensas que propagaron su apellido por toda el área. El hijo mayor de José Urbano, José Rosas Villavicencio, sirvió primero como soldado y luego se convirtió en el mayordomo de San Ignacio por 1814. Poco después se mudó a Santa Águeda, un ancho valle con abundante agua que una vez dependió de la misión de Santa Rosalía de Mulegé. Desde esta base, José Rosas creó grandes manadas de ganado y abrió ranchos adicionales con capataces que trabajaban a porcentaje.

El viejo soldado y jefe político interino de la península, José Manuel Ruiz, ha sido citado en referencia a la pobreza y frustración de su gente y su confusión respecto a la distribución de tierras misionales. Aunque es probable que los hijos –relativamente bien situados de mayordomos con propiedades– se encontraran entre la poca gente que no sufría ese mal, fueron ellos los que hicieron las escasas peticiones de tierras a disposición del jefe político. En 1823, Ruiz firmó la documentación que otorgaba el título de Santa Águeda y los ranchos y capillas de visita de la ex-misión de Guadalupe, en San Miguel y El Valle, a José Rosas Villavicencio. Los dos últimos lugares contaban con un amplio sistema de irrigación, corrales y otras estructuras que sobrevivían del reciente pasado misional. A través de su larga vida, José Rosas Villavicencio se convirtió quizá en el hombre más influyente entre San Ignacio y Loreto.

José María Villavicencio emprendió similares actividades de ranchero, pero con centro de operaciones en el rancho de San Martín, localizado

en la sierra central, al suroeste de la posesión de su hermano mayor José Rosas. José María y sus hijos establecieron varios de los ranchos más permanentes y exitosos de la época post-misional, renombrados por sus vastas huertas frutales.

Ambos hermanos Villavicencio se casaron con hijas de Anastasio Verduzco, hijo de un mayordomo de las misiones del sur. Tales uniones eran comunes. Aparentemente, la posición de mayordomo -o la posición de terrateniente comúnmente asociada con ese cargo- creó una clase social, y los hijos de éste tendieron a casarse dentro de la misma; no había nada que desalentara dicha práctica. La mayoría de los mayordomos eran viejos soldados con largos años de servicio peninsular y que con el curso de los años habían servido juntos, emparentándose por matrimonio o compadrazgo.

Existía un vínculo adicional entre los mayordomos. Muchos de los más afortunados –aquellos que eran más blancos, quienes habían llegado más alto durante su servicio, los que tenían amigos o parientes entre los oficiales españoles, o quienes habían sido designados para servicio en Alta California– se habían mudado a la frontera norte con sus familias. La mayoría de los miembros de las familias de la Vieja California de apellido Carrillo, Verdugo, Alvarado, Amador, Góngora, Higuera, Lugo y Ortega, en compañía de algunos de apellido Castro, Cota y López, habían emigrado a la Nueva California y pasaron a integrar algunas de las familias más prominentes. Sin embargo, a los viejos soldados-mayordomos que se quedaron les fue bien en términos peninsulares, y dicho éxito ha de haber sido especialmente grato para aquellos de origen más humilde. Por ejemplo, el viejo Luis Aguilar era hijo de un marinero al servicio del presidio de Loreto, y de una mujer cuyo nombre proporcionado en el documento de reclutamiento de Luis era simplemente “María”; la falta de apellido sugiere que era india y quizás neófitá californiana.

El efecto a largo plazo de los esfuerzos de aquellos primeros mayordomos por obtener y trabajar sus propias tierras puede identificarse hoy en día mediante un censo de cualquier región de la península, pero en ningún lugar predominó su influencia como en la sierra de Guadalupe. Actualmente un cálculo conservador demuestra que 95% de todos los

habitantes dentro de los confines de la sierra descienden por lo menos en parte de hombres que fueron mayordomos. Estos mayordomos, sus yernos y nueras y las familias de unos cuantos soldados jubilados que vinieron a trabajar en sus ranchos antes de 1820, son responsables de más del 80% de toda la herencia genética en la sierra de hoy, y un porcentaje sorprendentemente alto de ésta en los poblados de San Ignacio, Mulegé y La Purísima.

La influencia de Luis Aguilar, Sebastián y Gabriel Arce y Juan Miguel López no sólo se limitó a la región de Guadalupe y ni siquiera a Baja California. Todos ellos tuvieron hijos quienes fueron a vivir al norte y que contribuyeron a poblar los nuevos asentamientos en ambos lados de la frontera de hoy. Algunos de sus descendientes viven ahora en la mayoría de las ciudades más grandes de Alta California. Aunque los hijos de José Urbano Villavicencio no viajaron tan lejos, su hermano Rafael se fue al norte con el gobernador Gaspar de Portolá, se casó en Alta California y estableció la difusa familia Villavicencio.

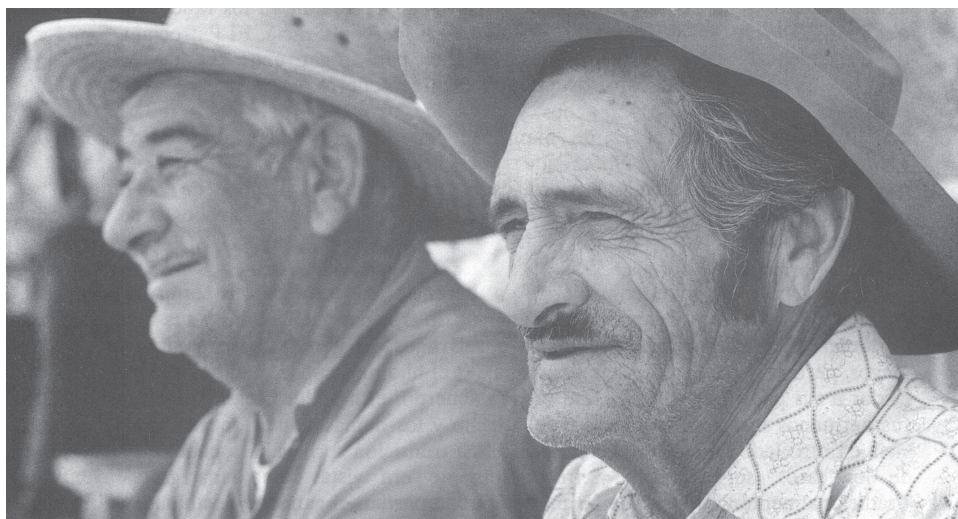
El asentamiento de la sierra

Para 1830, Alta California comenzaba una época pastoril que se ha vuelto legendaria, un período durante el cual prosperaron enormes ranchos ganaderos privados, y ciertas familias se convirtieron en próceres, gozando de un espléndido aislamiento en una frontera hispana aún libre de problemas. En la península de Baja California, especialmente en la sierra de Guadalupe, existía un factor similar. La gente tenía la misma estirpe y cultura; todos habían esperado durante generaciones para adueñarse y ocupar sus propias tierras. En ambas áreas, los descendientes de soldados y sirvientes misionales ahora se encontraban relativamente libres de reglamentación militar y religiosa, y capaces de aprovechar los frutos de sus esfuerzos.

Las diferencias geográficas entre norte y sur de las Californias eran notables. En la península no había ríos y muy pocos manantiales de gran tamaño. El concepto de un rancho era tan distinto en cada lugar, en comparación al otro, que parece extraño que la misma palabra se hubiese empleado para describirlos. Dentro de escasos años, terratenientes en Alta



Los hermanos Porfirio, Francisco e Inocencio Amador, cuya prosapia deriva completamente de soldados y mineros californios del siglo dieciocho.



Casimiro Aguilar, a la derecha, descendiente de Luis Aguilar y otros mayordomos misionales.

California podían desarrollar una manada de cincuenta cabezas en miles; aunque se requería esfuerzo, la naturaleza generosamente proporcionaba el pasto y agua necesarios. Sin embargo, en la sierra de Guadalupe, aun en los ranchos ancestrales que han sido citados –San Miguel, El Valle, San José de Gracia, El Patrocinio, San José de Magdalena– sólo había el agua suficiente para regar unas cuantas hectáreas y mantener, en el mejor de los casos, unos cuantos centenares de cabezas de ganado. Como resultado, para 1840 estos ranchos y otros desarrollados por los herederos de los mayordomos, eran incapaces de mantener generaciones adicionales. Esto obligó al desarrollo de nuevas costumbres que subsecuentemente han caracterizado el asentamiento de la sierra. Desde esa época, cada generación en cada uno de los ranchos ha tenido que mandar a algunos de sus jóvenes en busca de nuevos ranchos o de una vida fuera de la sierra.

Las costumbres que controlaban la herencia de la tierra no eran la base del problema. Un rancho sólo podía mantener dos o tres parejas casadas y sus hijos, empero el dueño del rancho podía tener cinco o seis hijos. El heredero frecuentemente era el mayor, pero con igual frecuencia resultaba ser el hijo más capaz, por una razón u otra, de cuidar a sus padres en la vejez. De común acuerdo, el heredero forzoso indicaba cuál de sus hermanos mejor concordaba en el rancho y los demás tenían que arreglárselas para vivir en otro lado. Aparentemente, esta difícil transición se llevaba a cabo, en la mayoría de los casos, sin aspereza y frecuentemente era vista como una grata aventura. Tradicionalmente aquellos que permanecían compartían el ganado y los bienes del rancho con los hermanos que se iban y, a menudo, ayudaban a construir las casas, los corrales y muros en los nuevos sitios. Cooperando de forma similar, las familias dispersas se reunían en el rancho cabecera para tareas periódicas tales como el rodeo del ganado, en donde era necesaria toda la gente.

En realidad, la cría de ganado, el imán que primero atrajo a los pobladores hispanos a Guadalupe, influyó enormemente en el patrón de asentamiento de la sierra conforme se extendió su población. Para poder aprovechar al máximo el crecimiento de las plantas y el agua retenida naturalmente, los rancheros descubrieron que era necesario conducir el ganado a tierras bajas, poco después del inicio de las lluvias, para que las

manadas pudieran pastar en el hierbaje de las planicies; luego los ranche-ros tenían que atraer el ganado a los arroyos cuando se secaban las tierras bajas. Conforme el ganado se retiraba a las montañas podía pastar en las laderas y beber de las tinajas en los cauces rocosos. Finalmente, el ganado se extendió sobre las mesetas del altiplano y bebía de los manantiales permanentes cuando el resto del agua se agotaba o se evaporaba.

Este movimiento anual del ganado tendía a concentrarse en una cubeta sinclinal, es decir, dentro de los confines de un arroyo y sus cañadas tributarias. Por tanto, conforme crecía una familia y se extendía en busca de nuevos ranchos, la tendencia era permanecer en el mismo arroyo, ya fuera hacia arriba o hacia abajo del rancho pionero. Quizás otra familia ocuparía un arroyo adyacente, y ellos también tenderían a utilizar sitios con agua localizados desde la boca del arroyo hasta su inicio en las alturas de la sierra. De esta manera, cada familia hacía sus rodeos y manejo del ganado en conjunto, sobre las tierras de sus parientes y con su ayuda. Animales extraviados eran observados por parentela que reportaba su posición; todas estas actividades se facilitaban a raíz de la tendencia del ganado de permanecer en un arroyo determinado y no cruzar las cimas secas para descender en otro.

Más como resultado de la cría de ganado que de cualquier otro factor, la sierra de Guadalupe hoy presenta un patrón notable de la ocupación humana, una enorme rueda con arroyos extendiéndose como rayos y cada arroyo conteniendo ranchos por gente con el mismo par de apellidos.

Clima y calamidades

Otra profunda diferencia entre las ganaderías de Alta y Baja California era la gran diferencia y severidad de desastres naturales en la península. La gente en los pequeños y pobres ranchos de la península tenían que sufrir los embates de furiosas tormentas y sequías de mayor severidad que sus primos en el norte. Los chubascos de fuertes vientos y lluvias torrenciales azotan a la península a intervalos erráticos. Una región de unos cuantos centenares de kilómetros cuadrados puede ser devastada mientras que el área adyacente es escasamente afectada. Un rancho específico puede ser

azotado dos veces en diez años o nunca en treinta, pero el promedio para los ranchos peninsulares parece haber sido de una devastadora tormenta por cada generación de gente, o sea aproximadamente una cada treinta años.

Los vientos de un chubasco pueden destechar casas, arrasar cosechas, tumbar la fruta de los árboles, pero raras veces son la causa principal de daños a ranchos o tierras. Los animales domésticos o salvajes encuentran abrigo suficiente en cuevas o al socaire de acantilados; las plantas nativas, aun los árboles, están adaptados de manera tal que por lo regular resisten estas tormentas sin sufrir serios daños. Pero las trombas (aguaceros, en el habla de la sierra) son otra cosa. Lluvias torrenciales caen sobre las superficies rocosas de las cimas de la sierra y muy poca es absorbida. En vez de ello, el diluvio es canalizado hacia profundas cañadas. Comenzando como una intrincada red capilar, estos cauces naturales crecen hasta formar un sistema de venas abiertas que conducen volúmenes cada vez mayores hasta su tumultuosa unión en el fondo de los arroyos. Cuando todos convergen y se abalanzan hacia el mar, el torrente aprisionado entre cantiles puede llegar a tener cien metros de ancho con una profundidad de más de seis metros. Nada móvil puede resistirlo; son desenraizados árboles de la roca misma, y peñas del tamaño de un furgón son rodadas cientos de metros, deteniéndose únicamente al chocar con otras peñas en alguna vuelta del cauce o cuando se calma el torrente enfurecido. Finalmente la avenida llega al límite de la sierra extendiéndose como un enorme abanico sobre la planicie aluvial, donde a pesar de que se ha desparramado y perdido profundidad devasta todas las formas de vida en su carrera hacia el mar.

Los rancheros no reciben advertencia alguna de estas tormentas, pero en cierta forma nunca los toma por sorpresa. No se pierden vidas humanas; la gente de las montañas conoce la época de chubascos, de julio a octubre, y cómo evitar el peligro. Sus hogares se encuentran por lo regular arriba de los cauces y, de no ser así, sus ocupantes se retiran a terreno más alto antes de ser amenazados. Pero no hay manera de proteger las huertas o las asequias que las surten. Éstas deben estar cerca del fondo de los arroyos para poder aprovechar el único terreno al nivel del cual puede ser conducida el agua. Por resultado, aun las tormentas moderadas de verano pueden

ocasionar grandes daños, y el golpe directo de una gran tormenta significa que el rancho tendrá que reconstruir todo su establecimiento. Hoy en día, en diversas partes de la península suelen oírse relatos de las labores en las estelas de las tormentas de 1919, 1931 y 1959, los legendarios chubascos del siglo veinte. Al apaciguarse las aguas, las familias se agruparon en las laderas viendo los parajes donde habían estado sus casas, corrales, sembradíos, canales de riego y tuberías. En algunos casos, los problemas se agravaban cuando los pozos se llenaban de arena y piedras o cuando los manantiales eran enterrados por el escombros. Conforme regresaban las vacas y chivas rezagadas, los rancheros trabajaban desesperadamente para alcanzar y limpiar sus fuentes de agua. Por fortuna, durante varios días, charcos temporales de agua podían sostener a hombres y animales. Entonces había que reconstruir todo lo demás.

En contraste a las tormentas, las sequías llegan lentamente, afectando más al ganado que a las siembras y huertas. Es curioso que, a pesar de que los manantiales cercanos suelen ser pequeños, sus fuentes son tan profundas que su flujo varía poco de una estación a otra, o aun después de varios años consecutivos de sequía. El efecto de la seca es retardar el crecimiento de las plantas de las cuales se alimenta el ganado caprino y vacuno. Un resultado de igual importancia de las lluvias escasas o inexistentes es que se secan las tinajas, de las que depende el ganado cuando se alejan a más de un día de un venero. Cuando se agotan las tinajas, los animales domésticos no pueden pastar sobre una gran extensión que todavía pudiese ofrecer alimento; tales circunstancias complican seriamente los problemas de la sequía.

Después de dos años de secas, la mayoría de los rancheros debe sacrificar o vender animales para evitar perderlos todos. Después de tres o cuatro años de éstos, todos en la región son afligidos por la pobreza y obligados a tomar medidas desesperadas para sobrevivir.

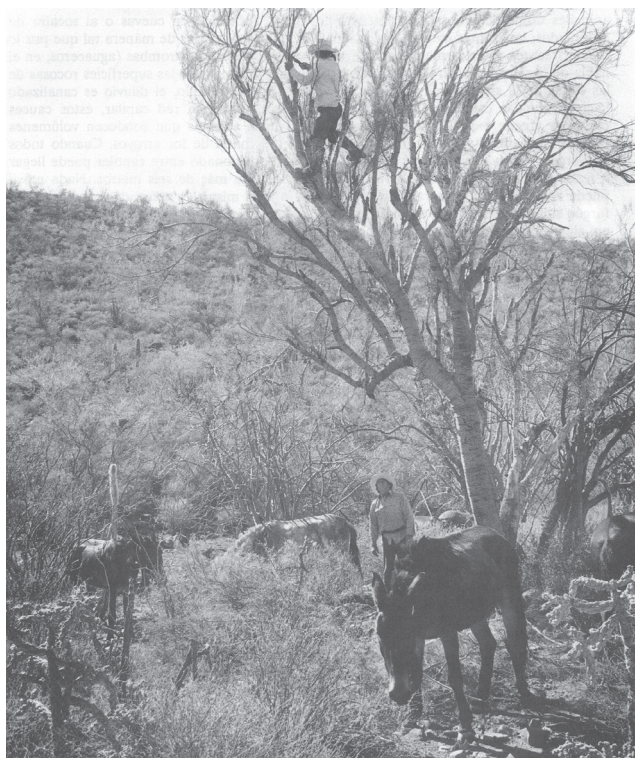
Aquellos que han tenido que aguantar las severas pruebas de la sequía recuerdan varios remedios para la situación. Uno es el retorno generalizado a los ranchos ancestrales donde abundantes manantiales todavía mantenían sembradíos. Un mayor número de gente permitía más siembra,



Una tinaja o estanque natural; en este caso una cavidad creada por la caída del agua. Tales provisiones de agua son la base de la existencia de muchos ranchos.

cuidado y cosecha. En tales tiempos no era infrecuente la expansión de las huertas, construcción de nuevos muros, acarreo de tierra e intentar el uso provechoso del agua disponible.

Como segundo remedio, los habitantes de la sierra recolectaban alimentos silvestres. Estos recursos siempre habían sido aprovechados hasta cierto grado, pero cuando la gente se veía amenazada por el hambre, todos los conocimientos devengados de los indios y todas las experiencias transmitidas por sus antepasados eran puestos en práctica al máximo. De



En el campo se cortan ramas para alimentar a mulas y burros durante cualquier descanso de labores. Dipugo y mezquite, árboles leguminosos, han proporcionado este forraje desde la época más antigua en la crónica de California.

las mesas recolectaban las raíces tuberosas de la zaya y los corazones del agave verde, un tipo de mezcal del que no se deriva el aguardiente. La raíz de la zaya se semeja a una pequeña y deformada berraza y se preparaba con verdura. Los corazones de mezcal se asaban en un hoyo con brasas, en forma similar al inicio del proceso para hacer el licor, pero luego eran removidos para comerlos como gigantescos corazones de alcachofa.

Una escasa planta nativa de las mesas en la región sur de la sierra de Guadalupe también se recolectaba. Era la jícama, que se daba en ciertos bajíos o barriales.

La fruta comestible de varias cactáceas ha servido admirablemente para ahuyentar el hambre después de las tormentas; la pitahaya dulce, en particular, produce su agradable y jugoso fruto en el otoño después de los chubascos, proporcionando una abundante cosecha. Pero durante la sequía las cactáceas no producen fruta, una privación adicional cuya agudeza era más manifiesta en los tiempos cuando todavía existían las



Cuestas en vaivén, laboriosamente construidas y conservadas, unen a los ranchos entre sí y con el mundo exterior (nótese el rancho Las jícamas en la porción inferior derecha).

culturas indígenas, puesto que cantidades considerablemente mayores de personas tenían que alimentarse de los mismos terrenos.

Ciñéndose los ya apretados cinturones, ayudándose unos a otros y utilizando todos los recursos naturales, los rancheros magníficamente alimentados de la sierra de Guadalupe vivieron a través de sus desgracias y retuvieron sus tierras, un hecho que suma una nota de comparación de su legado con el de sus primos rancheros al norte de San Diego.

Poco después del fin del dominio español, las perspectivas de la Alta California comenzaron a atraer a extranjeros, quienes primero llegaron por negocios o curiosidad y permanecieron para buscar fortuna. La colonia extranjera, principalmente de norteamericanos, creció, empezó a adquirir tierras y, en vísperas de la guerra con México, apoyó a los Estados Unidos para anexionar la región.

La península de Baja California también era conocida por unos cuantos extranjeros, incluyendo algunos norteamericanos, pero su atractivo y potencial eran considerados insignificantes por la mayoría, y fue



Durante 150 años, los rancheros peninsulares han hecho largos y difíciles viajes para vender sus productos, obtener provisiones, asistencia o compañía.

pasada por alto en una época en que las fuerzas militares de los Estados Unidos y un sentimiento nacional de Destino Manifiesto hubieran hecho su adquisición cosa fácil.

Para 1860 había cambiado la suerte de manera notable. Los terratenientes hispanos en Alta California, una vez relativamente ricos y despreocupados, estaban siendo desposeídos en un país donde su lenguaje y cultura se habían reducido a una posición desventajosa. Sus primos terratenientes en la sierra de Guadalupe estaban en libertad de continuar sus vidas como antaño y especialmente libres de tomar tierras conforme las necesitaban. Benito Juárez, un amigo de los pequeños terratenientes, había llegado al poder en México. A sugerencia suya, muchos títulos originados en concesiones españolas fueron presentados para su registro y reconocimiento oficial. Nuevos títulos firmados por el mismo Juárez fueron devueltos, quedando en posesión de los hijos y nietos de Luis Aguilar, José Urbano Villavicencio, Buenaventura Arce y Juan Miguel López —documentos todavía atesorados en muchos ranchos de la sierra.

La proliferación de los ranchos en la sierra de Guadalupe nunca ha cesado realmente. Conforme creció la población, nuevos ranchos se extendieron de cada centro ancestral. Para 1900 habían alcanzado los parajes con agua más remotos e inaccesibles. Por aquel entonces surgió una nueva práctica devengada de experiencias, haciendo frente al viejo problema de la persistente sequía. En esos tiempos, algo de la gente tuvo que regresar a los ranchos más antiguos con agua abundante y tierra cultivable. Cuando ya no hubo veneros disponibles, este cercenamiento, que en otras ocasiones había sido desesperado, se convirtió en la forma de vida. La gente construyó ranchos en cualquier lugar donde las tinajas permanecían con agua después de las lluvias. Fabricaron pequeñas represas para ampliar las tinajas existentes y en ocasiones crearlas artificialmente. Manadas, principalmente de cabras, eran mantenidas en tales ranchos mientras había agua. Luego, al secarse las tinajas, la familia se mudaba a otro rancho o regresaba al rancho de cabecera. Estos grupos llegaron a conocerse como “cambiaderos” en virtud de que se mudaban por lo menos una vez al año.

Con el advenimiento de los ranchos de cambiadero, la sierra alcanzó el cenit de su población. Durante todo el siglo XIX, en cada generación,



Cambiaderos o ranchos de temporada para la cría de cabras son de construcción sencilla y amueblados espartanamente –como se puede apreciar en la lámina superior de la cocina en el rancho El Cerro. El rancho El Zorrillo muestra otra práctica común: el uso de una cueva para alojar la cocina.

unos cuantos de los hombres jóvenes se alejaban de la vida montañesa. Unos simplemente buscaban algo diferente, pero la mayoría buscaba lugares donde la ganadería no era tan restringida y difícil. Un número de ellos emigró hacia el norte asentándose cerca de Ensenada o los viejos centros misionales entre El Rosario y la frontera internacional. Después de 1920, este éxodo se incrementó; familias grandes y saludables se convirtieron en exportadoras de gente, debido a que no podían ofrecer más que su propio ambiente. Esta tendencia ha ido acelerándose, y las familias de la sierra ahora se encuentran altamente representadas en todas las poblaciones peninsulares, campos pesqueros y las mayores ciudades a lo largo de la frontera con los Estados Unidos.

Estas páginas de manera breve nombran a los fundadores y relatan cómo reclamaron la sierra haciéndola suya. Ahora es tiempo de conocer a la gente misma, bosquejar sus vidas y costumbres y seguirlos en otras de sus rutinas cotidianas, mediante las cuales derivan su existencia del ambiente tan aparentemente hostil y estéril de los cañones y mesas de la sierra de Guadalupe.



La gente joven aprende a desempeñar papeles adultos y a aceptar responsabilidades a una temprana edad. Cada montañés aprende al límite de su facultad desempeñar las habilidades y saberes de su padre o madre al igual que conocimientos de interés especial adquiridos de otros parientes o vecinos.

CAPÍTULO SEIS

Lámparas nuevas a cambio de viejas

La gente de Guadalupe, al igual que otros grupos agrarios aislados, están en contacto con sus orígenes. Sus horas están llenas haciendo frente a las demandas de subsistencia y sus mentes se ocupan con pensamientos de asuntos tangibles y prácticos. Su habilidad para aprender y razonar parece ser excelente; sin embargo, el ciclo de sus vidas rara vez los conduce a pensamientos abstractos, a considerar diversos problemas hipotéticos, o a inmiscuirse en asuntos más allá de su experiencia inmediata. La falta de una educación formal, de libros u otros estímulos o experiencias externas, los ha retado a derivar satisfacción mental del compañerismo familiar y la incesante contienda con el medio ambiente.

El trabajo y suma personal de cada vida se perciben más indivisibles y entretejidos por la gente de la sierra que por gente de mayor refinamiento en sociedades más complejas. La mayoría de la gente montañesa, y los hombres en particular, tienen quehaceres complejos. Disímilmente a la mayoría de empleados en el mundo moderno, el hombre de la sierra debe de hacer frente a cientos de problemas diferentes en el transcurso de un año. Es el capataz y trabajador principal de una empresa que podría requerir las habilidades de agricultor, ranchero, veterinario, cazador, carpintero, albañil, talabartero, reparador, médico, consejero, arriero, comerciante, y así sucesivamente. Su esposa se enfrenta a una serie de requerimientos correspondientes de carácter materno y doméstico. La variedad completa de sus tareas y oficios era conocida por sus padres y lo será por sus hijos.

En conjunto, las necesidades cotidianas y la manera de cumplirlas forman parte del intercambio social porque todos en la sierra, después de la niñez, tienen empleo. Las necesidades son inmediatas y aparentes; el trabajo es parte anticipada de cada vida. Los niños contribuyen tan pronto como pueden y cargan con su parte cada vez mayor de las obligaciones familiares. Como resultado, pocos piensan en el tiempo como dividido entre el trabajo y la vida casera o entre el tiempo personal y el tiempo del patrón. Más aún, el resultado benéfico de la mayor parte del trabajo se ve fácilmente; la monotonía inherente es aceptada despreocupadamente y compartida hasta donde es posible. Pocos son perezosos, quizá debido a que el sistema económico es tan sencillo y la contribución de cada persona es tan aparente.

En sociedades con mayores recursos, los niños cuentan con mucho tiempo para sí mismos. En sus recreos simulan ser adultos ocupados en empleos atractivos; juegan a ser médicos, enfermeras, astronautas, vaqueros, etc. Los niños de la sierra se ocupan mucho menos de esto. Son pocas las veces que tienen acceso a compañeros de juego de edad similar, por tanto empiezan a socializar con niños de edad mayor o adultos, por lo regular acompañándolos en sus tareas. Una niña podría recibir unos cuantos utensilios domésticos desechados para jugar con ellos, pero pronto se encuentra ocupada secando platos y trayendo o guardando objetos reales de uso cotidiano. De manera similar, un niño siguiendo a su padre o hermano mayor pronto aprende a abrir portones, arrancar yerbas, ordeñar cabras o desempeñar cualquiera de una docena de simples actos que le permiten compartir la vida diaria de la familia, en vez de simplemente jugar a su alrededor.

El enorme crecimiento de la ganadería caprina en el siglo veinte parece haber dado ímpetu a la antigua costumbre de permitir o alentar que los niños trabajen. Las cabras son animales pequeños y dóciles. Dos muchachos hasta de ocho o diez años de edad, quizá con la ayuda de un perro experimentado, pueden pastorear cien o más cabras de una mesa, encerrarlas y ayudar a ordeñarlas. Cuando la ganadería vacuna era la única industria de importancia en la mayoría de los ranchos, los muchachos jóvenes tenían que esperar más tiempo antes de desempeñar un papel im-

portante; la res es un animal demasiado grande, poderoso e impredecible, además de andariego, para ser manejado por novatos.

El cambio parcial de ganado vacuno a cabrío fue inevitable. La sierra de Guadalupe no puede mantener a más ganado vacuno hoy que hace cien años; menos si, como creen muchos, las lluvias han disminuido en ese período. Pero la gente se ha multiplicado diez veces y gran parte de sus cada vez mayores necesidades han sido satisfechas por el pastoreo de manadas de cabras, en altiplanos que anteriormente mantenían a poco o ningún ganado vacuno. Las cabras han usurpado el papel tradicional del ganado vacuno y se han convertido en la base de la pequeña economía de la sierra. No todas las manadas de cabras son manejadas de igual manera; el plan de trabajo depende de la temporada, la geografía local, ubicación del agua y las costumbres o convicciones de los propietarios. Algunos encierran a sus animales por la noche y los ordeñan por la mañana; algunos se levantan antes del amanecer, salen en busca de la manada y la conducen al corral para la ordeña. La primera de estas prácticas está ganando popularidad, a raíz del incremento en el número de leones que depredan una parte cada vez mayor de las manadas. Las manadas que se encierran por la noche sufren menos pérdidas.

Afortunadamente para la gente de la sierra, el queso que pueden producir se conserva por largo tiempo, puede ser transportado fácilmente y goza de aceptación. Los compradores de queso exportan la mayor parte al resto de la república, donde seco y rayado se convierte en aderezo para infinidad de platillos. Durante varios meses después de las lluvias veraniegas, este queso se elabora en la mayoría de los ranchos de la sierra diariamente, una empresa que ocupa a todos por tres o cuatro horas.

La ordeña es una actividad pintoresca y vívida. Una o dos tinas son puestas afuera del corral y cubiertas con tela húmeda para evitar que les entre polvo. Cada ordeñador, y comúnmente suelen ser cinco o seis por corral, lleva consigo una cubeta de animal en animal. La ordeña en sí requiere sólo un minuto por cabra y cada una produce un litro aproximadamente. Conforme se van llenando las cubetas, son llevadas al cerco del corral donde se entregan a un hombre o muchacho que retira la tela y vierte la cubeta en la tina. En menos de una hora, a cien o más cabras les



La base económica de la cría de cabras es la venta de queso. La actividad es constante conforme las cabras son conducidas, acorraladas, ordeñadas, y la leche es convertida en queso.

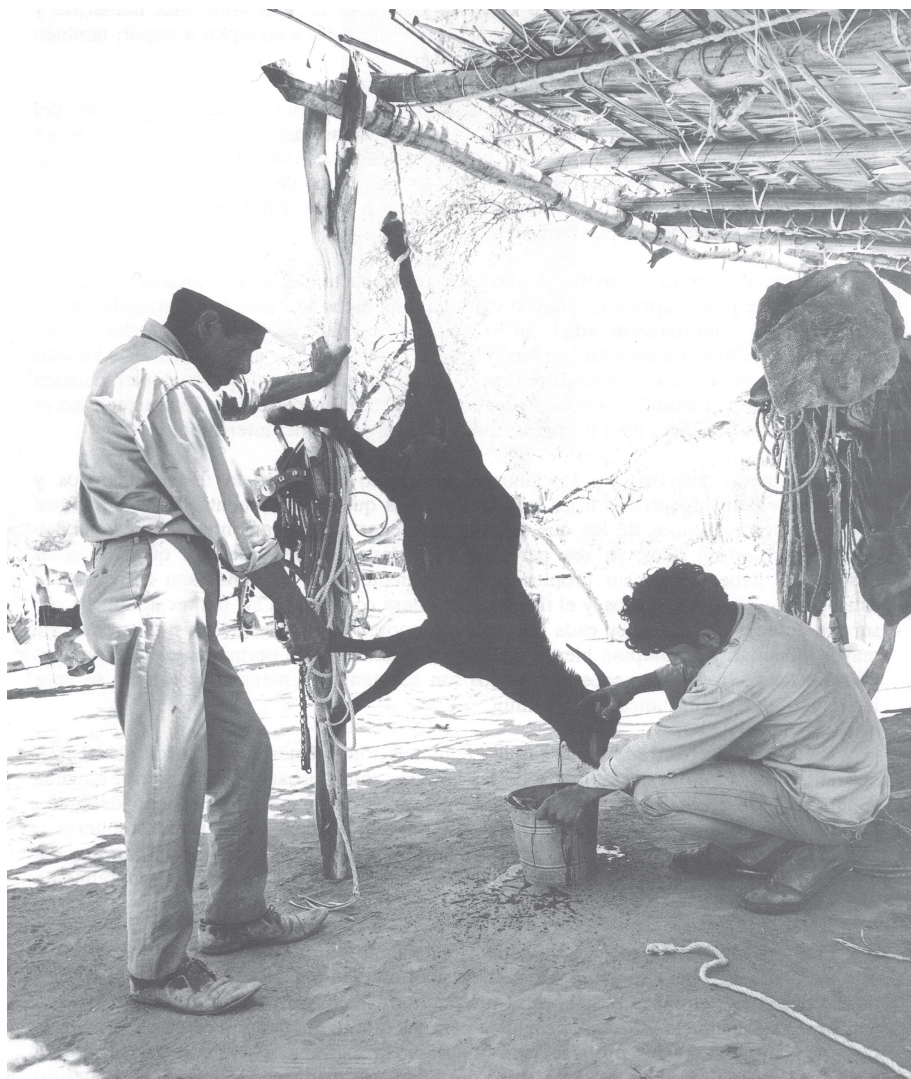


Sal entera pulverizada se incorpora a la cuajada de queso justo antes de moldearla en su forma final. La sal conserva y ayuda a impartir el característico sabor penetrante del queso de cabra serrano.

son ordeñados de ciento quince a ciento cincuenta litros de leche. Luego las cabras se sueltan y la leche es llevada con gran cuidado sobre el siempre accidentado terreno hasta la sombra de la cocina del rancho.

La cocina ha sido aseada y ordenada para permitir el espacio adecuado, lavándose todos los utensilios que serán utilizados. Si la persona que va a elaborar el queso es una de las que acaba de ordeñar, se cambia de ropa, se peina y se lava cuidadosamente. El queso limpio es motivo de orgullo y también factor económico; considerando que los contornos son primitivos, la limpieza general es impresionante. Tradicionalmente, el proceso de elaborar queso se iniciaba adicionando parte del estómago seco y rayado de un venado o una vaca a la leche fresca. Esta sustancia, llamada cuajo, contiene renina, una enzima que cuaja la leche. Hoy en día, en muchos de los ranchos se usa un producto envasado para mayor comodidad y un resultado más uniforme. La leche cuaja rápidamente, y en menos de diez minutos el quesero empieza a utilizar un colador grande para extraer la cuajada semisólida y ponerla con cuidado en una batea de madera en forma de V con una ranura en el fondo que permite escurrir el suero. Después de aproximadamente media hora, la cuajada en la batea solidifica al punto de poderse cortar, las tajadas se salan y desmoronan a mano incorporando la sal.

Es en esta etapa cuando el queso adquiere su forma característica de hogaza o bloque rectangular. Cada ranchero ha construido una docena o más de canastos, cada uno de cuarenta centímetros de largo por veinticinco de ancho y trece de alto, y está hecho de los tallos rectos de un arbusto de arroyo llamado guatamote. Estos tallos se unen a manera de una cabaña de troncos, utilizando cuero sin curtir para ligar las esquinas y bordes. Cada canasto o cacaixtle se forra con un pedazo de tela limpia y luego se empaca con la cuajada firme pero aún viscosa. Una vez lleno, se cubre con la tela y se coloca un pedazo de madera que apenas cabe dentro de la forma. Luego es puesta una roca de siete a diez kilos sobre la tapa de madera, para prensar el queso dentro de la tela. Quesos de mayor tamaño requieren tanto peso para ser prensados que quienes los elaboran han construido prensas ingeniosas capaces de ejercer presiones de cuarenta y cinco kilos o más.



Una cabra es sacrificada. Los machos cabríos proporcionan gran parte de carne en la dieta típica de los ranchos, carne que es consumida fresca o es salada y secada en cecina para su uso futuro.

Después de varias horas, o a lo sumo un día, los quesos se sacan de las formas y envolturas y son colocados en repisas suspendidas y fuera de alcance en lo alto de la cocina o bodega. Allí se curan y secan durante varios días hasta que la cáscara se endurece lo suficiente para soportar el arduo viaje al mercado.

En un buen año, la elaboración de queso continúa desde octubre hasta fines de abril y proporciona a cada familia el dinero y crédito necesarios para adquirir la lista creciente de artículos por comprar. Más aún, la manada de cabras contribuye más que el queso y dinero resultantes. La familia bebe la leche, come el queso y la carne, y utiliza y vende el cuero de los animales.

Las familias extensas dominan todos los aspectos de la vida serrana. Hoy en día, cuando nace una criatura, los padres probablemente son primos segundos, si no es que son primos hermanos —una condición lamentablemente común—. Los padrinos son casi siempre un tío o una tía o primos hermanos. Conforme va creciendo, sus compañeros de juego serán hermanos y hermanas o primos hermanos que viven en el mismo rancho o el adyacente. Todos sus vecinos arroyo arriba o arroyo abajo —y en arroyos contiguos también— son parientes tan cercanos que todos pueden describir sus relaciones familiares; es muy probable que ninguno de ellos sea más lejano que primo tercero. Llegado el tiempo, es probable que el joven de la sierra se case con una prima segunda; con frecuencia su esposa es prima segunda por ambos lados de su familia —es decir emparentada de la misma manera a su padre y madre.

A lo largo de la historia serrana, la mayoría de los niños han sido bautizados con nombres tradicionales de una pequeña lista, conferidos de manera regular desde tiempos misionales. Los de uso más frecuente pueden determinarse en los libros de bautizo del siglo diecinueve. Primero entre los nombres de varones estaba José, y por cada niño con sólo este nombre, otro era conocido por una combinación tal como José María, José Rosario, José de Jesús, Juan José, etc. En el orden de su uso decreciente, la docena de nombres más comunes de varón eran: José, Juan, Francisco, Manuel, Antonio, Ignacio, Loreto, Vicente, Tomás, Anastasio, Domingo y Ramón.

Más de la tercera parte de todas las mujeres fueron bautizadas con alguna combinación de María: María del Rosario, María de los Dolores, María Luisa, etc., pero a diferencia de las combinaciones de “José” en uso cotidiano, éstas a menudo se acortaban (eliminando María) a Rosario, Dolores, Luisa, etc. La docena de nombres más comunes de mujeres eran María, Juana, Josefa, Dolores, Rosalía (o Rosa), Francisca, Loreto, Antonia, Ramona, Rosario, Luisa y Gertrudis. Un aspecto sobresaliente del uso de nombres peninsulares es su conservacionismo más bien rígido. La gente con los nombres de hombres y mujeres arriba mencionados comprende más de la mitad de todos aquellos que fueron bautizados en todo el siglo diecinueve. La mayoría de éstos son nombres hispánicos comunes, no privativos de la California o de México. La alta frecuencia de tres de ellos, sin embargo, sólo puede explicarse a través de la historia californiana. Ignacio, Loreto (en ambas listas de hombres y mujeres de uso más frecuente) y Gertrudis deben su popularidad al pasado jesuítico de la península. San Ignacio de Loyola fue el fundador de esa orden sacerdotal, Nuestra Señora de Loreto era la santa patrona de las misiones jesuíticas en California. Muchos de los jesuitas alemanes y bohemios en Baja California dejaron su huella particular al alentar el uso de nombres de santos como Gertrudis, Wenceslao, Estanislao y Juan Nepomuceno, todos bien conocidos en la península, pero poco comunes en el resto de México o el mundo hispano.

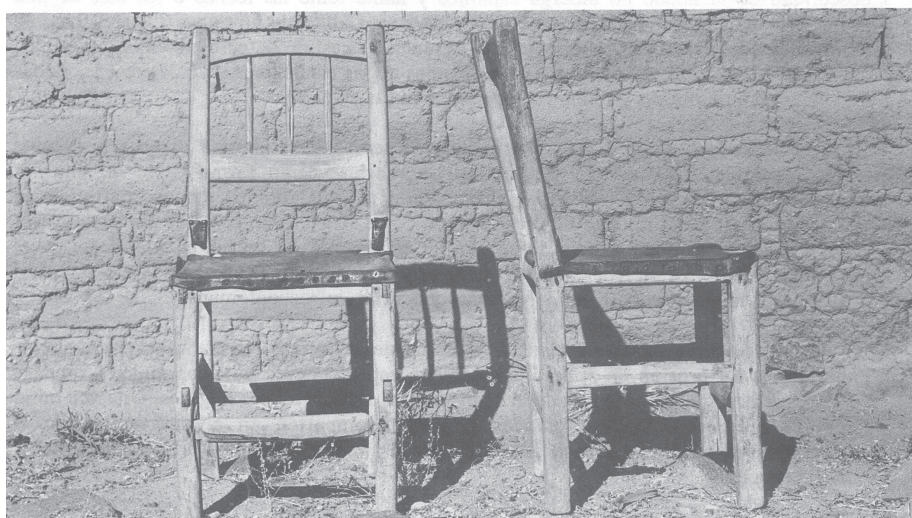
Por lo regular, las familias serranas son grandes. En el siglo pasado, la pareja tradicional criaba seis o siete niños hasta la edad adulta, una cifra todavía razonable. Las familias son grandes desde otro punto de vista; la mayoría consisten de tres o más generaciones. De este modo, un rancho típico, consistente en unas cuantas estructuras de adobe y otras de troncos y bálago alberga a un grupo de diez a quince personas, desde infantes hasta ancianos sin omitir generaciones intermedias. En comparación con las normas de otros países, un niño de la sierra es criado en compañía más numerosa y variada que le proporciona mayor diversidad de experiencias y ejemplos a seguir; también es objeto de cantidades generosas de afecto y atención.

Los habitantes de un rancho típicamente aislado no sienten el agobio del entretenimiento obtenido fuera de su grupo. Leen escasamente por placer, no tienen televisor y encuentran el radio caro y de poco provecho. Los visitantes, a excepción de los vecinos cercanos, son infrecuentes. Por tanto, los miembros de la familia se entretienen solos o, lo que es más común, se entretienen unos a otros. En este teatro casero a la redonda, no hay personajes más centrales que los niños.

Cualquier criatura, a partir de la cuna, es juguete de todos, mascota, muñeca, compañero de juego, aprendiz, público y amigo. Los niños son abrazados amigablemente por hermanos y hermanas de edad similar, seguidos por los más jóvenes y guiados por los mayores. No sólo son atendidos por sus padres sino también por afables tíos, tías, abuelos y bisabuelos. A temprana edad aprenden a acercarse tambaleantes a cualquier persona mayor para ser alimentados, aseados, amados, confortados o recreados. Este arreglo no es únicamente de beneficio para los niños; todos derivan placer del intercambio.

Este interés colectivo por los niños es muy poco común en los Estados Unidos, y consecuentemente sorprende a los norteamericanos que se dan cuenta de ello. Algunos padres tienen más hijos de los que pueden mantener adecuadamente; también pueden tener parientes sin hijos, ya sea parejas infecundas o padres que han quedado solos después de haber criado sus propios hijos. Frecuentemente los niños son entregados a estas parejas para ser criados, y el favor se considera conferido a los padres adoptivos por ser tan deseados los niños en cada hogar. Los menores parecen aceptar estos arreglos sin mayor dificultad y se adaptan bien a sus nuevos y casi siempre permanentes hogares. Las visitas a los padres y hermanos verdaderos son constantes, a menos que el niño se haya ido lejos —una circunstancia poco común.

De la crianza centrada en la familia común a todos emerge un patrón social muy diferente a aquél de la mayor parte de las grandes zonas urbanas. En la sierra, ninguna generación prevalece sobre otra y no existen grupos de la misma edad bien definidos. Desde luego existen actividades confinadas a grupos de menores, o jóvenes solteros o ancianos poco activos. Pero dichas



Hasta hace poco, las casas y los muebles de los ranchos serranos eran contruidos ahí mismo con materiales locales. Una cama y sillas tradicionales de madera de güeribo se cubrían, respectivamente, con tiras de cuero crudo y cuero curtido.

actividades separadas en realidad, no dividen a nadie de la familia; son intervalos tradicionales y necesarios del ambiente generalmente comunal.

Este antiguo patrón social, que se ha desarrollado en casi toda la frontera, resuelve muchos problemas para su gente. No se necesitan niñeras o guarderías para los menores; no son necesarios empleados de cocina, ordeña, hortaliza, o para arrear el ganado. No son necesarias las instituciones para ancianos o para los que se encuentran cerca de la muerte. Cada familia extendida proporciona su propio programa de bienestar social sin burocracia. Los servicios médicos son primitivos e inadecuados, pero el beneficio psicológico de vivir en dichas comunidades familiares es obvio cuando se compara con el de las modernas culturas urbanas. La rutina diaria de las personas mayores, la generalidad de las cuales se mantienen activas hasta el límite de su fuerza y voluntad, incluye tareas necesarias que contribuyen al bienestar colectivo. Humanidad y continuidad acompañan la etapa final de la vida, ilustrada en esta viñeta común: una bisabuela se encuentra tan débil y lisiada que está confinada a la cama, misma que ha sido colocada a un costado de la cocina. Para permanecer sentada debe ser sostenida por cojines y colchas dobladas, y así trabaja deshebrando ejotes mientras escucha a su familia en el ir y venir de sus labores. Un pequeño se sube a la cama y persuade a la bisabuela a que le relate un cuento predilecto. Después de poco tiempo se duerme a sus pies.

En unos cuantos meses o un año, la anciana fallecerá. Toda su gente, incluyendo a los más pequeños, seguirán el ataúd llevado al camposanto arriba del rancho donde será enterrada a un costado de su esposo y en compañía de generaciones anteriores. Todos experimentan la realidad de los eventos de la vida, y eso también contribuye a la estrechez y cariño de los lazos familiares.

Sería difícil encontrar un grupo cultural tan generalmente falto de complicaciones que ha sido, y es, tan libre de temores ancestrales y tan escasamente influido por creencias en lo sobrenatural. No existen temores de los gatos negros o de caminar bajo escaleras; la obscuridad de la noche no alberga espantos y nadie teme las fechas o los días de mal agüero. La gente montañesa de la península de Baja California no tiene, y aparen-



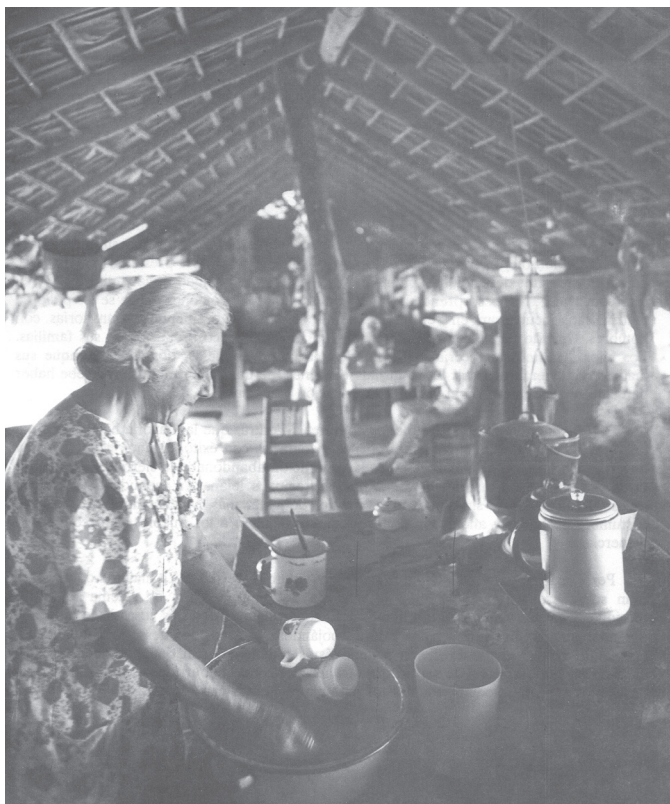
La mayoría de los adultos serranos ayudan a criar a generaciones de niños, y casi todos ellos tienen generaciones de parientes desde hermanos y hermanas mayores hasta bisabuelos.



Las personas mayores trabajan y participan activamente en la vida familiar mientras pueden.

temente nunca tuvo supersticiones folclóricas. Esta ausencia es casi un defecto; su cultura, también deficiente en las artes visuales, carece de algunas de las tradiciones verbales de sociedades que han creado fantasías y romances de sus creencias populares.

El total del intercambio verbal en las sierras peninsulares atañe a personas y eventos reales. Cualquier serrano que viaja hasta un rancho vecino forma parte de una vía informativa que transmite noticias y chismes con notable rapidez a todas partes de la sierra. La mayor parte de este flujo consiste en cosas sencillas de carácter doméstico; esta gente aislada tiene



La cocina de un rancho serrano está ocupada todo el día como centro social y taller para diversos trabajos, al igual que como lugar donde se preparan y sirven los alimentos.

poco interés por entender el torrente de hechos y catástrofes en el resto del mundo, y su sociedad es estable y notablemente libre de violencia. Las novedades son generalmente cosas pequeñas y ocurren infrecuentemente.

Una fiesta sirve para romper la monotonía de la sociedad serrana de dos maneras importantes. La ocasión en sí es una diversión, especialmente para las mujeres, quienes viajan para ello y que rara vez tienen oportunidad de salir de sus hogares. Una vez en la fiesta, la gente se reúne en grandes grupos y comparten en el intercambio de la conversación más extensa, misma que no volverán a experimentar hasta otra fiesta, meses o años después.

En tiempos pasados, antes de que los caminos y los transbordadores y la gente del resto de la república causara tanto impacto, las fiestas religiosas de importancia eran sucesos mucho más grandes que hoy en día, más grandes y aparentemente de mayor colorido. Elías Villavicencio, nieto de uno de los pioneros de la sierra de Guadalupe, José María Villavicencio, nació en 1886 y vivió toda su vida en Rosarito, un gran rancho con naranjos en el corazón de la sierra. Con el producto de más de doscientos árboles, Elías tenía motivos económicos al atender las grandes fiestas que todavía prosperaban después del fin de siglo. A fin de la década de 1970, el viejo recordó cómo fue aquel tiempo:

Tenía fruta que vender pero también buscaba pretexto para viajar y conocer gente; además, nosotros los montañeses rara vez vamos a misa. El atender una fiesta con la intención correcta cumplía una obligación religiosa. Visité La Purísima, también Comondú y San Javier, pero no más lejos; nunca he estado en Loreto. Solía llevar naranjas a las fiestas en todos esos lugares. Mulegé tenía magníficas fiestas –las calles se llenaban de gente–, pero la fiesta más grande y bonita era la de San Javier el tres de diciembre, el día del santo patrón san Francisco Javier. Fuimos a muchas de esas a pesar de la gran distancia: cuatro o cinco días con animales de carga.

[...] Nuestra primera obligación, una vez que llegábamos a San Javier, era presentar nuestros respetos en el bello templo. Había gente que había caminado desde Mulegé; venían a pie para pagar una manda al santo. Todos se aglomeraban en el templo –nadie visitaba otra parte de la fiesta hasta darle gracias al santo. Aun los hombres que bebían, quienes permanecerían borrachos todos los días de la fiesta, primero llegaban a la iglesia sin haber

bebido. Después habría un gran baile en una casa frente a la iglesia, la que tiene los olivos. Habría música de muchos hombres, pero más que nada música de violín; el mejor maestro del violín era Teódulo Bastida. Era de Comondú y también vivió en Santa Rosalía, pero nació en San Javier, donde era gran favorito [...]

La gente de los pueblos finamente vestida. Los hombres usaban cintos anchos con grandes hebillas. Los sombreros tenían flecos y barboquejos bordados. Recuerdo que las lechuzas fueron populares, eran bolsas hechas de buena seda en donde se guardaban tabaco y papeles en pequeños compartimientos. Los señores las tenían amarradas con listón elegante y las traían dentro de un bolsillo escondido de su saco [...]

Las damas iban a las fiestas montadas en jamugas con flecos de terciopelo rojo. Lucían peinetas españolas en el cabello y mantillas con bordados de seda. Algunas tenían sus nombres o lemas bordados en el encaje de la mantilla. Veíamos cosas en las fiestas que se contaban por toda la sierra durante mucho tiempo [...]

Fui a esos bailes en la casa de don Santa María de Castro pero yo no sabía bailar. Los hombres de la sierra éramos muy atrasados y salvajes –sin conocer las costumbres de los pueblos–, muy broncos, como muleros sin amansar. Me ayudaron dos hermanas de Loreto. Tenían listones trenzados en el cabello y vestidos bordados. Tenía miedo de tocarlas pero me enseñaron a bailar. Eso fue hace mucho tiempo.

En la sierra eran escasas tan grandiosas ocasiones en tiempos anteriores como hoy en día, pero la sociedad serrana no necesita material inventivo o complejo para divertirse. En el aislamiento de sus tranquilos valles, cada quien y todo lo que hace es noticia. Se da minuciosa atención a los pensamientos y actos de cada individuo y son narrados con humor e interés. La penetrante preocupación por la familia y la identidad individual se eleva a un arte. Anécdotas interminables derivan su gracia y sabor de la singularidad de cada quien, a menudo cariñosamente caricaturizada, o en el caso de características reales o imaginadas de familias enteras, ampliamente satirizadas.

Los montañeses son esencialmente optimistas uno respecto del otro. La mayor parte de los relatos contienen aspectos positivos cuando conciernen a las personas. Los que han prosperado o son hábiles puede ser

objetos de mayor atención y observaciones más agudas, pero reciben el reconocimiento merecido en el folclor de su tiempo. Los menos afortunados no son menospreciados; de hecho, la fortuna por lo general no es el fin —lo son las características individuales—. Por ejemplo, un extraño en la sierra durante algunas semanas, quizá llegue a oír varios relatos de dos hombres, coetáneos, cuyas proezas son motivo de gran admiración; por lo general ambos se mencionan al mismo tiempo, o se comparan, respecto a cierta habilidad en estrecha competencia. Después de un tiempo, el extraño quizá se entere fortuitamente de que uno de estos hombres es un rancharo acomodado con huertas y ganado, mientras que el otro es un viejo vaquero empleado en un rancho como pensionado informal. Esos datos no tenían lugar en las anécdotas compartidas frente a las fogatas; esos relatos surgieron del saber popular de la habilidad de los hombres como cazadores, amansadores de mulas, conocedores de veredas, caminos y tradiciones regionales, al igual que de honor y lealtad para los amigos.

Cada hombre tiene su identidad. Si carece de individualidad, esa característica no se pasa por alto; su falta de relevancia se hace relevante; se convierte en distinción y se vuelve ampliamente conocida. La identidad personal de todos los que nacen en la sierra es posesión instantánea y vitalicia. Saltan al escenario con sus primeros pasos y hablan tan pronto como pueden formar palabras. Este sentido de tener un público cercano y devoto ejerce una poderosa influencia mientras viven. Aun aquellos que se mudan lejos de las sierras o de la península misma tienden a comportarse como si creyesen que sus parientes y amigos siguen cada paso de sus vidas.

Los hombres y mujeres de las sierras de Baja California apenas empiezan a darse cuenta de los problemas del mundo que los rodea. Impuestos, inflación, contaminación, crimen y la amenaza de la guerra, para mencionar sólo unos cuantos, son, hasta ahorita, pequeños factores en su conciencia colectiva. Los forasteros que hacen frente a esas nefastas realidades quizá tenderían a ver la vida serrana como un refugio arcaico, una existencia sencilla y dichosa aislada del enorme agobio del mundo y dedicada a las virtudes de la

familia, la armonía y el trabajo arduo. Esa contemplación sería demasiado simplista; el viejo modo de vida serrano de ninguna manera es perfecto.

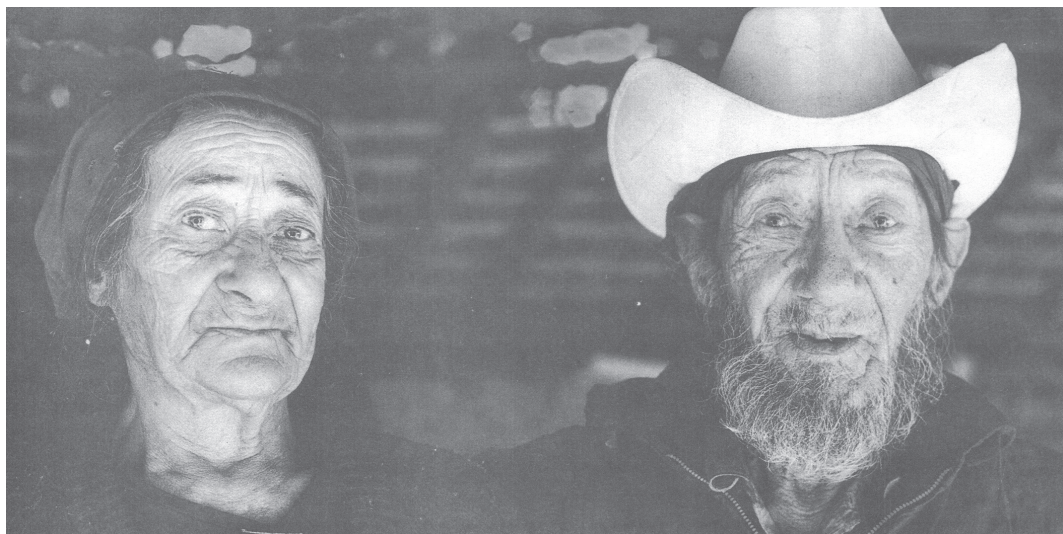
El aislamiento ayudó a crear esta cultura y también a preservarla, pero también ha causado dificultades. Los ranchos de la sierra no sólo se encontraban distantes de comunidades mayores, sino uno del otro. Las mujeres, en particular, rara vez tuvieron contacto social a lo largo de la vida con alguien que no fuera de su familia inmediata. La soledad y el deseo por alguna novedad y unas cuantas cosas e ideas nuevas, debe haber sido la suerte común de la mayoría de las mujeres de la sierra. Las mujeres también sufrieron de manera desproporcionada en el ritual de encontrar compañero. Inmovilizadas de tal forma, las mujeres jóvenes se encontraban en dificultad de no poder hacer amistades o de siquiera ser conocidas por más de unas cuantas familias en su región. Por necesidad, la mayoría tuvieron que casarse con hombres que además de ser vecinos



La vida en las montañas está segregada en grupos familiares, no por edades como se acostumbra en la vida urbana.

eran sus parientes. En cada generación, algunas muchachas de la sierra estaban condenadas a permanecer solteras, en parte porque algunos de los hombres más móviles de la sierra se iban para siempre, o regresaban habiendo conocido y casado con muchachas de los pueblos o regiones bajas. Eran pocos los pretendientes que venían a cortejar de fuera a los ranchos serranos.

Esta disparidad de oportunidad matrimonial condujo a otro aspecto desafortunado de la vida serrana: la ilegitimidad. En las montañas, pocas madres solteras han sido jóvenes; tristemente la mayoría han sido mujeres que perdieron por completo la esperanza de casarse. Las mujeres de la sierra fueron enseñadas desde la niñez a amar a los niños, a lidiar con todo lo que su presencia implicara y a necesitar y contar con su compañía y apoyo. También fueron condicionadas a vivir en núcleos familiares presididos por parejas, hombres y mujeres dependiendo el uno del otro para su estabilidad física y emocional —el lazo conyugal—. No es sorprendente que muchas mujeres, a quienes nunca se les pidió en matrimonio,



Elías Villavicencio, nacido en 1886 en el rancho Rosarito, con su esposa, Juana Aguilar -ambos descendientes de los primeros pobladores de la sierra de Guadalupe.

incurrieran en relaciones menos formales y, a menudo, transitorias con hombres. Cuando resultaron hijos, fueron aceptados con poco prejuicio por sus familias. Los hijos ilegítimos conocerían el amor de una madre, abuelos, tíos y tías, aunque sus madres no tuvieran esposos. La ya aislada existencia de una mujer en la sierra debe haber parecido especialmente amarga con esta privación adicional.

El aislamiento también afectó a los hombres. Mientras que la mayoría hacían frente a los retos de sus vidas relativamente difíciles y solitarias con éxito, algunos no pudieron y huyeron. Un número de hombres en cada generación abandonaba la sierra para siempre; otros se iban periódicamente a vagar por las regiones lejanas, a menudo bebiendo en exceso, hasta quedarse sin dinero ni los medios de ganar más. Muchos hombres tenían la costumbre de beber y andar con mujeres cuando bajaban a los pueblos para comprar o comerciar.

Pero, en gran parte, la vida en la sierra era vigorosa y estable. La mayoría de su gente eran sobrevivientes —y joviales— la mayoría del tiempo. Pero el sistema tenía sus tensiones y grietas y su gente era humana. El saber algunas de estas cosas hace más fácil entender por qué la gente serrana está despojándose poco a poco de su individualidad y aceptando nuevas costumbres, aun cuando éstas también tienen defectos aparentes. El viejo orden cambia y deja de ser porque sus herederos están aburridos con el producto de doscientos años de soledad y están listos para experimentar una vez más.



La conversación, el intercambio de relatos e ideas, es el entretenimiento fundamental de la gente serrana, ya sea con toda la familia, visitantes o bien algún pretendiente para quien una señorita serrana se ha puesto su mejor vestido.

CAPÍTULO SIETE

Un hombre de las montañas

Está anocheciendo en el rancho de San Pedro, en las alturas de la sierra de San Francisco, y el cielo está casi oscuro; los hombres del rancho han regresado de sus labores, se han aseado y están sentados en el corredor esperando la hora de cenar. Todos están atentos a un visitante apacible de cabellera blanca; es Tacho Arce, un primo que acaba de llegar. Tacho siempre ha “acabado de llegar” de lugares distantes y sus anécdotas son aguardadas ávidamente.

Todos ustedes estarán más tranquilos al saber que Ramón Ávila —dueño del rancho San Marcos y de poco más que un pobre apetito—, ese mismo Ramón, sigue defendiéndose para no morir de hambre. El mes pasado compró queso por toda la sierra y lo llevó a vender a Santa Rosalía —¡aunque sólo Dios sabe qué cantidad le dio fuerza a Ramón y nunca llegó a venderse!—. Cuando hizo sus ventas regresó a casa y, arriba de Santa Cruz, se encontró con unos vaqueros que estaban escasos de provisiones. Estos hombres inmediatamente divisaron tres grandes quesos, de cinco kilos cada uno, por entre las rejas de un cacaixtle de Ramón. Trataron de comprarlos ahí mismo. “Nunca”, exclamó Ramón, “¡esos quesos son mi lonche!”.

Este relato encuentra un público listo y apreciativo en la sierra. Debido en parte a los pasados esfuerzos de Tacho, Ramón Ávila es ampliamente conocido como gran tragón; de hecho su reputación es notoria. Con sólo mencionar su nombre, el público de Tacho empieza a sonreír y

se acomoda, anticipando el relato más reciente de su prodigioso apetito. Más aún, Tacho es demasiado bueno como cuentista para desperdiciar un público animado por un exitoso comienzo. Invariablemente está preparado para continuar:

Ramón Ávila bajó a Santa Águeda, tres días de camino de su casa al otro lado de las montañas, para comprar provisiones en la tiendita donde siempre llega. Antes de siquiera hacer mención de las necesidades, Ramón no dejó de pedirle a la dueña una provisión de su famoso colache casero. Para su consternación, encontró que lo único que le quedaba era un frasco sobre el mostrador que contenía unos tres kilos. No había otro recipiente a la mano y no quería deshacerse del frasco. Finalmente, conociendo el apetito de Ávila y halagada por su conocida devoción por su colache, la señora encontró solución al problema. Ramón pasaría por San Fernando en el segundo día de su viaje de regreso; el rancho de San Fernando estaba por ir a Santa Águeda en dos o tres días. “Entréguele el frasco de pasada.” Ávila prometió hacerlo, finalizó sus compras y se fue. Tres horas más tarde, Anastacio Villavicencio, quien vive en el mismo valle, entró a la tiendita diciendo “Me encontré a Ramón Ávila de este lado de El Bule. Me pidió que le regresara esto.” Y le entregó el frasco vacío y limpio a la señora.

Algunos hombres nacen y son criados en la sierra, pasando toda su vida en los ranchos ancestrales o en ranchos más recientes a unos kilómetros de distancia. Otros se van permanentemente a trabajar en poblaciones cercanas, campos pesqueros, o se mudan lejos, a Ensenada o las ciudades fronterizas. Unos pocos permanecen ligados a las costumbres montañosas pero cambiando de lugar en lugar, ganándose la vida aquí y allá, inquietos, pero no queriendo romper con sus tradiciones. Éstos se conocen como andariegos y su ir y venir imparte colorido y excitación a la vida serrana. Algunos parecen ganarse la vida mientras viajan por toda la sierra; son los mensajeros en una notable red informativa que imparte noticias y conocimientos entre parientes que rara vez se ven cara a cara. Los mejores de estos hombres inquietos son hábiles relatores; no sólo comunican encabezados sino pequeños detalles anecdóticos que son esperados con avidez, cada vez que aparece uno de estos andariegos en un lugar remoto.

En la Sierra de San Francisco, el decano de los relatores ambulantes es Eustacio (Tacho) Arce, por mucho tiempo comerciante montado, guía de cazadores o de quien quería visitar “su” sierra. Este hombre trae placer a la gente que le rodea en cada hogar aislado, y vale la pena conocerlo por sí mismo. Pero, más que eso, el relato de su descendencia y su vida forma una íntima y característica historia del área.

El primer Arce en California fue un soldado de presidio nacido en Inglaterra, Juan de Arce, quien llegó a Loreto en 1698, el segundo año de la “conquista”. Este hecho, bien documentado, ha llevado a algunos a la fácil conclusión de que él es el progenitor de miles de californios con ese apellido; por el momento, nadie lo sabe a ciencia cierta. Juan de Arce llegó a Loreto de la Villa de Sinaloa y es muy probable que haya regresado a ese lugar cuando se marchó de California en 1701. Los siguientes Arces en la península fueron los hermanos José Gabriel de Arce y Sebastián Constantino de Arce, quienes llegaron en 1751 y antes de 1769 respectivamente. Nacieron y se criaron en la Villa de Sinaloa, pero hasta la fecha no hay pruebas de que fueron descendientes de Juan.

La primera comparecencia documentada de Sebastián de Arce es un registro en un libro de bautizos de la misión de San Ignacio el 13 de septiembre de 1764, para documentar el nacimiento de su hijo Ignacio María Arce, sólo el cuarto niño nacido de la gente de razón en los casi cuarenta años de haberse fundado la misión. Los padrinos del niño fueron sus tíos José Gabriel de Arce y su esposa Ana Gertrudis Velasco.

Ignacio María Arce creció en la península, de alguna manera aprendió a leer y escribir con buena letra, se reclutó como soldado de presidio y tuvo una larga y honorable carrera, culminada por su ascenso a sargento en 1814. En 1789, mientras servía de escolta de guardia en la misión de Santo Domingo, se casó con María Mónica Aguilar, hija del mayordomo Luis Aguilar. El año siguiente, aún en Santo Domingo, la pareja tuvo un hijo a quien bautizaron con el nombre de Ignacio Buenaventura Arce. El día después de dar a luz, María Mónica murió, pero el niño sobrevivió y aparentemente tuvo una estrecha relación con su subsecuente madrastra, María de Jesús Romero.



Tacho Arce difunde noticias. Los pocos hombres que viajan de manera constante sirven de enlace vital en la comunicación serrana, llevando recados y novedades a los ranchos más aislados.

Poco se sabe de la juventud de Buenaventura Arce. Años más tarde se refirió a sí mismo como “de Loreto”, y es posible que haya pasado varios años ahí mientras su padre cumplía su puesto en el presidio o en un lugar fronterizo demasiado peligroso para familias. El siguiente indicio claro de los movimientos de Arce aparece entre los archivos de bautizo de la misión de Santa Rosalía de Mulegé en 1816, donde Buenaventura Arce y su esposa Romualda Murillo están inscritos como padrinos de un niño indio. Los datos familiares de Romualda dan fuerza a la teoría de que Arce creció en Loreto, puesto que su padre, Jaime Murillo, había servido como carpintero marino, y su madre, Petra Pérez, era hija de Diego Pérez, capitán durante muchos años de los veleros que abastecían las misiones del norte desde Loreto.

Para 1818, Buenaventura Arce y su familia se habían establecido en San Ignacio, donde quizá sirvió como mayordomo. No se conoce documento alguno que indique su posición exacta en esos primeros años a fines del turbulento dominio español. El saber local indica que hizo fortuna en oro de placer extraído de los picachos de Santa Clara, al poniente de San Ignacio. Esta teoría quizá sea fantasiosa, pero su búsqueda de bienes raíces ciertamente no lo fue.

Muchos documentos de archivo atestiguan su diligencia en el reclamo de propiedades. En 1825 recibió título de San Carlos, un rancho con aguaje localizado al norte de Las Tres Vírgenes, tres conos volcánicos agrupados a cuarenta y cinco kilómetros de San Ignacio. Entre los años 1839 y 1854, Buenaventura Arce reclamó y recibió títulos de otros seis ranchos, incluyendo San Francisco, Santa Marta y San Carlos. La escritura de Buenaventura otorgándole el título de Santa Marta contiene la pintoresca inscripción “comprado de un indio”; este apunte histórico recuerda una curiosa serie de eventos que implicaron a Buenaventura Arce.

El padre Félix Caballero, después de un tormentoso ministerio entre los indios fronterizos de las misiones del norte de Baja California, se retiró a San Ignacio, donde también él había comprado una propiedad exmisional de un indio. El cura había servido como presidente de las misiones peninsulares y se había convertido en un hombre muy rico, considerando las normas de ese lugar en aquellos tiempos. Era dueño de mil quinientas

cabezas de ganado, treinta y tres mulas y mucho más. Caballero tenía amplia fama de contrabandista, tratando con norteamericanos, indios, rancheros y soldados asignados a cuidar sus misiones. Estaba inmiscuido en la política, como lo había estado cada uno de los padres presidentes, para poder proteger los intereses “misionales” de un alud legislativo de reformas de propiedad. El 3 de agosto de 1840 falleció, aparentemente envenenado. El alcalde en función de San Ignacio se vio precisado a atestiguar una relación de bienes del difunto. El inventario de muchas páginas estaba firmado por el alcalde en función, “Ventura” Arce. A uno o dos meses de la muerte del padre Caballero, Buenaventura Arce reclamó y consiguientemente recibió títulos de ciertos edificios y terrenos de la extinta misión de San Ignacio. Los cuartos del cura se convirtieron en su hogar y también la bodega adyacente. Ambas estructuras le sirvieron durante casi treinta años y pueden verse hoy en día inmediatamente al norte de la nave de la iglesia.

Varios fragmentos de evidencia documentada sugieren que Arce era el jefe reconocido en el pueblo y sus aldeaños, una idea firmemente apoyada por la historia oral que todavía se recuenta en San Ignacio. Buenaventura Arce es descrito como el jefe rodeado de secuaces listos para cumplir sus órdenes e impartir fuerza a sus pronunciamientos y decisiones oficiales. Las fuentes de su influencia son obvias. Era dueño de suficiente tierra y ganado para ser patrón, quizá el único después de la muerte de Caballero. Y como único representante del gobierno, Arce tenía prestigio y alguna pretensión al poder. No es sorprendente, entonces, encontrar que podía reunir un pelotón en poco tiempo, festejar a gente que favorecía u obstruir a aquellos que no eran de su agrado.

El nombramiento original de Buenaventura Arce como alcalde de San Ignacio estaba lógicamente ligado a sus adquisiciones de propiedad anteriores y su subsecuente reclamo a gran parte de los valiosos terrenos de riego misionales. Los gobernadores, haciendo esfuerzos simbólicos para repartir tierras, probablemente acogieron los reclamos hechos por unos cuantos hombres ambiciosos que vivían en áreas aisladas y apoyarían a un gobierno que los favoreciera. Claramente Buenaventura Arce actuó con perspicacia a lo largo de su vida para convertirse y permanecer como el

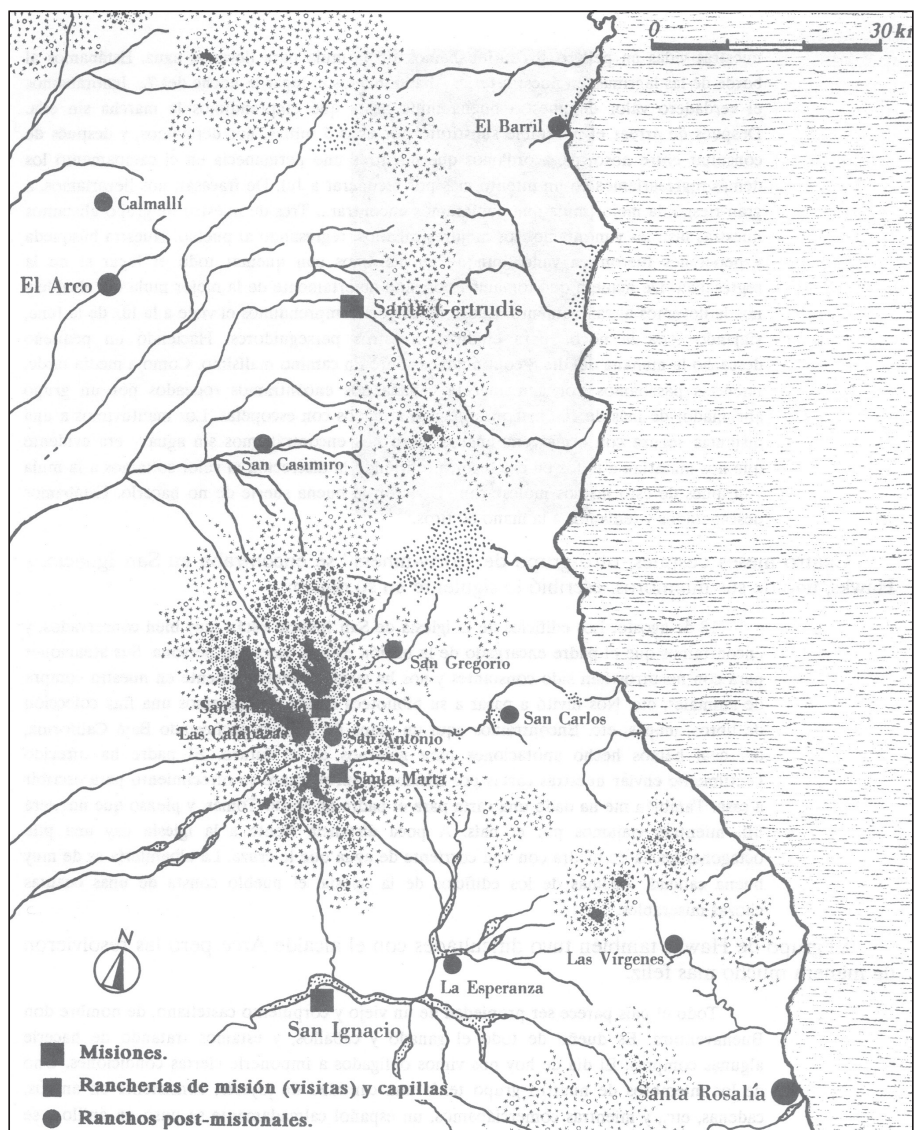


Hasta el más pequeño y provisional de los ranchos tiene un amplio corredor y su sombreada y abierta sala. Aquí, Tacho Arce y su hijo Felipe (izquierda) visitan a Loreto, el hermano de Tacho, y a su familia en el rancho Las Calabazas

hombre fuerte de la región. Esta posición encumbrada se refleja claramente en varios relatos norteamericanos que datan de mediados del siglo XIX.

Sobreviven por lo menos dos diarios escritos por los “forty-niners” que viajaron a lo largo de la península. W. C. S. Smith y J. D. Hawks difieren marcadamente en su descripción de Buenaventura Arce y otras personas de San Ignacio. Smith no comprendió el papel del cura, confundió a la gente de razón con los indios –la mayoría de los cuales no lo era– y dijo que su grupo había sido maltratado por el alcalde, ciertamente el mismo don Buenaventura. Hawks describió un cura servicial y un Buenaventura Arce agradable pero pícaro. Fue agasajado en una casa. Estos relatos probablemente nos dicen tanto de los norteamericanos como de sus anfitriones: obviamente, los grupos de Smith y Hawks estaban comprendidos por diferentes tipos de personas. El 6 de abril de 1849, W. C. S. Smith inició este relato de la visita de su grupo:

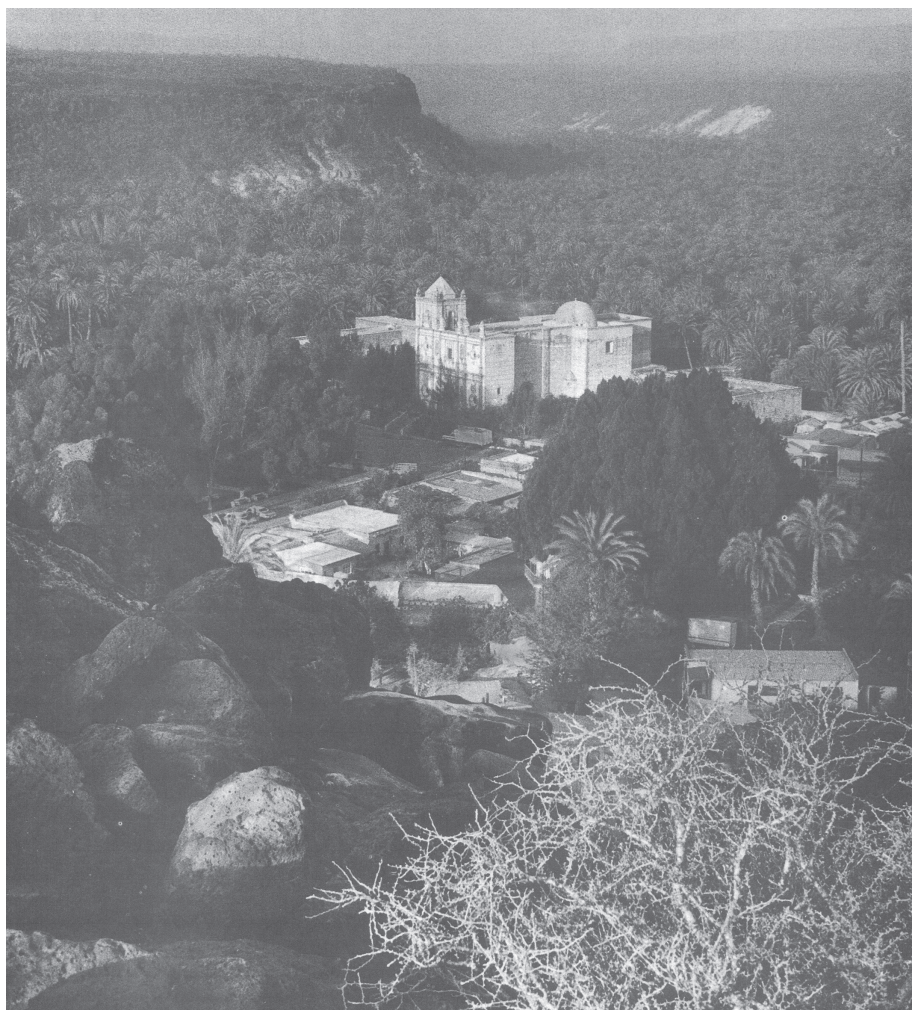
La misión de San Ignacio... la más grande y mejor preservada de estos establecimientos que hemos visto. Unos 100 indios medio civilizados viven alrededor en chozas de barro... Un cura viene una vez al año a casarlos y a decir misa para sus muertos... Nos retrasamos en San Ignacio el día 6 para comprar un caballo. La mañana siguiente nuestra mejor mula, un valioso y bello animal, había desaparecido. Esta gente había intentado comprar o cambiar otras mulas por ésta, sin éxito; estos villanos criminales se la habían llevado a las montañas donde no la podíamos encontrar. Se aprovecharon de nuestra necesidad para pedir un precio exorbitante por cualquier otra mula, mucho más de lo que podíamos pagar. Los animales que nos quedaban no tenían la fuerza para cargar nuestro escaso equipaje, provisiones y el agua que debíamos llevar, de modo que nos encontramos atorados. Lo único que logramos conseguir para reponer nuestra bella “Jul” fue un viejo y miserable caballo. Fuimos a ver al alcalde indio. Se rió de nosotros. El día anterior pudo hablar español lo suficientemente bien. Ahora, lo único que logramos que nos dijera fue “no entiendo”. Estábamos convencidos de que él mismo era el ladrón. No podíamos permitirnos la pérdida del único animal de confianza. Parecía que poníamos nuestras vidas en peligro si continuábamos sin la mula para llevar el agua. Estábamos al borde de las lágrimas en nuestra furia. Abandonamos el lugar la noche del 7... Ignorá-



bamos el verdadero valor de nuestra buena mula hasta que emprendimos la marcha sin ella. Después de arrear el miserable substituto por unas 5 millas, nos detuvimos, y después de consultar entre nosotros, acordamos que mientras uno permanecía en el campamento los demás regresaríamos en un intento más por recuperar a “Jul”. De fracasar, nos llevaríamos, a gran riesgo, la mejor mula que pudiéramos encontrar... Tres de nuestro grupo alistamos nuestras pistolas y montamos los mejores caballos, regresando al pueblo. Nuestra búsqueda y peticiones fueron en vano, aunque amenazamos con quemar todo el lugar si no la regresaban. De manera que tomamos posesión abiertamente de la mejor mula del alcalde y nos la llevamos al campamento. Luego de cargarla emprendimos el viaje a la luz de la luna, viajando toda la noche para eludir a nuestros perseguidores. Haciendo un pequeño descanso la mañana del día 8 continuamos sobre un camino malísimo. Como a media tarde, mientras pasábamos por una angosta cañada nos encontramos rodeados por un grupo abrumador de más de 100 bribones negros, armados con escopetas. Los mantuvimos a una distancia segura con armas empuñadas, pero nos encontrábamos sin agua y era evidente que nos matarían a todos en ese lugar; prefiriendo la discreción al valor, soltamos a la mula y después de esto no nos molestaron. Tuvieron la buena suerte de no hacerlo. Estábamos desesperados y teníamos a la mano 60 tiros.

Cuatro meses después, otro grupo de “forty-niners” se encontraba en San Ignacio, y Hawks, uno de sus miembros, escribió lo siguiente en su diario:

18 de agosto. Los edificios de la iglesia de San Ignacio están muy bien conservados, y encontramos que el padre encargado de la misión es una excelente persona. Sus atenciones para con nosotros han sido constantes y nos ha ayudado materialmente en nuestra compra de animales, etc. Nos invitó a pasar a su biblioteca donde encontramos una fina colección de libros, mapas, etc. Encontramos aquí un mapa de México, incluyendo Baja California, del cual hemos hecho anotaciones para guiarnos en el futuro. El padre ha ofrecido gentilmente enviar nuestras cartas por México, y aprovecharé su ofrecimiento para escribir a casa. También me ha dado una carta para el padre en Santo Tomás, y pienso que nos será útil mientras viajamos por el país. A poca distancia frente a la iglesia hay una pila octagonal hecha



San Ignacio al amanecer. Durante más de dos siglos, este otrora aislado oasis misional ha dado la bienvenida a aquellos que viajaron por el Camino Real en Baja California, una sucesión de religiosos, soldados, “forty-niners” y, finalmente, turistas.

de piedra con una corriente de agua que le cruza. La albañilería es de muy buena calidad. Además de los edificios de la iglesia, el pueblo consta de unas cuantas chozas miserables.

El grupo de Hawks también tuvo dificultades con el alcalde Arce pero las resolvieron de manera mucho más feliz.

Todo el país parece ser propiedad de un viejo y corpulento castellano, de nombre Don Buenaventura. Es dueño de todo el ganado y caballos, y estamos tratando de hacerle algunas compras. El día de hoy nos vimos obligados a imponerle ciertas condiciones. Uno de los miembros de nuestro grupo tenía una cantidad de joyería, consistente en anillos, cadenas, etc., y mientras comerciábamos, un español calmadamente se puso un anillo y se marchó contra las amonestaciones de su dueño. Apeló a Buenaventura para que lo detuviese, pero se mostró indiferente y permitió que el sujeto montara su caballo y se marchara con el anillo. Inmediatamente determinamos que sería inaceptable dejar las cosas así, y todo el grupo de seis, armados con un rifle y pistolas, fuimos a la casa de Buenaventura directamente. Al ver la llegada de tan formidable ejército se rindió, acercándose a preguntar el valor del anillo. La contesté que 10 dólares, y dijo que saldaría la cuenta, y regresamos a nuestro alojamiento. Media hora después llegó a entregarnos la cantidad y después de esto tuvimos muy pocos problemas comerciando con él. Mandó traer algunos caballos, nos vendió unas sillas de montar y nos ayudó de varias maneras.

Domingo, 19 de agosto. No le ponen mucha atención al domingo por aquí. La iglesia se abrió para la misa por la mañana, con una misa por la tarde con sermón. Nos invitó don Luis Argular (de hecho, Aguilar) a visitar su casa, que queda aproximadamente a una milla de la iglesia y en la parte superior del valle. Encontramos su casa agradablemente situada, rodeaba de palmas de dátil e higueras, con un excelente viñedo y melones. Las uvas eran las mejores que habíamos visto. Después de estar con Don Argular y su agradable esposa unas horas, regresamos a nuestro alojamiento.

En ambos casos, los atentados reportados contra las posesiones de los norteamericanos tienen que verse en contexto. La mayoría de los “forty-niners” no sólo eran calamitosamente ineptos en español sino que también

parecen haber estado en completo estado de ignorancia de los sentimientos de gente que había sido invadida dos años antes por los estadounidenses y cuya tierra había sido saqueada en una guerra injusta. Más aún, los buscadores de oro, al pasar, forrajeaban el país tomando ganado y provisiones de los ranchos y, en por lo menos dos casos plenamente autenticados, robaron bienes de las iglesias incluyendo objetos de oro y plata. Se recordará que otro norteamericano, James Hunter Bull, pasó por San Ignacio en 1844, sólo cinco años antes que Smith y Hawks, pero, significativamente, antes de la guerra o la fiebre del oro. Las memorias de Bull describen una escala idílica sin insinuación alguna de algo desagradable. La mayoría de los relatos contemporáneos en Alta y Baja California indican claramente que los “forty-niners”, como grupo, no eran transeúntes bienvenidos por nadie.

Veinte años después, Buenaventura Arce se convirtió en personaje menor del ampliamente distribuido libro *Resources of the Pacific Slope* (Recursos de la vertiente del Pacífico). Uno de los contribuyentes fue William Gabb, quien había visitado San Ignacio en 1867. La guerra mexicana, para entonces, tenía una generación de haber pasado, y Gabb describió esta cordial escena:

San Ignacio es una población, incluyendo suburbios, de unas 20 familias. Los únicos edificios de importancia en el lugar son los pertenecientes a la misión. Los demás son sólo chozas. Los edificios de la iglesia consisten del templo y dos alas laterales, una de las cuales se prolonga en L, que se encuentran en magnífico estado, y son los edificios más importantes de este tipo en el territorio. Su construcción de piedra es muy sólida con techos de bóveda, estando planos por la parte de arriba. El templo está hecho en forma de cruz latina y tiene una cúpula hemisférica de piedra en la intersección de la cruz. Hay una fina y amplia galería para el coro, también de piedra, y de hecho no hay madera en la construcción del edificio, con excepción de las puertas, a no ser algunos de los dinteles. Los ornamentos que aún quedan después del vandalismo, el sacrilegio y la pobreza del gobierno demuestran que ni costo ni trabajo se escatimaron para hacer de ésta la iglesia más detallada de Baja California. Todos los edificios se encuentran sobre una terraza, en parte artificial con cuatro pies (1.3 m) enfrente y diez pies (3.1 m) detrás cuidadosamente amurallada de piedra.

Gabb encontró el lugar habitado por un “viejo gordo y jovial” a quien llamó Don Ventura Arce y que vivía en un estilo verdaderamente patriarcal, rodeado de una turba de hijos y nietos:

Los jardines son muy extensos, quizá mayores que cualesquiera otros al norte de La Paz. Granos de varios tipos, frijoles y todo tipo de legumbres se cultivan en abundancia, mientras miles de palmas de dátíl, creciendo espontáneamente, rinden un enorme ingreso a su dueño. Además de éstas, higueras, olivos, parras y granadas son cultivados extensamente, y la caña se siembra a tal grado que la panocha es un importante artículo de exportación. Una perenne sobreabundancia de agua corriente alivia a San Ignacio del temor a una sequía y la única labor necesaria es mantener abiertas la acequias y acopiar las cosechas.

Trajimos unas cartas de recomendación para don Ventura, quien nos recibió amablemente alojándonos en una habitación desocupada en los edificios de la misión. Pasamos aquí un día esperando a que llegaran unas mulas y, como siempre suele ser, no pudieron ser encontradas hasta la mañana siguiente. Cuando fueron traídas las remudamos, obteniendo un animal nuevo a cambio de una mula de las nuestras, y por la tarde, después de un confuso apretón de manos con casi todo el pueblo, partimos, más con el propósito de emprender la marcha que viajar gran distancia.

Con estas líneas, Buenaventura Arce abandona el escenario de la literatura norteamericana, pero su fama local aún no ha desaparecido. San Ignacio está esparcido con sus descendientes y la sierra donde tuvo varios ranchos está literalmente poblada por ellos. La mayoría de la gente de la sierra de San Francisco puede trazar su ascendencia a “Tata Ventura.”

Buenaventura Arce (1790-c.1870) y Romualda Murillo (1797-1892) tuvieron por lo menos ocho hijos —cuatro mujeres y cuatro hombres— nacidos entre 1815 y 1830, que llegaron a ser adultos, se casaron y tuvieron familias. Lucas, el hijo mayor, nacido en 1817, tuvo diez hijos que vivieron, incluyendo a un hijo, Cesario, nacido en 1852, que no sólo fue nieto de Buenaventura, sino abuelo de Tacho Arce. El padre de Tacho fue Severiano Arce (1883 - 1981), quien se casó con Domitila Villavicencio (1885-1975). Tacho, nacido en 1911, fue el segundo de sus diez hijos.

La riqueza de Buenaventura Arce consistió principalmente en tierras que pudo adquirir, incautar o simplemente reclamar como inútiles. Sus adquisiciones se llevaron a cabo durante la época deprimida en los asuntos de la península central, una época cuando las misiones se estaban desvaneciendo y había poca gente de razón en el área. Dividió sus propiedades entre sus hijos y yernos que vivían principalmente en cómodos ranchos en las inmediaciones de San Ignacio. Estas familias le produjeron más de sesenta nietos a Buenaventura y el pueblo no pudo sostener tal crecimiento por otra generación. El excelente clima de San Ignacio y sus recursos acuíferos aseguraban una dieta razonablemente buena y excelentes condiciones de salud. Todos tenían grandes familias, no sólo Arce. La mayoría de los niños llegaban a ser adultos y San Ignacio pronto se convirtió en exportador de gente. La mayoría de los nietos y bisnietos de Buenaventura tuvieron que vivir lejos del pueblo en sus propiedades dispersas. Ellos y sus parientes políticos poblaron la sierra de San Francisco.

El rancho San Francisco se encuentra en el corazón de la sierra que lleva su nombre. Cuando Buenaventura recibió su título a principios de 1840, el paraje ya había servido de rancho y capilla de visita de la misión de San Ignacio. Un reporte de 1762 indica que en ese momento albergaba a setenta y ocho personas en veinticuatro familias. Junto con el título de propiedad, Arce adquirió un sólido edificio de piedra y la capilla de visita en la cual se había dicho misa durante la época misional. Esta estructura aún está en pie, sólo ligeramente modificada, y sirve de casa y almacén a algunos descendientes de Arce.

Tacho Arce nació en San Francisco y creció en el rancho San Antonio, también en las cumbres de la sierra pero a unos 8 ó 9 kilómetros al sur de San Francisco, sobre el camino principal que conduce a San Ignacio. Para cuando Tacho cumplió los siete estaba ayudando a su hermano Ignacio (Nacho) a pastorear cabras. Pronto se encontraba ayudando a su padre en los viajes de carga mediante los cuales la familia exportaba el queso de cabra y obtenía provisiones de San Ignacio. En un par de años, Tacho había establecido su aptitud en el manejo de animales, dinero, mercancía y varias transacciones que tenían que ver con regateo, intercambio y, en

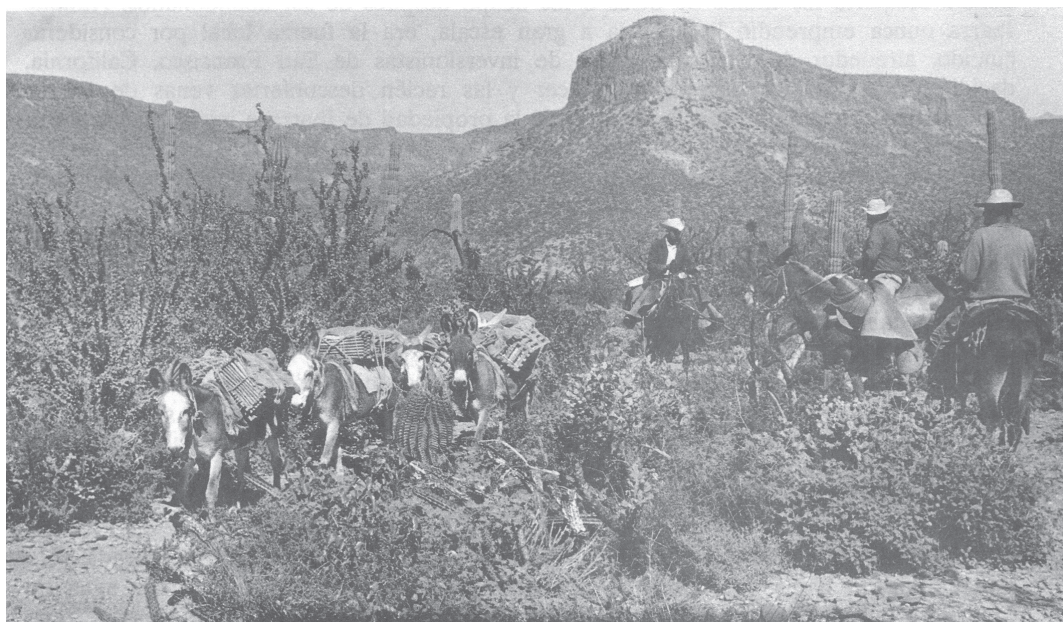
consecuencia, relaciones humanas. Severiano, el padre de Tacho, a los noventa y cinco años de edad, recordaba que, desde niño, Tacho tenía un don especial: Nacho, bromeaba, “era bueno con las chivas, así es que se fue de chivero. Tacho era bueno con la gente, así que se fue de falluquero”. Literalmente, un falluquero es vendedor ambulante de mercancía, pero Severiano estaba utilizando el término de manera jocosa y típicamente serrana. Falluca es una palabra antigua que describe lo que se compra en una tienda o sea, todo lo que tenía que ser transportado a la sierra. Los falluqueros profesionales iban de rancho en rancho, vendiendo lo que traían en las alforjas de sus burros o, actualmente, en camiones al final de las brechas cercanas a las sierras. Pero al joven que va mensualmente por provisiones para cada rancho se le refiere solemnemente como su falluquero. Tacho disfrutó completamente la responsabilidad y libertad de movimiento que le conferían sus viajes de exportación de queso y suministro de provisiones; en breve comenzó a imaginar que esto era la base de una



Tacho Arce frente a las tumbas de sus abuelos cerca del rancho San Antonio.

profesión. Pero Tacho fracasó cuando, a la edad de dieciséis o diecisiete, trató de convertirse, de hecho, en falluquero. Estos mercaderes montados pueden ganar dinero en ambas etapas de su viaje por la sierra. Compran productos, a menudo pedidos especialmente, en el poblado más cercano, y cobran un precio mayor en la sierra. Compran queso, fruta, verduras, artículos de piel o cualquier otro producto de los ranchos en otros ranchos o en los pueblos, logrando una ganancia en cada transacción. Tacho dejó de hacerlo como al año, recuerdan sus vecinos serranos, porque no podía resignarse a cobrar lo suficiente por sus servicios. “No me podía comer a mis parientes”, rezonga Tacho, recordando aquellos tiempos.

Pero por otra parte, Tacho Arce no podía regresar a San Antonio y su vida relativamente sedentaria. Había probado el mundo exterior al igual que la sensación de administrar sus asuntos. A fines de 1930, poco antes



Los falluqueros, comerciantes montados con su manada de burros aparejados llevan mercancía y comestibles a la sierra para intercambiar éstos por queso y otros productos de los ranchos.

de cumplir los veinte años, Tacho se unió a su primo, Leandro Arce, en un viaje a Calmallí, ochenta kilómetros al norte. Durante sus travesías, Tacho había oído relatos de placer del oro que era excavado y separado por gambusinos (mineros) usando herramientas de mano. Él y Leandro se fueron a buscar fortuna.

Calmallí es un antiguo paraje en las estribaciones del sur de la sierra de San Borja, a unos cien kilómetros al norte de San Ignacio en línea recta. Alrededor de 1882, Cayetano Mejía, un gambusino de Mulegé, encontró oro de placer en los arroyos abajo de Calmallí. Él y un ayudante indio cochimí de nombre Antonio Murillo excavaron unos cuantos lugares con éxito hasta que se descubrió su secreto. A la noticia de su descubrimiento, un número creciente de aspirantes a gambusino ocuparon la zona y exploraron las arenas y gravas sobre una superficie de varios kilómetros cuadrados. Los resultados fueron favorables pero una recuperación a gran escala parecía imposible debido a la escasez del agua corriente, el medio acostumbrado de lavar la escoria y concentrar el oro. Desesperados, los gambusinos, pobres pero ingeniosos, fabricaron toscas maquinarias de viento propulsadas a mano en combinación con mesas vibratorias; el viento se llevaba algo de la escoria más ligera del material tratado. Tales prácticas produjeron sólo ganancias marginales y la actividad aumentó y disminuyó con las energías y persistencia de los hombres trabajando. Emiliano Ibarra, un sinoalense con experiencia en muchos otros yacimientos de oro, fue el más persistente. Construyó un verdadero hogar, corrales y una tienda. Adquirió los títulos de otros o los ocupó después de ser abandonados. Aunque Ibarra nunca emprendió la minería a gran escala, era la fuerza local por considerar cuando, alrededor de 1889, un grupo de inversionistas de San Francisco, California, decidió desarrollar los campos de placer y las recién descubiertas venas de cuarzo conteniendo oro. Compraron la mayoría de la propiedad de Ibarra e iniciaron una típica operación norteamericana –aunque todavía se llamaba The Ibarra Gold Mining Company–. Sus mineros perforaron pozos, encontraron volúmenes adecuados de agua, construyeron un camino carretero al puerto de Santo Domingo en el Pacífico, y trajeron máquinas de vapor para propulsar

trituradoras de mineral y otra maquinaria minera. La Ibarra Company construyó algunas excelentes casas para el personal administrativo, unas pequeñas habitaciones para mineros, y otras instalaciones tales como una tienda de abarrotes, talleres y bodegas.

Para 1900 el auge había pasado y las actividades disminuyeron gradualmente. Varios individuos y grupos han practicado la minería en pequeña escala desde entonces. Un norteamericano, Byron Hall, estaba residiendo y trabajando su mina al recibir a Edward Alphonso Goldman y su expedición del Instituto Smithsonian, de 1905, y al aventurero Alfred Walbridge North en 1906.

En Calmallí, Tacho y Leandro encontraron una oportunidad inesperada. Un norteamericano había contratado la construcción de una tubería para traer agua de Calmallí a la nueva comunidad de El arco a unos trece kilómetros al sur sobre terreno nivelado. Leandro Arce pronto perdió interés en trabajar a sueldo, trató de ser gambusino, y desanimado regresó a la sierra de San Francisco. Tacho perseveró y durante casi un año cavó zanjas, colocó tubería y se encargó de los animales de carga del norteamericano. Cuando se terminó el trabajo, Tacho permaneció por varios meses como gambusino usando las prácticas de la década de 1880. Cavó tierra arenosa de las orillas de un arroyo, la esparció sobre una mesa inclinada y separó el oro de la escoria vibrando la mesa bruscamente hasta que el desecho más ligero caía del canto inferior, o soplando sobre el material con un fuelle que tendía a llevarse la tierra y arena. En ambos casos, pizcas de oro finamente dividido permanecían sobre la mesa y tenían que ser cuidadosamente recogidas.

Fidencio Ibarra, un descendiente del que una vez fue dueño de la mina, tenía una tiendita en Calmallí y compraba oro con dinero y provisiones. Nadie, entre el puñado de gambusinos que trabajaban en las excavaciones en 1931, tenía una idea exacta del valor del oro o siquiera los medios para pesarlo. Ibarra pesaba lo que compraba y pagaba lo que tenía que pagar. Tacho pensaba que se le había pagado a medio precio pero añadió con una sonrisa, “Ibarra se ganaba su utilidad teniendo que vivir en Calmallí y teniendo que ver con gentuza como nosotros”. El joven señor Arce pronto se cansó de trabajar en un ambiente tan desagradable. Un día puso todas

sus pertenencias en un burro y partió a casa, una caminata de cuatro días a través de desierto y sierra.

A fines de 1931, el primo mayor de Tacho, Loreto Arce, necesitó ayuda en el desarrollo de su nuevo rancho en San Gregorio. Tacho pasó por San Gregorio al venir de Camallí, pasó la noche platicando con Loreto y decidió aceptar su ofrecimiento de vivir allí y trabajar. Años más tarde, Loreto y su esposa Josefa—quien, a propósito, es hermana de Leandro Arce— recordaban ampliamente los años que Tacho pasó con ellos. Viendo la prodigiosa labor que se requirió en la construcción de las huertas, sería cosa fácil asumir que Tacho ocupó su tiempo moviendo tierra y piedras. Sorprendentemente, él dijo que no: “Yo recogía mezcales, nada más”. Insistiendo por más detalles, Tacho reveló un aspecto completamente nuevo de los logros de Loreto.

Cuando Loreto fue a San Gregorio, no tenía ganado, ni cabras y aún después de que había construido y sembrado varias parcelas de terreno protegido, no tenía perspectivas de cosecha por varios años. Para mantener a su familia y financiar su obra, Loreto se convirtió en mezcalero. Esta actividad estaba prohibida y sigue siéndolo en el país, salvo bajo licencia e inspección gubernamental, pero también era un quehacer tan antiguo como los mismos ranchos de la sierra. A fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, el licor se elaboraba como artículo de intercambio para satisfacer la demanda local; el importado era caro y el dinero escaso. Después, como en tantos otros lugares montañosos y remotos del mundo, el licor destilado ilegalmente floreció en Baja California a raíz de que a los licores se les aplicó un fuerte impuesto, y en las sierras podía ser escondido de los recaudadores fiscales y oficiales del gobierno. Loreto Arce, hombre cauteloso, estaba dispuesto a arriesgar, que este lugar particularmente remoto evitaría ser descubierto. Aún así, su beneficio—nombre que se da al proceso de elaborar mezcal— estaba escondido en un rincón cercano a su manantial.

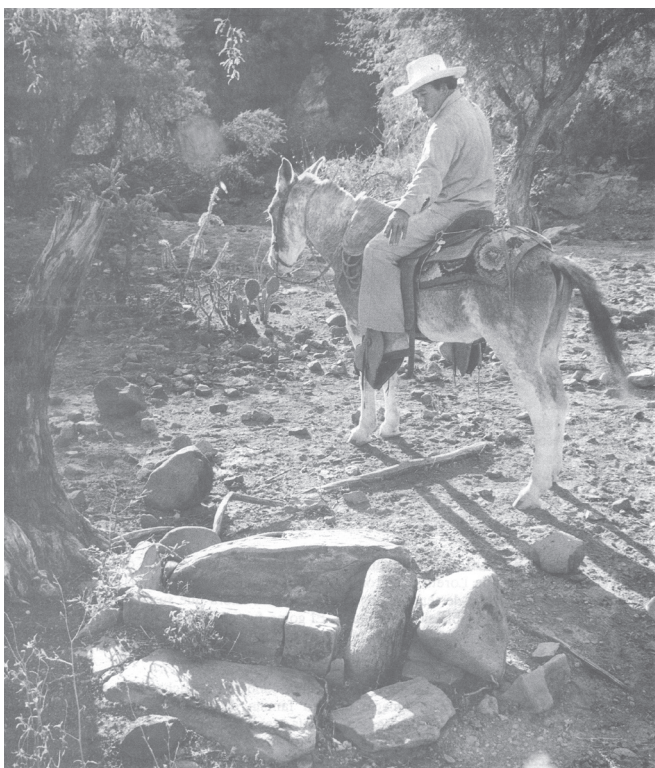
El proceso que Loreto y Tacho estaban a punto de emplear tiene una historia de cuatro siglos en México y por lo menos dos siglos en Baja California. Tuvo su comienzo, como tantas otras tradiciones mexicanas, como un enlace de antiguas prácticas indígenas y de los conquistadores

españoles. Los aztecas, entre otros en el México precolombino, preparaban una especie de cerveza llamada pulque, mediante la fermentación de los corazones del agave nativo. Los españoles sencillamente aplicaron su habilidad y tecnología al destilar el pulque y producir mezcal. El clásico licor mexicano, tequila, es de hecho una forma particular de mezcal elaborado en Tequila, un distrito del estado de Jalisco. Hay evidencia de la temprana producción de esta bebida alcohólica en la península en el decreto del gobernador Joaquín de Arrillaga de 1794 que disponía que todos los productos de Baja California podían ser importados libremente a Alta California, “exceptuando mezcal y otros licores”. En San Gregorio, la primera tarea de los fabricantes de licor ilegal era la cosecha de agaves. Tacho fue contratado para llevar una manada de burros a las mesas al norte y oeste donde podía recolectar un pequeño agave que crece apiñado en dos, tres o hasta una docena de plantas. Tacho cortaba las raíces y hojas con su filoso cuchillo de 40 centímetros de largo y cargaba cada burro con hasta quinientos corazones de mezcal. En el beneficio, Loreto preparaba un foso de más de un metro de profundidad y lo suficientemente grande para acomodar la carga de cuatro a cinco burros de corazones de mezcal. La fosa se revestía con grandes piedras y dentro se prendía una hoguera de leña dura. Cuando el fuego estaba vigorosamente establecido, el horno era sofocado parcialmente hasta arder en rescoldo, calentando las piedras y tierra circundantes al rojo vivo.

Cuando el mezcalero sabía que la leña se había consumido, se abría el horno, se llenaba de mezcales y se tapaba con una plancha de metal y luego se sellaba con lodo para que no escapara el vapor o el calor. Allí, los agaves se asaban durante cuatro días antes de ser removidos, machacados, puestos en un barril y cubiertos con agua. Al cabo de cuatro o cinco días, un fermento, causado por una levadura que ocurre naturalmente, corría su curso; el mezcalero sólo tenía que revolver su mezcla diariamente. Luego, todo el contenido del barril era transferido a un alambique primitivo —un recipiente de cobre de doscientos litros que podía ser herméticamente sellado— y destilado de manera similar a la que se emplea para convertir la mayoría de las fermentaciones en licores fuertes.

Loreto Arce, con la ayuda de Tacho, podía producir unos ochenta litros de mezcal al mes en la época de calor, cuando prefería hacer esta labor. Entonces no sólo era más eficiente el horno y la fermentación más dulce y rápida, sino que los hombres podían ser empleados en labores menos arduas, en vez de acarrear tierra y piedras durante una época de temperatura entre los 38 y 49°C durante el día.

Las ventas del licor de contrabando representaban mayor peligro que su elaboración, especialmente para Tacho, quien era el que lo distribuía.



Narciso Villavicencio, cuyos antepasados incluyen pioneros y, más tarde, fabricantes de mezcal, indica las ruinas de un horno subterráneo que se utilizó en la tatema de corazones del agave, una etapa del proceso de elaboración clandestina de mezcal.

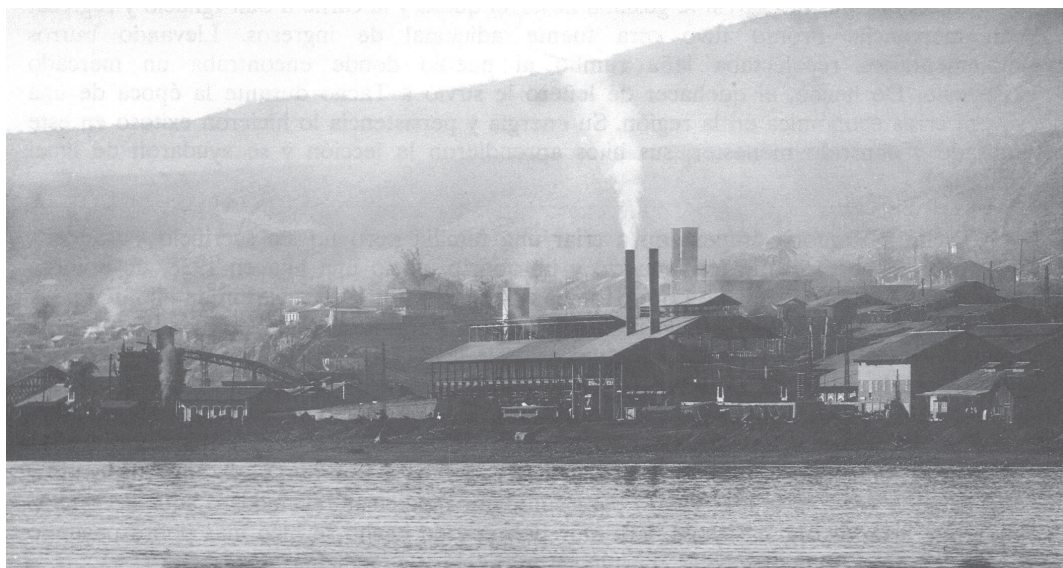
Los consumidores finales de la mayor parte del mezcal serrano eran los mineros empleados por la compañía minera El Boleo en Santa Rosalía. Pero El Boleo, característico de una empresa grande y aislada, tenía una gran tienda de raya donde se vendía licor legítimamente embotellado con un alto margen de utilidad, y había “comprado” a todos los representantes del gobierno en el área. Santa Rosalía no sólo representaba un peligro para los mezcaleros sino también algunos mineros, un grupo notoriamente rudo, que llegaron a saber quién traía licor al pueblo y quién se iba con dinero. Asaltos y violencia sucedían de vez en cuando en las mesas y cañadas arriba del pueblo minero. Para cuando Tacho estaba distribuyendo mezcal, los contrabandistas estaban encontrando a sus surtidores en lugares remotos donde transacciones y transbordos podían llevarse a cabo con mayor sigilo.



Una funda de condensación para el destilado del mezcal. Los que elaboraron esta bebida mandaron construir todo su equipo de fermentación y destilación de vistosas y pesadas planchas de cobre.

El producto del beneficio de Loreto se acostumbraba llevar a Cerro Verde, un rancho y estación de paso en los cañones al noroeste de Santa Rosalía. Aquí se representaba una complicada farsa. Tacho escondía sus garrafrones o barricas de licor en las fueras del rancho y llegaba con uno o dos burros cargados con queso, leña o cualquier otro producto serrano a la mano. Los compradores llegaban a Santa Rosalía con una modesta carga de falluca —quizá un altero de sombreros, unas camisas y así—. Cada grupo verificaba con alguien de confianza que no hubiese algún observador indigno de confianza en los alrededores y luego ambos grupos partían para hacer su negocio.

Tacho nunca fue sorprendido por hombres del gobierno o El Boleo, pero sí pasó unos ratos difíciles. En una ocasión tuvo que esperar dos días para finalizar su tarea, fingiendo una visita con amistades, mientras sus nerviosos compradores vigilaban a un capataz de la compañía sin ningún



El pueblo minero de Santa Rosalía, en su apogeo (1900-1940) consumió la mayor parte del mezcal de contrabando proveniente de las cercanas sierras de San Francisco y Guadalupe.

negocio aparente en el campamento. En otra ocasión, Tacho fue encontrado por un primo en el camino a Cerro Verde, quien lo había esperado dos días porque la policía vigilaba el campamento.

Al final de cuentas, el gobierno clausuró el beneficio de Loreto. Paulatinamente la ubicación de beneficios activos se obtuvo de informantes. Finalmente fueron enviados soldados a San Gregorio, aprehendieron al mezcalero y destruyeron su alambique. Fue llevado a Santa Rosalía y encarcelado durante un mes antes de que el juez lo multara con dos mil pesos y lo hiciera prometer que no violaría la ley de nuevo. Loreto accedió y cumplió con su palabra. Más aún, Tacho recordó que fue filosófico respecto a su promesa. El beneficio había mantenido a su familia durante cinco o seis años, le permitió construir, sembrar y lograr la producción de su hermosa huerta. “¡Qué será, será!”

El beneficio de Loreto fue clausurado en 1936, y con ello el empleo de Tacho en San Gregorio. Los hijos de Loreto pudieron ayudar más y más conforme crecían y Loreto no podía permitirse el lujo de tener trabajadores a sueldo ahora que su cosecha productora de dinero en efectivo había sido suprimida. El golpe fue especialmente duro para Tacho puesto que acababa de casarse. Ahora tenía que encontrar una nueva base para mantener a la familia que esperaban.

La novia era Ramona Agúndez, quien había conocido a Tacho hacía poco tiempo pero que era nacida en San Ignacio de una familia de largo abolengo en el área. Napoleón Agúndez, el padre de Ramona, había trabajado durante muchos años como mayoral en ranchos de El Boleo, unos cincuenta de los cuales fueron establecidos para suministrar carne, queso y verduras a los mineros y sus familias, y también para su exportación a buques cargueros de mineral y mercaderes costeros esperando en el mar Bermejo. En aquel entonces, Agúndez era el mayoral de San Carlos, próximo a la costa del golfo y al este de la sierra de San Francisco. Tacho y Ramona se conocieron en la fiesta del santo patrón de San Francisco, un festejo local que probablemente data desde los orígenes misionales del rancho. Estas tertulias montañosas atraían a muchos de los habitantes de la zona, y aunadas a la celebración de bodas resultaban las mayores reunio-

nes sociales del año. Los visitantes se congregaban en un rancho serrano trayendo comida, bebida, instrumentos musicales, regalos y decoraciones. Las comidas se volvían comunales, compartidas por invitados y rancheiros, y los diversos corredores de las casas se convertían en dormitorios durante los varios días de fiesta. Los días se dedicaban a juegos de pelota y naipes, y sobre todo a la conversación; las noches se dedicaban a cantar, bailar y beber.

Ramona Agúndez y su familia habían subido de San Carlos para participar. Era su primera visita, y cumplía uno de los propósitos entendidos pero no dichos —el proporcionar la oportunidad a las señoritas de ranchos aislados de ser presentadas en sociedad—. Este encuentro resultó en matrimonio dos meses después; una ceremonia civil en Santa Rosalía, puesto que Tacho no tenía los medios para pagar a un cura o a un juez para que viniesen a San Francisco. Una sencilla fiesta se llevó a cabo en San Antonio cuando regresaron la pareja y sus respectivos padres.

El hermano mayor de Tacho, Ignacio, se había casado uno o dos años antes y había empezado un pequeño rancho de cabras en Las Calabazas, a unos seis kilómetros al Oeste de San Antonio y a la misma altitud de 1 300 metros. Tacho y Ramona se mudaron a Las Calabazas y construyeron una ramada, la casa de troncos y ramas con techo de palma, lo que inicia casi todos los nuevos asentamientos. Tacho tenía poca paciencia para el pastoreo y ordeña de cabras; había dejado estos quehaceres en el rancho de su padre diez años antes con gusto. Pero sí le gustaba llevar el queso y la carne a San Ignacio y regresar con mercancía. Pronto tuvo otra fuente adicional de ingresos. Llevando burros suplementarios recolectaba leña rumbo al pueblo donde encontraba un mercado dispuesto. De hecho, el quehacer de leñero le sirvió a Tacho durante la época de una severa crisis económica en la región. Su energía y persistencia lo hicieron exitoso en este cansado y aburrido menester; sus hijos aprendieron la lección y se ayudaron de igual manera.

Tacho y Ramona empezaron a criar una familia pero no sin sacrificio y tragedia. Después del parto de un feto muerto y un aborto, nació una hija en 1938, de nombre Loreta en honor a su padrino Loreto, de San Gregorio. En 1940 tuvieron un hijo, Felipe, y después vino una serie de

angustias adicionales. Perdieron a seis hijos antes de que Candelario y Ramón nacieran saludables en 1946 y 1947. No existen servicios médicos en la sierra y la gente difícilmente puede ir a los pueblos y aguardar atención médica. Afortunadamente los problemas que afligieron a Tacho y Ramona eran relativamente escasos. La mayoría de las parejas en la sierra tenían de ocho a diez hijos y criaban a todos salvo uno o dos. Tacho hizo lo que pudo, llevaba a Ramona y sus hijos al pueblo y viajaba cada vez que era necesario para conseguir medicinas recetadas o aquellas que se creía que eran de alguna ayuda. Era muy pobre, y de hecho se hizo más pobre pagando por las tristemente inadecuadas consultas, tratamientos y medicinas.

Finalmente recurrió a la única fuente de ingresos no aprovechada que conocía. Llevó sus burros a las mesas cercanas a las laderas del sur del cerro de La Laguna, la cumbre más elevada de la sierra de San Francisco, de dos mil metros de altura, y recolectó mezcales. Él y sus hermanos construyeron su propio beneficio y emprendieron la riesgosa empresa de elaborar licor de contrabando. Nunca fueron aprehendidos. Tacho era demasiado cauteloso para acercarse a Santa Rosalía, El Boleo o los soldados. Llevaba su mezcal a San Ignacio o San Lino, el barrio de tabernas y cantinas al otro lado del río. Casi todo era adquirido por Remigio Camacho, descendiente de uno de los secuaces indios del tatarabuelo de Tacho, Buenaventura Arce. Cuando pasaron las crisis médicas, el beneficio fue abandonado; ninguno de los hermanos tenía estómago para el peligro.

Para 1950, el padre de Tacho tenía problemas en San Antonio. El viejo rancho simplemente no podía mantener el número de cabras que Severiano y sus hermanos Francisco y Carmen intentaban tener. Casi el mismo problema existía en Las Calabazas donde a Nacho y Tacho se les había unido su hermano menor, Loreto. Se decidió que Tacho y Ramona se irían con los padres de éste a ocupar un rancho abandonado de El Boleo conocido como El Prospecto, en las llanuras al este de la sierra. La compañía había mantenido ganado con éxito en el área y Tacho había soñado con reunir su propio hato. Se construyó una casa, se compraron unas cabezas de ganado y otras fueron trasladadas de sus ranchos por partes. Toda la familia trabajó arduamente en El Prospecto pero la empresa



Germán Arce fabrica calzado mientras recuerda, con Tacho, la época cuando el padre de Germán, Loreto, le dio empleo a Tacho en San Gregorio.

fracasó debido a una sequía. En 1953, después de tres años de esfuerzos, Tacho era más pobre que nunca y se encontraba sin perspectivas viables. Buscando la manera de alimentar a su familia, Tacho, en la desesperación, tomó empleo administrando un rancho en San Carlos Viejo, irónicamente una vez propiedad de Buenaventura Arce, y para entonces en manos de otro de sus descendientes, Salvador (Chavalo) Arce, primo lejano de Tacho y hermano mayor de Leandro. Los cuatro años en San Carlos fueron peores —el punto más bajo en la vida de Tacho—. Chavalo Arce resultó ser un patrón despreciable y mezquino. El sueldo que pagaba a Tacho y Ramona era insuficiente e intermitente. Les daba parte de la cosecha de la huerta de mala gana y a veces la familia entera pasaba hambre. Loreto recordaba como fue en esa época: “¡Teníamos miedo de enviar cosas de piel por San Carlos; Tacho se las hubiera comido!” (dicho sólo medio en broma). Ramona se refería a aquellos años como “tristes y amargos”, con un destello de coraje infrecuente en ella. Tacho trabajó asiduamente en las labores del rancho; cortó dátiles, los puso a secar y cuidó una pequeña manada de ganado, pero llegó a odiarlo todo. El único aspecto brillante de su vida, además de su familia, fue su amistad con Amado Villavicencio y Manuel Moreno, y los viajes de cacería a las cercanas sierras de La Reforma y Las Vírgenes donde podía cobrar venado y borrego cimarrón. Tacho no era del mismo molde que Loreto. No tenía la paciencia del agricultor o su deseo de permanecer en casa. La carne y las pieles resultantes de su éxito en la caza le ayudaron a mantener a su familia, y la persecución de sus presas lo alejaba de las responsabilidades del rancho. Al poco tiempo llegó a conocer su presa y las montañas mejor que nadie, y su renombre como cazador se extendió por la zona, en la sierra al igual que en las poblaciones.

Cuando Amado Villavicencio murió y Manuel Moreno se fue del lugar, Tacho decidió abandonar el empleo de Chavalo Arce. Cazadores del territorio continental mexicano y los Estados Unidos estaban llegando al área en busca de guías. Cuando Manuel Moreno se mudó al rancho Las Vírgenes, sobre el camino carretero entre Santa Rosalía y San Ignacio, pidió a Tacho que viniera a ayudarlo. Ahí Tacho trabajó más como vaquero que como agricultor. El negocio de Las Vírgenes era el queso que

se vendía a los mineros de manganeso al norte de la antigua zona de El Boleo. El ganado tenía que ser reunido constantemente y traído para su ordeña. Manadas enteras tenían que ser trasladadas de un pastizal a otro. Tacho se encontraba más contento con el trabajo y el sueldo, y su amigo Manuel Moreno estaba favorablemente dispuesto cuando los cazadores procuraban a Tacho como guía. Al proporcionar un suplente para cumplir con sus obligaciones, Tacho estaba libre para atender su propio negocio.

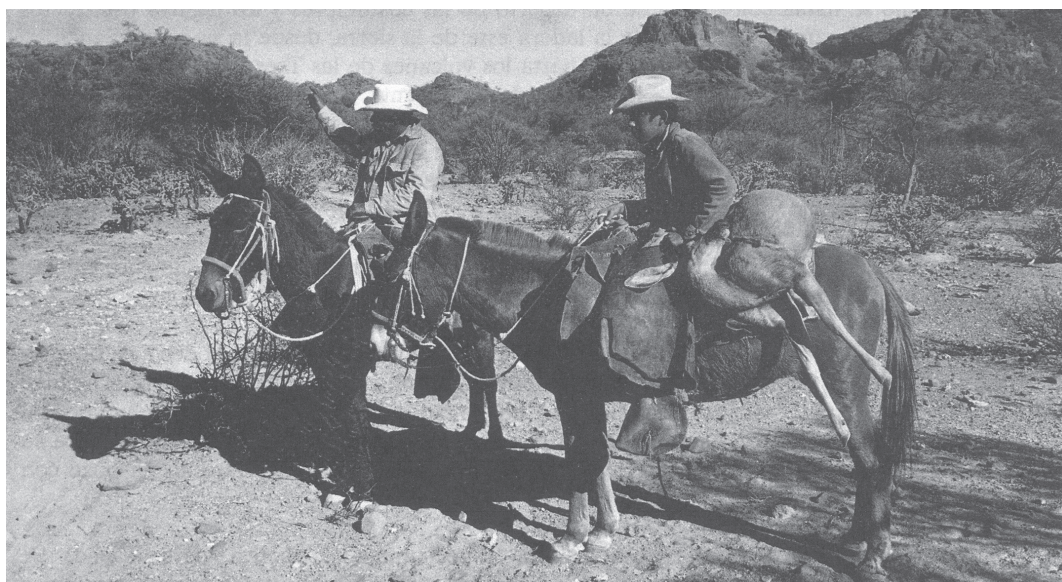
La presa de caza para un rancho en la porción central de las sierras de Baja California es el venado. Este animal proporciona carne y gamuza en cantidades importantes. La perspectiva de encontrarse un venado impulsa casi a todo hombre y muchacho a viajar armado de un rifle. Pero los cazadores visitantes rara vez acechan al venado; la presa que les atrae desde varios continentes es el escaso borrego cimarrón. La cabeza o cornamenta de este animal se encuentra entre los trofeos más codiciados obtenibles en las Américas. En un tiempo, el borrego cimarrón se extendía ampliamente por el Oeste norteamericano y el Noroeste mexicano,



Las mulas son amansadas generalmente por hombres de reconocida experiencia, mismos que son muy solicitados en todas las sierras.

pero han sido cazados hasta reducir sus números a unos cuantos miles de ejemplares, la mayoría de los cuales habitan áreas donde son protegidos por leyes vigorosamente aplicadas.

Tacho se había convertido en un experto de las costumbres y los lugares predilectos del borrego cimarrón a lo largo de la ladera este de la sierra, desde la sierra de San Juan cerca del paralelo 28° de latitud norte hasta los volcanes de las Tres Vírgenes. Durante la década de los cuarenta y hasta la década de los sesenta, el área era lo suficientemente remota y las leyes de caza eran escasamente aplicadas. Los cazadores llegaban sin permiso para cazar el borregó cimarrón y cobraban su presa. Enviaban a otros cazadores al área y Tacho pronto se convirtió en guía predilecto. Se encargaba de conseguir animales de montar y de carga, contratar un ayudante y llevar a sus clientes a parajes convenientemente cercanos a lugares de caza. Cada viaje requería de una semana a diez días y, a pesar de que Tacho cobraba lo que hoy parece ser un precio sumamente bajo, el sueldo de guía era elevado comparado con el de vaquero.

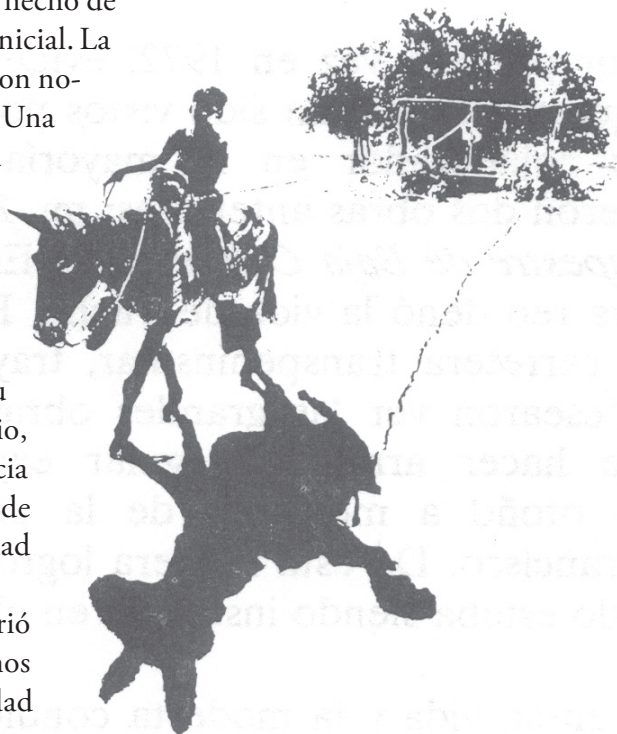


Todo hombre o muchacho sale armado para la caza. La presa más común es el venado, un manjar delicioso y fuente de valiosa gamuza.

Para 1961, Tacho se sintió capaz de ser independiente una vez más después de años de servidumbre. De hecho, el cambio que estaba a punto de hacer ofrecía la oportunidad de independencia pero difícilmente la de prosperidad. La Esperanza, un rancho abandonado de El Boleo, se encontraba disponible pero requería mucho trabajo para su uso. Las únicas ventajas eran un depósito de agua, un corral y el galardón: un pozo con agua permanente.

La ubicación de La Esperanza era especialmente atractiva para Tacho. Se encontraba en la intersección de varios caminos y veredas; el camino de este a oeste entre San Ignacio y Santa Rosalía pasaba a diecisiete metros del corral; una vereda principal conducía al noroeste hacia la sierra de San Francisco y al sureste hacia San Regis y otros ranchos. Tacho era un hombre gregario, y su vida estaba destinada a viajar de y hacia la sierra. En La Esperanza, la mayoría de los viajeros serían sus parientes, o por lo menos sus amigos, y el comercio del área pasaría frente a su puerta. El rancho La Esperanza era una ganga sólo por el hecho de que fue adquirido sin ningún costo inicial. La zona es de arena y rocas; las lluvias son notoriamente intermitentes e inciertas. Una desventaja mayor era la prodigiosa profundidad del pozo, cien metros y parcialmente derrumbado, para colmo. Limpiarlo tomó a Tacho y a un ayudante nueve meses de trabajo agotador, pero tomó filosóficamente el esfuerzo y costo invertidos en su pozo. Si el pozo hubiese estado limpio, razonó, alguien con mayor influencia hubiera reclamado el rancho antes de que él hubiera tenido oportunidad de hacerlo.

Pero si limpiar el pozo requirió de un esfuerzo heroico, por lo menos la labor tenía final. La profundidad



del pozo, sin embargo, permaneció como un peso aplastante para toda la gente de La Esperanza. Durante la época de El Boleo había existido un molino de viento, pero había sido removido y Tacho no tenía los medios para volverlo a poner. Tampoco tenía recursos para comprar una bomba; el agua tenía que ser extraída usando una mula o un burro para tirar de una cuerda atada a una cubeta. La cubeta, de unos treinta y cinco litros de capacidad, era bajada a mano y volcada con un diestro jalón de la cuerda, y luego la bestia, por regla general montada por un niño, caminaba a lo largo de una vereda hasta que la cubeta llegaba al travesaño sobre la que corría la cuerda. Un hombre tenía que esperar en el pozo, levantar la cubeta y verterla en un pequeño depósito con una capacidad para más de siete mil quinientos litros. Mediante esta laboriosa rutina se obtenía toda el agua de La Esperanza –agua que no sólo tenía que mantener a seis u ocho personas, sino también el ganado que se pretendía criar—. El problema no terminaba con esta ardua labor; la cuerda de cien metros se desgastaba en un tiempo angustiosamente corto y cada repuesto era caro.

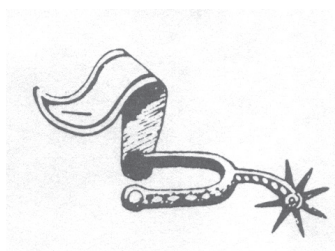
Afortunadamente, para cuando Tacho llegó al rancho La Esperanza tenía la ayuda de su familia inmediata. Su hijo mayor, Felipe, acababa de cumplir los veinte años y para entonces era hábil en la mayoría de las actividades de un rancho. Los dos hijos menores también podían ayudar; Ramón se había vuelto invaluable a la edad de dieciséis, demostrando muchos de los talentos de su padre en el manejo de animales, la cacería y el trabajo arduo. Su ayuda le permitió a Tacho ausentarse durante largos períodos en las épocas de caza. Sus honorarios de guía, en efectivo, eran de importancia vital para las finanzas de la familia. Asimismo, con más ayuda, la recolección de leña se convirtió en un negocio con mayor regularidad. Frank Fischer, un viejo amigo de Tacho y mecánico alemán exiliado con residencia en San Ignacio durante cincuenta años, tenía un camión y venía regularmente a La Esperanza a comprar cargas de leña que los Arce recolectaban y amarraban.

A pesar de su larga residencia, Frank Fischer retuvo la curiosidad del extranjero culto acerca de la región. Buscó las fuentes de los materiales de construcción utilizados por los jesuitas y dominicos, recolectó artefactos

indígenas. Fischer también se interesó en localizar pintura rupestre y empleó a Tacho en sus búsquedas. El pequeño alemán era el único que ejercía la mecánica automotriz en una vasta zona y hablaba inglés fluidamente. En aquel entonces, antes de haber caminos pavimentados, no es sorprendente que haya conocido a casi todos los turistas que pasaron por San Ignacio. Fischer describió inmensas y bien definidas pinturas rupestres a los turistas y, antes de que pasara mucho tiempo, él y Tacho se encontraron dirigiendo visitas a sitios pintados en el cercano arroyo del Parral. Esto fue antes de que otros llevaran a Erle Stanley Gardner al arte rupestre de la sierra de San Francisco en 1962. El viejo novelista dio enseguida gran publicidad a las pinturas pero se mantuvo muy callado respecto a su ubicación. No intentó exploraciones subsecuentes y pasaron varios años sin que se adicionara mayor información a la dada por Gardner y los miembros de su comitiva.

Cuando hablé con Tacho por primera vez en 1972, evidentemente que conocía un gran número de sitios pintados que nunca habían sido vistos por gente de fuera. Durante los siguientes años, Tacho fue colaborador en la mayoría de las exploraciones y recopilación de datos que produjeron dos obras anteriores: mi *The Cave Paintings of Baja California* (1975) y *La Pintura rupestre de Baja California* de Enrique Hambleton (1979). La publicación de la anterior obra reordenó la vida de Tacho. Poco antes de la aparición del libro se había terminado la carretera transpeninsular, trayendo una ola de nuevos turistas, muchos de los cuales desearon ver las grandes obras de arte antiguo. Tacho pronto tuvo la oportunidad de hacer arreglos y guiar expediciones de visita casi continuamente de mediados de otoño a mediados de la primavera, los meses más agradables en la sierra de San Francisco. De esta manera logró un poco de prosperidad; en 1980, un molino de viento usado estaba siendo instalado en el pozo de La Esperanza.

A pesar de los días difíciles en su vida y la modesta condición de sus bienes, Tacho aún era un hombre rebosante, jovial y adaptable en extremo. Se levantaba con un guiño y una sonrisa. Nunca



desperdiciaba la oportunidad, como todo hombre de la sierra, de ejercer su afición por burlarse de todo y de todos, hacer juego de palabras y relatar cuentos, especialmente relatar cuentos. Su don para este arte, libremente compartido, había logrado mucho en perpetuar los antiguos valores serranos, en crear una identidad para la gente de la sierra, y lograr, aunque de manera inconsciente, que se sintieran orgullosos de sus orígenes. Y, con todo esto, van muchos recuerdos indelebles del hombre; nada grandioso, simplemente detalles humanos... un anochecer en un rancho de las montañas, con Tacho sentado en la cocina a la luz de las velas, rodeado de una familia que no lo ha visto durante meses, los adultos sentados a su alrededor, los jóvenes tras ellos, con caras radiantes, absortos, pendientes de cada palabra del tío Tacho...

Y ha resultado así que muchos norteamericanos llegaron a conocer a Tacho Arce, y que, a pesar de sus modestos medios, este tataranieta de Buenaventura Arce haya superado a su antepasado en el número de personas que atendió y despidió endeudados con él. Las montañas y todo lo que contienen no han creado memorias más vivas que las del hombre que abrió sus puertas.

Mucho del ingenio espontáneo de Tacho depende del juego de palabras, y el humor que contienen ofrece un discernimiento de la cultura serrana. A menudo Tacho tenía reminiscencias de los viejos tiempos antes de que la vida de la media península sufriera trastornos causados por la carretera transpeninsular y la afluencia de gente e ideas nuevas. En aquellos lánguidos tiempos había un lugar para todos en el antiguo esquema de la vida. Los ancianos, hasta los andariegos y marginados sin familia o vínculos, podían encontrar un rincón para dormir en una cocina donde se les proporcionaba alimento. Esto sigue siendo cosa común en los ranchos hoy en día. Pero Tacho recuerda una escena de su juventud en San Ignacio:

Un viejito, chiquito y flaco, un desconocido para todos nosotros, se encontraba a diario en la plaza sonriéndole a todos y platicando con los que acostumbraban descansar en la sombra. Por las mañanas y tardes andaba con el sombrero en la mano y se le daba un plato de sopa por aquí y un lugar donde dormir por allá. Guardaba lo poco que tenía en una vieja maleta que le había servido por más de cuarenta años. Un día se apareció con una



Eustacio (Tacho) Arce a los setenta años de edad, hombre serrano y descendiente de los antiguos californios.

camisa tan vieja que le revoloteaba como listones. Una de sus amistades en la plaza se le quedó viendo tanto a la camisa que el viejito se miró y dijo sonriente: —Pues sí, es todo lo que tengo, ésta y la vieja.

Aún existe una desavenencia entre los curas de los pueblos y los ranchos de las sierras. Las causas no son tan serias como lo fueron la tierra o el agua, y sus expresiones son más de humor irónico que de retórica amarga. Los padres, en este siglo, por lo general han sido italianos y, por tanto, ajenos a la cultura básica de la zona y su gente remota. Lo suficientemente ocupados con los parroquianos bajo sus narices, puede entenderse su falta de entusiasmo por viajar durante días empinadas cuestas y veredas para visitar a los montañeses. Sin embargo, ha habido ocasiones, bodas, fiestas o muertes inminentes en que los sacerdotes han ido a las sierras. La siguiente historia es antigua y popular. La gente de los ranchos que ha escuchado a Tacho relatarla muchas veces antes, lo alientan a repetirla y aguardan con entusiasmo el efecto que tendrá en quien no la ha escuchado:

Una vez, un cura tuvo que ir a la sierra y, después de dos días, llegó a El Rosario cansado de la silla de montar y medio amolado. Cuando entró a la cocina sólo encontró una sopa aguada y frijoles, así que sugirió que se guisara uno de los pollos que andaban picoteando. Así se hizo, y comió con gusto, quedándose ahí a pasar la noche. Cuando se alistaba para partir a la mañana siguiente, después de desayunar, la señora de la casa se le acercó y con franqueza le pidió que pagara el pollo que se había comido. Como no era una de sus parroquianas, el cura no vio salida. Con poca gracia preguntó cuánto le debía. “Treinta pesos”, le contestó. El cura se sorprendió con el precio tan comercial. “¿Los pollos no han de abundar por aquí?”, preguntó. “No”, le contestó, “lo que no abundan por aquí son los curas”.

Una de las expediciones de Tacho estaba lista para tomar camino por primera vez cuando se descubrió que uno de los hombres no tenía espuelas. Tacho inmediatamente se quitó una de las suyas como sustituto temporal. El que la recibió se mostró incierto y se disculpó con el guía por las molestias. “No se preocupe”, dijo Tacho; “una espuela tiene el mismo efecto, y el otro lado de la mula no tiene más remedio que seguir.”

El mismo hombre tuvo ocasión más tarde de disculparse con Tacho porque no podía lograr que su mula bajara las empinadas cuestas a la misma velocidad que los demás. “No se sienta mal”, le aconsejó Tacho, “los jinetes más malos casi siempre son los que bajan más rápido.”

Durante un viaje a Santa Teresa, la pastura estuvo escasa durante tres días y noches. Las mulas y los burros cobraron un aspecto tan triste que le dijeron a Tacho que era una lástima cargarlos y montarlos. “No”, respondió, “son muy capaces de continuar; además es mejor contar sus costillas que nuestros pasos.”

Poco antes de una larga expedición, los clientes de Tacho estaban a punto de hacer un rápido viaje en automóvil del rancho La Esperanza a Santa Rosalía por algunas cosas de último momento. Le preguntaron a Tacho si se le ofrecía algo del pueblo.

“Otra vieja, nada más”, les contestó (y al alcance del oído de doña Ramona, naturalmente).

Si Tacho estornudaba y nadie decía “¡Salud!”, esperaba un momento, y luego decía a nadie en particular, “¡Gracias!” en voz alegre y resonante.

Habiendo regresado de un viaje de dos semanas donde trabajó como ayudante de Tacho, el joven Chuy Ojeda tenía llagas en las muñecas causadas por quemaduras de soga. Alguien en La Esperanza comentó acerca de ellas con una pregunta sobre la causa. Antes de que Chuy pudiera responder, Tacho interrumpió: “Lo tuvimos que manear por las noches para que no se fuera”.

Una vez, un viaje con duración proyectada de un mes se encontraba parado en Santa Marta por falta de un par de burros. Un excéntrico anciano de apellido Mata, vivía allí en aquel entonces y tenía un burro ordinario. Después de que varias horas de negociar no habían logrado producir los animales de carga necesarios, Tacho fue a preguntarle a Mata si quería vender su burro. “Sí claro”, dijo el despreocupado hombrecito. “¿Cuánto quiere por su burro?”, dijo Tacho en tono meditativo. “¡Trescientos pesos!”, exclamó Mata. “Madre de Dios, debe tener radio y llanta de refacción”.

Epílogo

Durante dos siglos después de la colonización hispana, la península de California llamó notablemente poco la atención, y en la época moderna cuando finalmente penetró en la conciencia del público, fue la tierra, y no la gente, la que llamó dicha atención –quizá debido a que esta gente no era indígena, y a que los primeros antropólogos le dieron poca importancia, sin notar las características notables de su sociedad–. Entonces, antes de que se intentara el estudio de esta cultura regional, mucho de ella se diluyó o modificó. En el norte fue arrollada por la influencia de enormes números de mexicanos del interior de la república, gente con culturas y fundamentos étnicos muy diferentes. Más al sur, en la mayoría de los pueblos y aldeas, las costumbres peninsulares fueron hechas a un lado por extranjeros o nacionales del resto del país que llegaron a dominar los negocios y la vida social. Este autor se ha concentrado en aquellas zonas montañosas donde la cultura local ha sido menos afectada –a pesar de que aun allí se encuentra en un acelerado proceso de transformación.

El modo de vida hispánica en la península, como su gente, tuvo su origen en las fronteras de la Nueva España, donde ya había sido sometido a dos siglos de transformación del modelo original español. En Baja California fue configurado adicionalmente por el aislamiento, escasas materias primas y restricciones impuestas por la iglesia y el gobierno. Debido a varias peculiaridades históricas, estas condiciones perduraron lo suficiente para impartir a la gente de Baja California una distintiva

estampa cultural, aunque quizá no lo suficientemente distintiva para que su inminente desaparición fuera lamentada por los antropólogos. Esta subcultura carecía de algunas de las características comunes a muchas otras. Las artes decorativas, por ejemplo, parecen haber sido siempre ignoradas, con la excepción de algunas pálidas imitaciones de estilos del resto de la república. Las casas tradicionalmente carecieron de ornamentación arquitectónica o decoraciones pintadas, la ropa era sencilla y los artículos de piel se dejaban lisos o eran labrados indiferentemente con diseños derivados. La música y el baile parecían ser imitaciones de los que habían traído marineros e inmigrantes y carecían de sabor regional. La literatura escrita era inexistente, puesto que el propio alfabetismo siempre había sido del tipo más básico. La historia oral no produjo epopeyas ni elevó su temática al grado de leyendas. Hasta las supersticiones eran escasas y carentes de colorido o una profunda convicción.

Podría concluirse, viendo la lista de logros materiales y rasgos culturales aparentes, que la cultura de la península bajacaliforniana era monótona y que se desenvolvía entre gente insípida. Pero un cuerpo de evidencia menos tangible y más subjetivo argumenta lo contrario. Varios extranjeros que visitaron la península hace siglo y medio encontraron mucho qué admirar en la gente de Baja California; una corriente reiterativa de halagadoras comparaciones con los otros mexicanos. En esos reportes, también, fue notada una cierta independencia en el modo de pensar, y aún sigue siendo así. Mientras que la historia no registra que la región produjo dirigentes, sí demuestra que, por ciento cincuenta años, esta gente ha evitado ser dirigida. En efecto, han demostrado una admirable falta de ambición por dominarse de cualquier manera entre sí. Si su sociedad ha carecido de una estructura de poder, también ha evitado algunas de las tragedias sociales más comunes: no ha habido enemistades inveteradas ni linchamientos. Vecino no se vuelve contra vecino, y los extraños son objeto de curiosidad y no de temor o sospecha. En la década de 1890, Gustavo Bisen, quien realizara varios largos viajes por la península a lugares remotos, escribió: “Respecto a la gente, puede decirse que son amigables y hospitalarios... No existe el menor peligro para nadie y hasta el viajero menos experimentado no tiene que temer...”

“Amigables” y “hospitalarios” son palabras insuficientemente descriptivas. La gente montañesa es de buen corazón en el mejor y más amplio sentido de la palabra —no sólo por naturaleza, sino como rasgo cultivado que una generación alienta en la siguiente—. Los niños aprenden por precepto; la actitud generalmente alegre y positiva de la juventud serrana demuestra la calidad de la influencia de sus familias; pero sólo empieza a proporcionar la medida de su profundidad. En la vida serrana, la familia es la matriz en la cual todos maduran y continúa teniendo su lugar. Surgida del hogar y extendiendo su influencia, la tradición oral



Creado sin otro propósito que el de albergar visitantes, este acogedor corredor del rancho La Soledad ostenta la típica arquitectura peninsular, sin adornos. No obstante, también ostenta la belleza de línea y elegante mano de obra que caracteriza a la mayoría de los productos tradicionales de las sierras de Baja California.

conserva detalles minúsculos de la vida de la gente, sus éxitos y pruebas, sus júbilos y contratiempos. Esta subcultura bajacaliforniana imparte una asombrosa identidad personal a cada uno de sus partícipes, una identidad cuyo impacto está reforzado por el hecho de que perdura más allá de la muerte. Este elemento en la crianza de todos tiene una poderosa y positiva influencia en su comportamiento social. Ha habido poca crueldad y menos crimen. Entre esta gente existe una verdadera preocupación por su reputación, una estimación basada más en el carácter de una persona que en sus logros materiales. Estas convicciones les han permitido a la gente serrana, aunque pobres en términos monetarios, llevar la cabeza muy alta y tener orgullo en sí mismos y en lo que tenían en abundancia. Sólo con el advenimiento de los caminos y una correspondiente capitulación frente al deseo por objetos de manufactura, se ha marchitado un poco este orgullo. Conforme se extiende el contacto con la vida moderna, los montañeses inclinan la cabeza más y más al aceptar su papel como gente pobre y desmerecedora.

El gran mundo moderno padece de apiñamiento, crimen, contaminación y una excesiva dependencia en un sinnúmero de factores fuera del alcance de todos. En este ambiente sería sencillo romantizar el desvaneciente regionalismo bajacaliforniano porque su gente, hasta hace poco, había escapado a la mayoría de estas pesadillas físicas y mentales. Vivían en tal armonía con su tierra que podría parecer que su idilio, si se dejase solo, continuaría para siempre.

En términos reales, no hubiera sido posible tal proyección, aunque el mundo moderno no hubiera encontrado a la península incautándola para el lucro y el placer. La tierra y las antiguas costumbres no hubieran alojado a mucha más gente. Como tantos pueblos aislados, los montañeses se volvieron extremadamente consaguíneos; sin embargo, parecen haber sido muy afortunados durante doscientos años. Su estirpe debe haber acumulado una vigorosa variedad de genes; durante ese largo tiempo ninguna tendencia degenerativa se manifestó con claridad o fue propagada, pero existían señales de peligro. En el siglo veinte, conforme se empezaba a hacer accesible el área, nació un número pequeño pero creciente de personas con defectos: sordo-mudos, enajenados mentales, algunos con debilidad

mental, recién nacidos con dedos extras en las manos y los pies. En este respecto, la nueva sangre que está llegando se necesitaba con urgencia.

Sin embargo, aun desde un punto de vista objetivo, gran parte de la vida serrana permanece admirable y provocante. Esta pequeña sociedad demuestra la eficacia de la vida familiar, la identidad personal, y una estrecha estructura social en evitar el crimen, la enfermedad mental y la necesidad de asistencia social proveniente de organismos externos. La actitud y los logros de esta gente nos recuerda una época de autosuficiencia que se ha perdido o está en desuso. El ejemplo más notable es el de la gente de las montañas: haciéndole frente a tantas privaciones, son demostrablemente felices e industriosos con tiempo para la camaradería y la risa.

La antigua cultura californiana no ha desaparecido. En las sierras su influencia será palpable durante mucho tiempo; algunos continuarán arraigados a sus tradiciones y resistirán el cambio de su ritmo de vida. Pero evidentemente es el fin de una época; el vigor que encauzó a los primeros pobladores está perdiendo fuerza. Todo tiene su fin.

Entre la gente de la sierra hay un dicho: “Hasta aquí el molino; cada quien por su camino”.

Bibliografía

La investigación original para este trabajo devino en dos categorías. La primera consiste en exploraciones geográficas personales en las sierras peninsulares y entrevistas *in situ* con sus habitantes; los mapas, notas de campo y grabaciones magnetofónicas del autor proporcionaron mucha de la materia prima para el estudio. Una segunda línea implicó el examen de documentos disponibles, destinado a acumular información sobre alguna persona que vivió en la Antigua California durante el periodo hispánico de su colonización (1697-1821). En tal proceso, miles de papeles fueron examinados; cientos de éstos produjeron fragmentos de información que fueron construyendo paulatinamente retratos acerca de genealogías y vidas de centenares de personas, en particular sus movimientos y cambios de estatus.

Los documentos consultados se encuentran en varios lugares: el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional, en la ciudad de México; el Archivo Pablo L. Martínez, en La Paz, Baja California Sur; y en el caso de registros misionales, varios archivos, bibliotecas y colecciones de Alta California.

Con la considerable ayuda de la señora Vivian Fisher, directora de la división de Microfilmes de la Biblioteca Bancroft (Universidad de California, Berkeley), la mayoría de los documentos requeridos pudieron ser examinados a través de la micropelícula. Gracias a los muchos años de esfuerzo de la señora Fisher y el doctor W. Michael Mathes, todos los

libros conocidos de bautismo, matrimonio y defunción de las misiones de la península han sido fotografiados, y los resultantes microfilmes catalogados y puestos a disposición de los investigadores.

Adicionalmente, los siguientes libros y artículos han aportado materiales sobre hechos y conceptos a la presente obra:

Altman, Ida and James Lockhart, Editors. *Provinces of Early Mexico*. variants of Spanish American Regional Evolution. Los Angeles: UCLA Latin American Center Publications, University of California, 1976.

Archer, Christon I. *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1810*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1977.

Aschmann, Homer. *The Central Desert of Baja California: Demography and Ecology*. Riverside, Calif.: Manessier Publishing Company, 1967.

Baegert, Johann Jakob. *Observations in Lower California*. Translated from the original German by M. M. Brandenburg and Carl L. Baumann. Berkeley and Los Angeles: The University of California Press, 1952.

Bancroft, Hubert Howe. *History of California*, vol. I-V. San Francisco: The History Company, Publishers, 1886.

———. *History of the North Mexican States and Texas*. San Francisco: The History Co., 1884-1889.

Barco, Miguel Del. *Historia Natural y Crónica de la Antigua California* (adiciones y correcciones a la noticia de Miguel Venegas). Miguel León-Portilla, editor. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1973.

Bayle, Constantino. *Misión de la Baja California*, con introducción arreglo y notas por C. Bayle. Madrid: Editorial Católica, 1946.

Bennett, Frederick Debell. *Narrative of a whaling voyage round the globe, from the year 1833 to 1836, comprising sketches from Polynesia, California, the Indian Archipelago...* London: R. Bentley, 1840.

Browne, John Ross. *Resources of the Pacific Slope*. A statistical and descriptive summary of the mines and minerals, climate, topography, agriculture, commerce, manufactures, and miscellaneous productions of the states and territories west of the Rocky Mountains. With a sketch of the settlement

and exploration of Lower California. New York: D. Appleton and Co., 1869. (Section 2 of this work contains much information on the whole peninsula, including: Alexander S. Taylor: "Historical summary of Lower California, from its discovery in 1532 to 1867"; William M. Cabb: "The Lower California Company" and "Explorations in Lower California"; J. D. Hawks: "Journal of an expedition of Mr. J. D. Hawks and party through Lower California in the late summer of 1849.")

Buffum, Edward Gould. *Six months in the gold mines, from a journal of three years' residence in Upper and Lower California, 1847-8-9*. Philadelphia: Lea & Blanchard, 1850.

Bull, James H. *Journey of James H. Bull*. Baja California, October 1843 to January 1844. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1965.

Castro Agúndez, J. Jesús. *Patria Chica*. La Paz, B. Cfa., 1958.

Chapman, Charles Edward. *A History of California; the Spanish Period*. New York; Macmillan, 1925.

Cleland, Robert Glass. *A History of California. The American Period*. New York: Macmillan, 1922 (Contains: "Appendix C: Smith, W. C. S. A Forty-niner in California").

Combier, Cyprien. *Voyage au Golfe de California... de la Basse California...* París: A. Bertrand, 1864.

Coyle, Jeanette, and Norman C. Roberts. *A Field Guide to the Common and Interesting Plants of Baja California*. La Jolla, Calif.: Natural History Publishing Company, 1975.

Crosby, Harry. "El Camino Real in Baja California: Loreto to San Diego." *The Journal of San Diego History*, Winter 1977, Volume XXIII, Number 1.

Decorme, Gerard. *La obra de los jesuitas mexicanos durante la época colonial, 1572-1767*, por Gerard Decurme, S. J. México: Antigua librería Robredo de José Porrúa e hijos, 1941.

Diguet, Leon. *Territorio de la Baja California, reseña geográfica y estadística por León Diguet*. México, París; Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1912.

Dobyns, Henry F. *Spanish Colonial Tucson*. Tucson, AZ: The University of Arizona Press, 1976.

- Engstrand, Iris Wilson. *Joaquín Velázquez de León, Royal Officer in Baja California 1768-1770*. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1976.
- Faulk, Odie B. *The Leather Jacket Soldier*. Spanish Military Equipment and Institutions of the late 18th Century. Pasadena: Socio-Technical Publications, 1971.
- Gabb, William M. See John Ross Browne.
- Gibson, Charles. *Spain in America*. New York: Harper & Row, 1966.
- Hansen, Woodrow James. *The Search for Authority in California*. Oakland: Biobooks, 1960.
- Hatsutaro. *Kaigai Ibun*. Trans. by Richard zumwinkle. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1970.
- Hawks, J~ D. See John Ross Browne.
- Hutchinson, C. Alan. *Frontier Settlement in Mexican California*. New Haven and London: Yale University Press. 1969.
- Jones, Oakah L. Jr. *Los Paisanos. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*. Norman: University of Oklahoma Press, 1979.
- . Ed. *The Spanish Borderlands - A First Reader*. Los Angeles: Lorrin L. Morrison Publisher, 1974.
- Lassépas, Ulises Urbano. *De la colonización de la Baja California*. México: Imprenta de Vicente García Torres, 1859.
- Lo Buglio, Rudecinda, Bartolomé T. Sepúlveda and Nadine Marcía Vásquez. "Lista de los Individuos que Sirvieron en los Nuevos Establecimientos." *Antepasados*, Volume II. Publication of Los Californianos, Janesville, California, 1977.
- Martínez, José Longinos. *Journal of José Longinos Martínez*. Notes and Observations of the Naturalist of the Botanical Expedition in Old and New California and the South Coast. 1791-1792. Trans. and ed. by Lesley Byrd Simpson. San Francisco: John Howell-Books, 1961.
- Martínez. Pablo L. *Guía Familiar De Baja California*. Vital Statistics of Lower California, 1700-1900. Editorial Baja California. México, DF, 1965.

- Mathes, W. Michael. *Cattle Brands of Baja California Sur, 1809-1885*. Los Angeles; Dawson's Book Shop, 1978.
- Moorhead, Max L. *The Presidio. Bastion of the Spanish Borderlands*. Norman: University of Oklahoma Press. 1975.
- Mörner, Magnus. *Race Mixture in the History of Latin America*. Boston: Little, Brown and Company, 1967.
- Northrop, Marie E. *Spanish-Mexican Families of Early California: 1769-1850*. New Orleans: Polyanthos. 1976.
- Nunis, Doyce B., Jr. *The Drawings of Ignacio Tirsch. A Jesuit Missionary in Baja California*. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1972.
- . *The Mexican War in Baja California*. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1977.
- Piñera, David. *La Tenencia de la Tierra en Baja California de la Epoca Prehispanica a 1888*. "Tesis que para optar al grado de Maestro en Historia." Universidad Nacional Autónoma de México, México, D. F., 1975.
- Pitt, Leonard. *The Decline of the Californios. A Social History of the Spanish-speaking Californians, 1846-1890*. Berkeley, Los Angeles. London: University of California Press, 1971.
- Polzer, Charles W. *Rules and Precepts of the Jesuit Missions of Northwestern New Spain*. Tucson: University of Arizona Press, 1976.
- Priestley, Herbert E. *José de Gálvez, Visitor-General of New Spain 1765-1771*. Berkeley: University of California Press, 1916.
- Rio, Ignacio del. *El Régimen Jesuítico de la Antigua California*. "Tesis que para obtener el Título de Licenciado en Historia." Universidad Nacional Autónoma de México. México, D. F., 1971.
- Robinson, W. W. *Land in California*. The story of Mission Lands, Ranchos, Squatters, Mining Claims, Railroad Grants, Land Scrip, Homesteads. Berkeley: University of California Press, 1948.
- Rojo, Manuel C. *Historical Notes on Lower California, 1879*. Trans. and ed. by Philip O. Gericke. Los Angeles: Dawson's Book Shop, 1972.

Ryan William Redmond. *Personal Adventures in Upper and Lower California, in 1848-1849*. London: William Shoberl, 1850.

Salvatierra, Juan María de, S.J. *Scelected Letters about Lower California*. Trans. and annotated by Ernest .J. Burrus, S.J. Los Angeles: Dawson's Book Shop. 1971.

Schurz, William Lytle. *The Manila Galleon*. New York: E. P. Dutton & Co., Inc., 1939.

Smith, W. C. S. See Robert Glass Cleland.

Stein, Barbara H. and Stanley J. *The Colonial Heritage of Latin America*. New York: Oxford University Press, 1970.

Taylor, Alexander S. See John Ross Browne.

Venegas, Miguel. S. J. *Empressas Apostólicas* (unpublished manuscript). This most extensive and detailed account of the Jesuit missions in Lower California was finished in 1739; the finished autograph is one of the great treasures in the Bancroft Library at Berkeley, California.

Contenido

Agradecimientos	5
Presentación	7
Introducción.....	9
CAPÍTULO UNO	
Un día en un rancho de la sierra.....	13
CAPÍTULO DOS	
La gente de razón.....	37
CAPÍTULO TRES	
La disputa por la tierra.....	61
CAPÍTULO CUATRO	
Retrato de los californios.....	89
CAPÍTULO CINCO	
La sierra de Guadalupe.....	121
CAPÍTULO SEIS	
Lámparas nuevas a cambio de viejas	149
CAPÍTULO SIETE	
Un hombre de las montañas.....	171

Epílogo..... 209

Bibliografía..... 215

Los últimos californios

Se terminó de imprimir en Editorial Color, S.A. de C.V. en marzo de 2017.

La impresión de interiores se realizó en papel Cultural de 90 gr.

Impresión de forros en cartulina couché de 300 gr.

Su tiraje consta de 500 ejemplares.